

CRISTINA BOSCA

FOR  
E  
V  
E  
R  
3

MIL FORMAS  
DE DECIR  
TE QUIERO

NOVELA





CRISTINA BOSCA

FOR  
EVE  
R  
3

MIL FORMAS  
DE DECIR  
TE QUIERO

NOVELA



CRISTINA BOSCA

**F  
O  
R  
E  
V  
E  
R**  
**3**

**MIL FORMAS  
DE DECIR TE  
QUIERO**

NOVELA



SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*A ti, papá, por darme una infancia tan feliz.  
Por consentirme siempre y quererme tanto.  
Por hacerme sentir que sigo siendo tu pequeña cotu.*

# 1

## Daniel

—Venga, no seas boba, que no nos ve nadie... —digo sin parar de reírme, pues sé la rabia que le da que nos toqueemos en público.

—Daniel Oviedo Morilla, quita tus manazas de aquí ahora mismo —me reprende esforzándose por parecer seria pero sin apenas poder vocalizar del ataque de risa que le ha entrado.

—O me demuestras lo mucho que me quieres ahora mismo o te haré cosquillas.

—Ni lo sueñes.

Entonces me pongo manos a la obra atacando su cintura y sus axilas. Se ríe como una loca hasta que se escurre del sofá cuando intenta esquivar mis insistentes manos. Me encanta jugar con ella y hacerla rabiar. Al caerse del sofá se le ha subido la camiseta dejando a la vista su precioso vientre plano. La melena oscura y brillante la tiene totalmente enmarañada y me permite ver su cara de felicidad, que nunca dejaría de admirar si de mí dependiera.

—En serio, tío... ¡Mira lo que has hecho! —Finge indignarse por haber acabado en el suelo y con esa pinta (que a mí me parece irresistible)—. ¡Estás loco!

—Pero de amor, cariño, de amor. —Y me siento en el suelo a su lado, la aprieto contra mí y respiro profundamente su aroma. Siempre huele tan bien...

Las risas cambian a intensas respiraciones tras la conversación que están teniendo nuestros cuerpos. No sé por qué, pero ya no le importa que nos pueda ver alguien. Beso su cuello hasta llegar a su oreja, donde me recreo con su lóbulo. Me fundo entre sus piernas y recorro su pecho sabiendo que cada centímetro que palpo forma parte de la obra de arte más bonita que he tenido la suerte de contemplar. Es perfecta. Se coloca ágilmente sobre mis piernas y nos besamos durante un tiempo indefinido en el que no puedo pensar en otra cosa que no sea sentir su lengua en mi boca. Su cuerpo está ardiente, solícito, receptivo... Y yo cada vez estoy más emocionado. Siento tanto amor que tengo la impresión de que me quedo sin aire.

—¿Estás llorando, Dani?

Me toco la cara sorprendido y descubro que sí. Me parece raro y mientras intento adivinar por qué lloro, empiezo a sentir frío y a marearme. Todo se vuelve borroso, confuso y oscuro. Veo cómo Baby se va evaporando de entre mis brazos y se me desgarran el corazón.

—¡Dani!, despierta.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —respondo asustado.

—Estabas soñando. Creo que era una pesadilla porque te has puesto a llorar... ¿Te encuentras bien?

No sé cuántas veces más volví a soñar con ella. Quizá unas veinte o treinta. No se lo dije a nadie, ni a mi hermano. Pensaba que si no lo contaba, no ocurría. Y ha funcionado. Ya no pienso en ella. Se acabó. Me decepcionó tanto todo lo que hizo que ni siquiera le guardo rencor porque, al fin y al cabo, dejarla fue decisión mía. No me gustan las personas mentirosas y ni de coña estoy dispuesto, con lo joven que soy, a renunciar a mi libertad o a tener que dar explicaciones a nadie. Mucho menos a una persona que se permitió el lujo de juzgarme y hacerme sentir mal mientras me ocultaba que mantenía una relación con otro. Pero eso ya no me afecta. Ahora estoy feliz. Estoy a punto de cumplir 18 años, las cosas no nos pueden ir mejor musicalmente hablando y me he vuelto muy enamorado. Sí, no me importa reconocerlo. Constantemente se me dispara el corazón con alguna chica y durante unos días me siento vivo. Y así, hasta que llega otra que le da la vuelta a todo y me gusta más que la anterior. En definitiva, estar soltero, con muchas amigas y centrado en el trabajo, es lo mejor por ahora. Jesús, en cambio, está con Robin. La verdad es que hacen buena pareja. Ella es como una hermana para mí, porque nos queremos y al mismo tiempo estamos haciéndonos la puñeta todo el rato, manteniendo viva esta relación de amor-odio que hemos consolidado desde que son pareja. Se les ve felices y me alegro mucho por ellos. Lo único malo es que no puedo estar tanto tiempo a solas con mi hermano como antes porque hacen lo imposible por estar juntos. Y encima mis padres están embobados con ella. ¡Hasta se ha venido a Sevilla, a nuestra casa de Mairena, para celebrar nuestro cumpleaños!

—Robin, esta noche mientras duermas, veremos si eres capaz de diferenciarnos en la oscuridad...

—¿Qué dices?

—Pues que lo mismo luego alguien se cuele en tu cama y a esas horas, a oscuras, ya me dirás si sabes si es Jesús o soy yo.

Jesús me pega un puñetazo en el hombro y se me escapa la risa mientras me quejo del daño que me ha hecho.

—Dani, ¿puedes parar un poquito, por favor? —Mi madre se escandaliza con mis comentarios.

Me encanta decir burradas y ver cómo Robin y mi madre se miran incómodas. Han hecho muy buenas migas, pero sigue siendo una chica de 25 años que está con uno de sus niñitos del alma. Aun así el ambiente es bueno y estamos todos muy a gusto juntos. Somos una familia unida que ha aceptado, como si fuera una más, a la novia de mi hermano. Dejamos las maletas en las habitaciones mientras mi padre enciende la calefacción. La casa me trae muchos recuerdos de mi infancia. Me cuesta creer que haya pasado tan rápido el tiempo y que vayamos a ser mayores de edad. Y lo de mi hermano ya es otro nivel, está superemocionado. Lleva unos días llamando a todo el mundo para que venga a nuestro cumpleaños. Mi madre pone los ojos en blanco cuando Jesús desvaría pidiendo cosas muy locas para la fiesta.

—¡Ah!, y molaría mucho alquilar un castillo hinchable.

—Sí, y una piscina de bolas —digo yo burlándome de él.

—Pues lo del castillo hinchable no es mala idea —le apoya Robin.

—No, si es que sois igualitos... —protesto.

—Anda, anda, dejaos de tonterías... ¿Qué os apetece cenar? —pregunta mi madre mientras va abriendo puertas y ventanas, pues la casa llevaba muchas semanas cerrada.

Al final decidimos que es mejor salir a tomar algo a un restaurante. Estamos deseando comer salmorejo, cazón, puntilla... Solo de pensar en el rebujito se me hace la boca agua. Nos duchamos y nos arreglamos. Yo me pongo los botines marrones, unos vaqueros negros y una camiseta de

algodón de manga larga granate con cuello de pico. De chaqueta escojo una que me flipa y que llevo siempre ahora. Es de ante marrón oscuro y tiene el interior de borreguito. Muy cómoda y calentita. Salimos de casa y vamos al coche. Robin y Jesús van cogidos de la mano, no se separan. Nos sentamos en la parte de atrás y, una vez dentro, se ponen a cuchichear, a gastarse bromas y a mirarse con deseo. Tienen una complicidad brutal. Les digo que son unos empalagosos y me giro asqueado hacia la ventanilla. En el fondo reconozco que estoy un poco celoso. Me pregunto si algún día viviré momentos así con alguien. Tras media hora de camino, llegamos al restaurante. Es uno de nuestros favoritos de Sevilla, y conforme entramos nos reconoce el camarero.

—Pero mira quiénes están aquí... Tenéis a mi hija loca. Quiero una foto ahora mismo con vosotros.

—¡Y un vídeo dedicado también si quieres, hombre! —comento divertido—. Pero si nos das bien de comer, que venimos de Madrid «calaítos».

Mientras lo digo, se dan la vuelta unos cuantos clientes que noto que nos reconocen. Me hago a la idea de que tendremos que hacer una ronda de fotos en breve. Jesús se mantiene callado, guía a Robin hasta la mesa que nos ofrecen e intenta que no reparen en ella. Aún no llevan bien que les pregunten por su relación ni soportan esas miradas de rechazo por la diferencia de edad. Por suerte, nadie nos interrumpe durante la cena. Casi se me había olvidado lo bien que se come en mi tierra. A mis padres les ha dado por recordar momentos graciosos de nuestra infancia y nos estamos tronchando con las historias que están contando. ¡Cómo la liábamos de pequeños! Durante los postres voy mandando mensajes al grupo de WhatsApp de mis amigos sevillanos, a ver si alguien se anima a salir un rato. Efectivamente, siendo viernes no podía ser de otra manera, todos salen. Al terminar de cenar nos despedimos de mis padres y pillamos un taxi hasta la zona en la que hemos quedado. Tras la alegría inicial, los abrazos y las risas, nuestros amigos vuelven a la conversación en la que estaban enzarzados antes de que llegásemos. Me siento algo incómodo porque hemos llegado en pleno debate sobre algo que les ha ocurrido con otro grupo de gente y que les tiene en vilo. Nos lo intentan explicar pero nos cuesta entenderlo y acabamos un poco aislados. Jesús, que ya ha presentado a Robin a nuestros colegas, habla sobre todo con ella, que parece feliz de formar parte de otra parcela más de su vida. De hecho, en cuanto dejan a un lado el dichoso temita sobre la otra peña con la que se han peleado, Robin se acerca a hablar con Miriam, una de nuestras amigas. No me cabe la menor duda, se van a llevar bien. Miriam siempre ha sido la pequeña del grupo pero en estos meses que no la hemos visto se ha convertido en una mujer, ha pegado un cambiazco... ¡Está tremenda!

«No, Dani. Miriam no, por favor, que es una de tus mejores amigas», me suplico a mí mismo.



## 2

### Robin

Deben de ser más de las nueve porque el sol inunda la habitación. Ni siquiera he abierto los ojos pero lo noto a través de los párpados. Me encuentro confusa pues estoy en una cama que no es la mía, pero empiezo a hacer memoria. Ayer nos acostamos tarde y estoy en casa de Jesús, en Mairena. Una puerta cerrándose lentamente ha interrumpido mi sueño. Aunque no me importa en absoluto. Se mete en la cama muy sigiloso intentando no despertarme. Voy reaccionando con cada centímetro de su cuerpo que va pegándose al mío. Como estoy tumbada de lado, su boca descansa justo en mi cuello y me abraza con cuidado por la cintura. Su respiración me hace cosquillas en la oreja. Me mantengo inmóvil para que crea que sigo durmiendo porque me gusta ver cómo se las ingenia para no hacer ruido, colocándose junto a mí y tocándome con suavidad. Si me viera la cara descubriría mi sonrisa de felicidad absoluta. No puede haber nada más bonito que empezar el día así, a su lado. Nada como sentir su cuerpo acurrucado junto al mío. Se va acercando más y más, me besa despacio el cuello, la mejilla, las orejas... Coloca su mano sobre mi cadera y me aproxima cada vez más a él. Me encanta cómo me toca. Todas mis terminaciones nerviosas se activan y se amplifican mis sentidos. Llega un momento en el que necesito corresponder a esos besos, caricias y abrazos. Me doy poco a poco la vuelta hasta que me quedo frente a él. Está guapísimo con el pelo revuelto y la cara de dormido. Me sonrío y es suficiente para terminar de derretirme.

—Buenos días, bonita —susurra antes de besarme.

Y a mí se me olvida todo. Las pequeñas cosas que me dan rabia de él, nuestras discusiones, que estamos en casa de sus padres... Todo se paraliza. Me concentro en experimentar las sensaciones que me provoca.

La verdad es que estos meses han sido muy locos. Tras la emoción de las primeras semanas llegó la fase de las discusiones. No es fácil mantener una relación, menos aún si es con una estrella de la música que se pasa el día rodeado de chicas que le adoran y con una agenda imposible. Tener que conformarme con unas horas a la semana para nosotros me mataba. Desatendí incluso mi trabajo porque solo podía pensar en él. Nunca me había pasado algo así. Robin, la *workaholic*, suspirando enamorada por las esquinas de la redacción. Incluso tropecé varias veces porque no miraba por dónde andaba. Pero no puedo culparme, el amor había entrado en mi vida llevándose todo tras de sí. Fue como el agua que tratas de contener durante una tormenta, que se va acumulando al otro lado del muro que te protege y cuando se desborda, entra de golpe. Mi amor por Jesús se fue acumulando poco a poco aunque intentaba negarlo cada día. Y al rendirme, al poder decir que era mi novio, no tuve medida. Estaba perdidamente enamorada, necesitaba estar con él cada segundo, escuchar su voz por teléfono o WhatsApp. Vivía deseando recibir uno de sus mensajes de voz, en los que siempre acababa con un «Te quiero, preciosa». Y

cuando no podía estar con él o hablarle, me metía en sus redes sociales o me ponía las sudaderas que se olvidaba en mi casa cuando venía a verme, para así, rodeada de su olor, sentirme más cerca de él. Pero no me pasó solo a mí, Jesús también sufría la misma etapa de necesidad que yo y me atosigaba porque salía a horas indecentes de trabajar. Al final, discutíamos por no estar más tiempo juntos y desaprovechábamos el rato que nos veíamos.

Menos mal que desde hace unas semanas todo está más tranquilo. De hecho, demasiado tranquilo. Hemos pasado de la locura y la pasión descontrolada al equilibrio y la madurez. Casi no puedo ni creerlo. Es como si hubiéramos asumido que nos pertenecemos pase lo que pase y que nada ni nadie romperá este vínculo. Me hice la dura diciéndole que no era necesario que yo fuese a Sevilla, pero él se empeñó y, como sus padres parecen encantados conmigo, aquí estoy, en la habitación de los invitados, haciendo algo absolutamente inapropiado. Espero que no nos pillen porque me moriría de vergüenza y jamás podría volver a mirar a la cara a su madre. Le traslado mi inquietud y me tranquiliza asegurándome que han salido. Me pasaría el día entero así, a solas con él.

—Venga, perezosa, ¡levanta! —me dice destapándome.

—Nooooo. —Me agarro al nórdico con todas mis fuerzas.

—Pues te llevo en brazos.

Se pone de rodillas en la cama y, mientras pataleo, me coge en volandas.

—Vale, vale, ¡para! —digo—. ¡Ya voooooy!

—Si no te das prisa no te dejaré ni una tortita para desayunar.

—¿Tortitas?

—Y té chai. Lo he encargado en una cafetería de aquí para darte una sorpresa. Debe de haber llegado ya. —Y entonces se baja de la cama y se va rápido para comprobar que todo está preparado.

«Tortitas» y «chai» son dos palabras infalibles como cebo para que vaya hasta el fin del mundo. Me pongo una sudadera de Jesús que me queda bastante grande y bajo a la cocina donde mi chico ya está sentado a la mesa con Daniel. Están cantando. Cómo no. Se acaban de levantar y aun así tienen ganas de hacerlo. Sin arriesgarse y bajito, porque podrían hacerse daño, pero no pueden evitarlo. Cada vez tengo más claro que para ellos cantar es algo así como respirar. He conocido a muchos artistas y no todos coinciden en este aspecto. Diría incluso que más de uno se ha hecho cantante porque atrae la atención del público y se ve arrastrado a ello. Casi más por accidente que por decisión. Y luego están los que, como Daniel y Jesús, lo hacen porque es su vida, su forma de expresarse, una necesidad. Me siento porque ya está todo servido. La gordita que llevo dentro está babeando con lo que hay sobre la mesa. No solo hay tortitas calientes con chocolate, también una deliciosa tarta de zanahoria.

—Nunca entenderé cómo puedes comer tanto y tan mal sin que tu cuerpo se inmute —dice Jesús mientras inundo las tortitas en chocolate.

—¡Ya verás cuando tenga 30 años! —dice Daniel, chinchándome como siempre.

—Ya veremos cuando los tengas tú, bonito.

—Pero a mí me queda mucho más. Tú ya estás cerca.

—Sí, hombre, supercerca. Dani, tengo 25 años, ¿recuerdas?

—Pues eso, cerca de los 30, Robin. Las cosas como son. —Me guiña un ojo y se mete un buen trozo de tarta en la boca.

Sé que lo ha hecho para darme por saco y que no tiene razón, pero mi propensión a la paranoia reaparece pensando que cuando cumpla 30, Jesús tendrá 22. ¡22! ¡Ni siquiera la edad que tengo yo

ahora! Me torturo imaginando cómo será nuestra relación a esas edades. Son momentos vitales tan distintos... Como es evidente que me ha tocado ese comentario porque no he vuelto a abrir la boca y me he puesto seria, Jesús se acerca a mí, coloca dulcemente sus dedos bajo mi barbilla y sube despacito mi cara hasta que nos quedamos mirándonos fijamente. Sé que está pensando: «Para, no te rayes». Cuando acaba su contacto visual, me besa con fuerza. Esta discusión la hemos tenido mil veces. «¿Y si te cansas de mí? ¿Y si de pronto me ves vieja? ¿Y si conoces a una chica de tu edad que te guste más? ¿Y si...?». En realidad, si tuviera mi misma edad me haría otras preguntas porque lo que ocurre es que soy insegura y me cuesta creer que alguien pueda quererme incondicionalmente. Sobre todo después de los imbéciles con los que he tenido la desgracia de salir antes de conocer a Jesús. Lo cierto es que con él me siento segura, y es algo que no le he confesado, porque al margen de que algún día pudiera cometer un error, dejar de quererme, enamorarse de otra o cualquier cosa que no pueda controlar, sé que es una persona maravillosa y que nunca me haría daño a propósito ni me traicionaría.

—Venga, parejita, que hay que ir a comprar. —Daniel se levanta de la mesa, coloca los platos sucios en el fregadero y sube al piso de arriba a ducharse.

—Robin, Dani tiene razón, vamos a ponernos en marcha que tenemos un día por delante muy guapo.

—Vale.

Recogemos la mesa entre los dos y nos vamos hacia las escaleras. Antes de subir, Jesús se para, se da la vuelta y me abraza.

—Si no dejas de torturarte con los años que nos llevamos, lo nuestro nunca funcionará.

—Lo sé, Jesús, pero es que... —Y antes de acabar me vuelve a besar.

Es un beso apasionado, de los que te encogen el estómago. Me abrazo a él todo lo que puedo. Tengo la necesidad de que seamos uno, de que esto no acabe nunca, y de creer haber encontrado a la persona perfecta con la que voy a compartir mi vida.

—Gordita, como sigas así nos encerramos otra vez en tu cuarto. —Su sonrisa malévola, sus ojos entrecerrados y su voz ronca me desarman.

Pego un salto y me subo a su cintura, rodeándola con mis piernas. Le abrazo con fuerza mientras él me sujeta riéndose, sorprendido.

—No me dejes nunca, Jesús. Me muero si me dejas.

—Con lo que me ha costado tenerte, estás loca si crees que podría dejar de quererte.

## Baby

Me miro en el espejo y no me reconozco. Me pasa siempre que voy a la peluquería, aunque me cambien poco, me veo muy diferente. Estoy tan acostumbrada a llevar el pelo siempre igual que cualquier novedad me hace sentir mal. Aunque esta vez buscaba algo así. Un cambio, renovar mi imagen, no sentirme yo. Porque a veces siento que estoy viviendo la vida de otra persona, y así, por lo menos, todo irá en la misma dirección, incluso mi físico. O quizá, con suerte, acabe encontrándome. Al llegar a la peluquería y pedirles el cambio de look me han mirado muy extrañadas y han intentado disuadirme. Pero luego les he enseñado fotos en Instagram de una chica a la que dicen que me parezco, Sydney Sierota, la cantante de Echosmith, que antes tenía el mismo color de pelo que yo y que también se ha puesto rubia, y han cedido. He pensado que si le quedaba bien a ella, a mí también. Pero, de momento, no sé si me gusta. Se me ve más rubia, pero sigo teniendo el pelo oscuro. Son mechas doradas, que quedan difuminadas e integradas de manera que podría parecer que me he pasado el verano en la playa y que se me ha aclarado de manera natural. En ese aspecto, la peluquera ha dado en el clavo y objetivamente me ha quedado una melena preciosa. Pero claro, no parezco yo. Pago y me marcho. A ver si le gusta a Ángel. Hemos quedado en nuestra crepería favorita, en esa en la que comimos juntos por primera vez cuando aún nos estábamos conociendo. Ahora ya salimos en serio. La gente nos dice que pegamos mucho y que somos una pareja adorable. Lo cierto es que yo estoy absolutamente convencida de ello. Y Ángel es tan dulce, tan atento y se vuelca tanto en mí, que hace que mi vida sea mucho más feliz.

Llego y lo veo apoyado en su Wendy, la moto con la que comparto su corazón. Está escribiendo algo en el móvil, seguramente gestionando cosas del trabajo. Es muy bueno en lo que hace a pesar de que sus padres no se lo digan, y yo trato de hacérselo ver para que tenga más confianza en sí mismo. Una buena parte de su pelo rubio le tapa media cara y está mordiéndose el labio, concentrado en lo que escribe. Es guapísimo. Completamente perfecto. No hay chica que pase por su lado que no lo mire.

—¡Hola, rubio!

Levanta la cabeza y me preocupo al ver su cara de sorpresa.

—¡Uau, Bae! ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Lo sé, he metido la pata...

—¿Qué? ¡No! Estás... preciosa.

—Qué va, no me mientas.

—¡Te lo juro! Te queda espectacular.

—¿Sí?

—Me encantas.

Me da un beso en los labios, me coge de la mano y me hace girar para poder ver bien el

cambio. Yo todavía sigo incómoda y no me acabo de sentir favorecida.

—Más guapa que nunca, y eso que ya era difícil estar más bella.

Nos metemos en la crepería, nos sentamos en una mesa junto a la ventana y me cuenta sus movidas del trabajo. Así es nuestra vida juntos. Muy tranquila y madura. Ángel es tan bueno y responsable que desde que somos novios todo está más equilibrado en mi día a día. Estoy centrada en mis estudios y en el baile, y mi tiempo libre lo paso generalmente con él. Vamos al cine, a cenar, quedamos con amigos... Incluso hemos hecho las presentaciones oficiales con nuestros padres: él ha conocido a los míos, cuando vinieron a verme en Navidad, y yo he estado con los suyos fuera del ámbito laboral, ya como su novia oficial. Al conocer cada uno a los padres del otro llegamos a la misma conclusión: estábamos seguros de que los cuatro se harían muy buenos amigos porque eran fríos, calculadores, inflexibles, exigentes... Sí, nuestros padres son exactamente iguales. Y nosotros, quizá al haber tenido el mismo tipo de padres, también nos parecemos muchísimo. No somos tan egocéntricos ni perfeccionistas como ellos (por suerte), pero nos gusta el orden, los buenos hábitos y el ballet. Además, comparte mi pasión por la moda y me promete que algún día tendremos nuestro propio negocio, un *showroom*, una empresa de asesoría personal o algo similar. Sí, llevamos unos meses juntos y ya estamos haciendo planes de futuro a largo plazo. El hecho de que no intentara volver con Daniel le ha dado a Ángel una seguridad brutal y cree totalmente en lo nuestro. Yo no tenía claro por qué tomé esa decisión, pero fui racionalizando mis actos con una explicación bastante lógica. Al principio no comprendía por qué no era capaz de contar a Dani que había conocido a otro, si en realidad no significaba nada para mí. Pero luego entendí que todo el amor y el dolor que había sufrido por la relación fallida con Daniel me había impedido ver que sí sentía algo por Ángel. Esto ocurrió en el aeropuerto, allí vi claro que los quería a los dos. Recuerdo que una parte de mí hubiera corrido detrás de Dani para hacerle olvidar lo que había leído y asegurarle que lo prefería a él. Pero otra parte, quizá la más sensata, quería protegerme. Había sufrido tanto con nuestra ruptura que volver a pasar por algo similar me aterrorizaba. Cuando ya estaba mejor, cuando ya parecía que me empezaba a olvidar de él, reapareció en mi vida de golpe. Y sí, primero me dejé llevar, e incluso llegué a pensar que lo conseguiríamos, que podríamos estar juntos. Pero justo antes de despedirnos, cuando sentí el vértigo de la soledad en mi habitación de la residencia de París, no luché, me rendí. Leyó el mensaje de Ángel, vi su cara de decepción y supe que debía aprovechar ese momento para acabar con nuestra relación imposible. Era mucho mejor así, no alargar más el sufrimiento, no pasar los meses siguientes pensando en él, imaginándolo con otra a kilómetros de distancia. Y es que, siendo sincera conmigo misma, Daniel es una estrella de la música, todo el mundo lo adora y es casi imposible que sea fiel rodeado de tantas tentaciones. Cuanto más lo pienso, más segura estoy de que hice lo correcto. Aunque de vez en cuando me meto en sus redes sociales y veo cómo sonríe a la cámara, mirando fijamente como me miraba a mí, tan tierno y sexi. Entonces me destroza pensar que he echado a perder la oportunidad que tenía de estar con la única persona que me ha hecho perder la cabeza por amor. Porque con Ángel todo es distinto, más calmado. Sí, muy bonito y dulce, pero sin esa sensación de mariposas recorriendo mi estómago como me ocurría cada vez que me tocaba Dani. Son diferentes formas de amar.

—Bae..., Bae..., ¿estás bien?

—Sí, perdona, estoy un poco cansada, solo eso...

—Bueno, escúchame ahora muy bien, ¿vale? Tengo algo que contarte.

—Dime.

—¡Nos han contratado la obra en Milán!



—Oh...

—¿Y sabes qué es lo mejor?

—¿Qué?

—¡Que mi madre quiere que vengas con nosotros!

—Pero yo estoy estudiando aquí...

—No pasa nada, lo he estado mirando y solo tendrías que volver a España, hacer el papeleo para que te cambien de destino y pedirles Milán. Podrás elegir entre varias escuelas, porque seguro que todas estarán encantadas de tener en su academia a una de las bailarinas de nuestra compañía.

—Pero...

—Piénsalo, ¿vale? No te estoy diciendo que lo hagas, solo que lo valores. Obviamente quiero que vengas conmigo. Pero no es solo por eso, de verdad. Eres una bailarina increíble y creo que es bueno para tu carrera. Y mi madre, que ya sabes lo exigente que es, piensa lo mismo.

—Bueno, pero... ¿y Nadia? ¿Y mis demás compañeros de clase? No sé si estoy preparada para otra despedida...

—Nadia puede ir a verte y tú también podrás visitarla en París. Baby, te pagamos muy bien, te puedes permitir viajar de vez en cuando para ver a tus amigos.

—¿Y cuándo tendría que ir a España?

—En unos días, porque deberías cerrarlo todo antes de que nos instalemos allí.

—Ya...

—Bueno, piénsatelo bien. Habla con tus padres, aunque ellos seguro que te van a decir que sí. Habla con Nadia, que ella puede darte otro punto de vista...

—No quiero separarme de ti.

—Podríamos empezar una vida juntos en Milán. —Me lo dice cogiéndome las manos y con una cara de ilusión que me hace sonreír tras el pánico inicial.

—Le doy una vuelta, ¿vale?

—Claro, o varias.

Terminamos de comer y me lleva en moto a mi residencia.

—Luego te llamo para darte las buenas noches, mi niña —se despide, y me besa en la frente.

He quedado con Nadia para trabajar una coreografía en la que estamos un poco estancadas. Como he llegado antes de tiempo, decido darme una vuelta para reflexionar sobre lo de mudarme a Milán. ¡Qué locura! Saco varias veces el teléfono decidida a hablar con mis padres, pero acabo desechando la idea. ¿Qué pensarán ellos? ¿Tendrá razón Ángel? ¿Estarán encantados con el nuevo plan? La segunda vez que guardo el teléfono me doy cuenta de que es una estupidez no contárselo. Antes o después van a saberlo y tienen que opinar. Soy menor de edad, no puedo hacer nada sin su consentimiento. Precisamente por eso estoy aquí, en esta ciudad, sin Daniel. No sé si es que una parte de mí quiere que me digan que no lo haga, pero en lugar de llamar a mi madre, que sé que solo sentiría satisfacción por haber hecho bien su trabajo al criarme, marco el teléfono de mi padre, que probablemente piense un poco más en mí y no tanto en su satisfacción personal.

—Papá, tengo algo que contarte...

—Dime, hija. ¿Estás bien? —dice muy serio. Empezamos bien...

—Sí, sí... Es una buena noticia. La compañía de ballet va a representar la función en Milán. Han contratado el espectáculo allí y la madre de Ángel quiere seguir contando conmigo.

—¿En serio? Sí que es una gran noticia, desde luego. Enhorabuena. —No lo dice con mucho entusiasmo, pero es más de lo que suele hacer. Puede que sea la primera vez que me dedica esta

palabra.

—Pero tendría que cambiarme a mitad de curso, buscar una academia, otra residencia allí...

—No te preocupes por eso. Yo me encargo. Llama a tu madre, que se va a sentir orgullosa de que por fin estés dedicándote profesionalmente a la danza. Todos nuestros esfuerzos han valido la pena. —Y suena más a mérito suyo que mío.

—¿Te importaría decírselo tú? Es que justo ahora tengo que entrar a ensayar —le miento.

Colgamos sin mucha ceremonia. Sin un «te quiero», sin un «cuídate», sin ni siquiera un «hablamos pronto». Solo un seco «adiós». Qué ingenua soy. Tenía la esperanza de que me preguntara qué me parecía a mí. «¿Qué quieres hacer tú, Bae?». La pregunta que no ha pronunciado mi padre resuena en mi cabeza.

Nadia ya debe de haber llegado, así que entro a la residencia a buscarla. Tras los gritos de emoción al ver mi nuevo look, me abraza.

—¡Pequeña! ¿Qué tal? ¿Cómo te va con tu Ángel?

—Bien, muy bien. ¿Y tú? ¿Qué tal estás con Lorenzo? —Al final consiguió salir con el chico que la volvía loca.

—Genial, es tan... Ay, no sé... ¡Es perfecto! Me encanta, Bae, estoy superenamorado.

—Te lo mereces.

—Oye, ¿tú seguro que estás bien? Te noto rara, ¿es por el pelo? ¿No te gusta?

—Sí, sí... Muy bien. De hecho, me acaba de dar una noticia Ángel. Ya sabes que acaba su función en París. Han contratado a la compañía en Milán para representar la obra y su madre quiere que yo vaya como una de las bailarinas oficiales. De plantilla, vamos.

—¿Qué? ¿A Milán? ¿Ahora?

—Sí... Eso es lo único malo...

—¿Lo único?

—Ya, ya... Tendría que cambiarme de academia, mudarme... Y lo peor, no estaríamos juntas...

—Pues vaya mierda, Bae. Vaya «buena noticia» que me acabas de dar...

—Pero, Nadia, tú y yo somos amigas para siempre. Eso significa que estemos donde estemos, nos podremos ver.

—Ya, sí, seguro...

—Seguro, Nadia.

—Entonces, ¿ya has tomado la decisión?

—Se lo he contado a mi padre y ni siquiera me ha preguntado que qué quiero hacer. Da por hecho que es mi deber aceptar.

—Pero puedes negarte, no tienes que hacer todo lo que ellos te digan.

—En realidad sí. Si no, no estaría aquí.

—Pero, Bae, ¡imponte!

—Ya, bueno... Tú tampoco me estás preguntando que qué quiero hacer.

—¿Y qué es lo que quieres hacer?

—Seguir cerca de Ángel.

—Y lejos de mí.

—Eso no... Esa es una de las consecuencias colaterales. Es una decisión difícil.

—Ya. Te voy a echar mucho de menos...

—¡Y yo! —Nos abrazamos y se me saltan las lágrimas. Ahora que por fin tengo una amiga de verdad, he de separarme de ella. Cuando nos recomponemos, vuelvo a pensar en lo que me espera —. Ahora lo primero que tengo que hacer es volver a España a arreglar el papeleo.

Y mentiría si dijera que no he pensado en Daniel en cuanto me ha dicho Ángel lo de ir a España. Especialmente ahora que se acerca su cumpleaños. Creo que le debo una llamada. Otra cosa es que no quiera saber nada de mí.

## Jesús

Esta noche va a ser bestial. No faltará ninguno de nuestros amigos, hemos encargado la comida y ahora nos vamos a por la bebida para que todo esté preparado. Nuestros padres se han ido a ver a la familia y nos han dejado su coche para ir a comprar. Va a conducir Robin, por eso se regula el asiento, coloca los espejos y se pone muy seria.

—Es grande... —me dice preocupada.

—Está chupado para ti, cariño. No te rayes.

—Pero guíame bien, ¿eh? Que no conozco las calles.

—Sí, tranquila... —Le acaricio la mano que tiene posada sobre el cambio de marchas.

—Ya verás... ¡A que nos matamos! —dice Daniel para seguir con sus continuas pullitas a Robin.

—Ni caso, preciosa.

Ella suspira y arranca.

Aunque es verdad que el coche es bastante más aparatoso que el que suele llevar ella, le ha pillado el punto enseguida. Aparcamos en el centro comercial y entramos en el supermercado. Cuando vamos a coger un carrito, unas chicas se nos acercan para pedirnos unas fotos. Robin se ofrece a hacerlas, muy sonriente. Me encanta que lleve tan bien el fenómeno fan y que tenga buen rollo con nuestros seguidores (la mayoría chicas) porque son muy importantes para nosotros. Metemos una moneda en el carro y Daniel coge carrerilla con él, pero luego vuelve otra vez a nuestro lado. Le voy contando a Robin los planes que tengo para comer. Quiero enseñarle los lugares más bonitos de mi tierra. Estoy emocionado por tenerla aquí y por poder compartir con ella los sitios que significan algo para mí. Mientras se lo cuento, siento que está un poco agobiada por mi entusiasmo pero finge estar ilusionada. Probablemente prefiere comer en casa y dormir la siesta para estar bien esta noche, pero nunca me lo dirá. Nunca después de la brasa que le he dado, dejándole claro las ganas locas que tengo de enseñarle todo. Por una parte, no quiero agobiarla y me gustaría cancelar los planes, por mucho que me apetezcan. Pero, por otra, tengo necesidad de mostrarle mi pasado. Es como si al compartir con ella mis recuerdos formase parte de ellos y estuviera así más cerca de mí. Y mientras pienso en lo bonita que estará cuando admire el Guadalquivir al atardecer, me doy cuenta de que no ha levantado la cabeza del móvil desde que se ha bajado del coche, excepto cuando nos ha hecho las fotos con las chicas..., y me cabreo.

—¿Qué? ¿Muchos mensajes en estos diez minutos que has estado sin mirar el móvil? —le digo mostrándome bastante impertinente. Pero es que me da rabia que esté todo el tiempo con el teléfono.

Robin levanta la cabeza y me mira seria. Fácilmente puede ser el inicio de una discusión. ¡Me da tanto coraje que me ignore y pase de mí!

—¿Algún problema, Jesús?

—No te cabrees y deja el móvil un rato. Reconoce que estás enganchada al trabajo... —Me acerco, le cojo el móvil y ella me lo arrebató de golpe.

—Perdona, pero estoy leyendo mensajes de Rebeca.

—Ah, ya...

—Pues sí... Voy a llamarla, creo que le pasa algo.

Robin se aleja de nosotros con el teléfono en la mano. Yo me quedo con mi hermano.

—Tío, te juro que no la soporto cuando se pone así... ¿Por qué no reconoce que está enganchada al móvil?

—A ver, Jesús, ¿y quién no lo está?

—Yo.

—¿Tú? Pero ¿qué dices? Se te va mucho...

—A ti sí que se te va. Mira, déjame en paz, ¿vale? No creo que sea tan terrible que quiera que mi chica me preste atención.

—Pues gánatela, pero no le montes un pollo porque está pendiente del correo. Si a ella le apetece pensar en el trabajo, ¿quién eres tú para prohibirle que lo haga?

Dani tiene razón. Pero es que me saca de quicio porque luego está siempre estresada y lo paga conmigo. No sabe desconectar. Ha terminado de hablar con Rebe y viene hacia nosotros con el móvil en la mano y con cara de preocupación.

—¿Qué pasa? —le pregunto cuando ya está cerca.

—Han roto.

—¿Quién?

—Fran y Rebe, lo han dejado. Está destrozada. Y viene de camino.

—¿Cómo?

—Que viene hacia aquí, está a punto de llegar. Me ha dicho que ha reservado una habitación de hotel, que no quiere molestar, pero que tenía que verme...

—Joder..., menudo panorama, Robin.

—Jesús, es mi mejor amiga y me necesita.

—Ya, ya, pero podría haber esperado a que volviésemos a Madrid, ¿no?

—De verdad, a veces eres tan egoísta...

—¿Yo? ¿Egoísta yo? ¿O ella, que rompe con su novio y se planta aquí sin avisar el día de nuestro cumpleaños? Tenía planes para nosotros hoy, ¿recuerdas?

Y ahí se queda la conversación. Imagino que ella entiende que tengo motivos para indignarme, pero tampoco puede hacer nada porque no va a dejar a Rebeca sola. Cuando terminamos de comprar, de camino al coche, dejo que mi hermano se adelante con el carro, la cojo de la cintura y hago que se dé la vuelta. Nos quedamos serios, el uno frente al otro. Estamos parados en mitad del centro comercial y sé que mucha gente puede darse cuenta de quién soy. No me importa que puedan hacernos fotos, ni que cuchicheen sobre si hacemos buena pareja o no. De pronto, estoy en una dimensión paralela, a solas con ella. Ya estamos acostumbrados a que esto nos pase a menudo. Nos enfadamos y parece que la atracción se multiplica. Dejo de mirar sus ojos y me quedo observando sus labios hasta que ella suspira. Me desea. Sin decirnos nada, la beso. Le pego pequeños mordiscos en los labios, que aumentan las ganas que nos tenemos. Se aprieta contra mi cadera y me agarra de la nuca con una mezcla de enfado y deseo irresistible. En realidad sé que sigue dándole rabia no poder controlar lo que siente por mí. Sé que odia no poder resistirse a besarme tras habernos enfadado. Y es que, queramos o no, hay algo que está por encima de nuestra



voluntad. Se apoya en mi pecho y la abrazo acariciándole el pelo.

—Vamos a casa —le susurro al oído.

Llegamos, descargamos la compra y vuelve a hablar por teléfono con Rebeca.

—Jesús, me voy a ir a comer con ella, ¿vale?

—Pero dile que venga a casa.

—No, necesita hablar conmigo, a solas. —Y me pone morritos para que no me queje.

—Bueno, pues haz lo que quieras.

Y es el típico «haz lo que quieras» que significa «si lo haces me molestará, pero lo superaré». Nos ayuda a preparar las cosas para la noche y se marcha a por Rebe.

—No te enfades, va. Te recompensaré, ¿vale?

—Sí, como siempre...

—Que sí...

—No llegues tarde.

—Seré puntual, tranquilo.

Cuando sale por la puerta siento un vacío en el estómago. Creía que estando juntos ya no tendría que quedarme nunca más con esta sensación, pero me equivocaba. De hecho, sucede bastante a menudo. Siempre tenemos cosas que hacer, y lo raro es poder encontrar momentos de intimidad. Me siento en el sofá mirando al techo, pensando en lo difícil que es estar bien incluso ahora que por fin estamos juntos. Dani se pasea por la casa hablando por teléfono. Jorge le ha llamado para felicitarnos. Mi teléfono se enciende constantemente porque en el grupo de mis amigos no paran de hablar sobre esta noche. La verdad es que la cosa promete. Están todos con un *hype* que me emociona y al mismo tiempo me preocupa. Espero que la fiesta salga bien y esté a la altura de sus expectativas. Cojo el móvil deseando que uno de esos mensajes sea de Robin. Pero nada. Así que decido escribirle yo.

«Are you shining just for me?».



Y espero.

Desde que vimos *La La Land*, su banda sonora forma parte de nuestras vidas. La escuchamos constantemente. Contemplamos la película en silencio, llorando y mirándonos de reojo apenas un par de segundos durante las dos horas de proyección. No queríamos perdernos detalle, estábamos abducidos por la magia de la película. Nuestras manos enlazadas nos iban confesando con pequeños apretones lo mucho que nos estaba gustando. Al salir del cine, nos metimos en su coche y nos quedamos escuchando el tema principal. Buscamos la letra y la cantamos en susurros, casi no nos salía ni la voz de lo emocionados que estábamos. Fue un momento tan dulce, tan íntimo... Aún nos sorprendía pertenecernos el uno al otro. Nos acariciábamos la cara, el pelo y los labios, despacito, con adoración, sabiendo que ese instante sería eterno. Creo que queríamos atrapar todos los detalles para poder recordarlo siempre, cada vez que la vida nos hiciera estar lejos. Lloramos un par de veces más. No sé si por la película o quizá por nosotros, por lo mucho que nos había costado llegar hasta ahí. Estábamos juntos, amándonos, sin más. Desde entonces, los versos de *City of Stars* son nuestro particular «te quiero más que a nadie en el mundo». Robin no tarda en contestar.

✓✓ «You never shined so brightly».

Y sin darme cuenta, sonrío como un bobo al leerlo.

¿Ya estás con Rebeca? ✓✓

✓✓ Sí, pequeño. Tranquilo, ¿vale?

Muero por verte. ✓✓

✓✓ Pero isi me acabo de ir!

El sofá sin ti es un bajonazo. ✓✓

✓✓ Estoy de vuelta enseguida.

Eso o voy a por ti. ✓✓

✓✓ Jajajaja.

Tú riéte pero si estuvieras aquí ahora, dormiríamos la siesta acurrucados bajo la mantita. ✓✓

✓✓ ¿Cómo? ¡Si me querías llevar a comer por ahí!

---

Pero es que no sabes negociar... Unos besitos de esos tuyos en el cuello y me tienes comiendo de tu mano, princesa. ✓✓

✓✓ ¡Bueno es saberlo!

Se llama «estar loco por ti». ✓✓

Con el emoticono del corazón palpitando y el de los ojos de corazones zanja la conversación. Dani entra en el salón gritando, con el teléfono en la mano.

—¡Oh, *my God!* ¿Hablas en serio? ¿¿De verdad??

Me levanto del sofá y me acerco pidiéndole explicaciones, que me cuente qué es eso tan espectacular que le está contando Jorge. Pero él me ignora y me da la espalda para no distraerse y escuchar con atención. Finalmente, se despiden. Tras colgar, se da la vuelta, me mira fijamente, me coge de los hombros y me grita:

—¡El lunes volamos a Italia!

## 5

### Daniel

Me pongo el disco de The Weeknd y me preparo para la fiesta. Suena *Starboy* y voy colocando sobre la cama los vaqueros negros, la camiseta blanca de algodón y la camisa vaquera de estampado militar que me he comprado para esta noche. Aprovecho cada movimiento para darle un poco de *flow*, bailando solo por la habitación. Estoy nervioso por la fiesta. En Madrid lo tenía clarísimo, estaba deseando volver y celebrar el cumpleaños con mis amigos de toda la vida. Pero después de lo de ayer, me preocupa cómo nos afecta estar distanciados. Voy analizando cada momento con ellos, cada detalle, cada conversación, y me parece que ya no es lo mismo. Es como si ya no encajáramos, como si ellos o nosotros ya no fuéramos los mismos. Jesús se asoma a mi cuarto mientras me muevo frente al espejo.

—Menuda escandalera, bro —me grita desde la puerta.

—¿No te flipa el último disco de The Weeknd? —le digo sin importarme que me haya pillado ensayando mi cara de *fucker*. Entre nosotros no hay secretos.

—Mucho, pero está altísimo.

—¿Qué te vas a poner?

—Ya veré...

—¿Ya verás? Date prisa, que están al caer.

—A ver si viene Robin y me ayuda a elegir.

—¿Desde cuándo necesitas a una tía para decidir qué te pones? ¿Has perdido la capacidad de pensar por ti mismo o qué?

—Muy gracioso, Dani.

—Tío, ponte lo que quieras. Y si tienes dudas, pregúntame a mí, como hemos hecho toda la vida.

—Vaaaale...

—Por cierto, Jesús, ¿tú también has notado que ya no fluye como antes el buen rollo con estos?

—No, ¿por qué lo dices?

—Nada, por lo de ayer... Se pusieron a hablar de gente que no conocemos...

—Pero es normal, Dani. No vivimos aquí. Y ellos siguen haciendo sus cosas. Evolucionan, crecen y se relacionan con gente nueva, como nosotros.

—Ya... Vale...

Vuelve a su dormitorio y yo me quito la sudadera con la camiseta interior a la vez y las dejo tiradas sobre la cama. Después me descalzo, me quito el pantalón y me meto en el baño. Está caldeado porque he enchufado el radiador hace unos minutos. Me miro una vez más en el espejo, antes de entrar en la ducha, y me llama la atención lo mucho que he madurado en los últimos meses. Mi físico, por ejemplo, ya no es el de un adolescente. Tengo los antebrazos mucho más

fuertes y masculinos, con bastante pelo. El pecho, los hombros y los brazos están también más musculados. Los abdominales cada vez se me marcan más. ¡Y eso que no practico mucho deporte! Supongo que tengo una buena genética. Me toco el tupé varias veces y me guiño un ojo. Estoy satisfecho con la persona en la que me he convertido. Obviamente no solo por mi físico, sino porque me siento orgulloso de mis decisiones. Soy muy trabajador, inconformista, ludo por mis sueños, cuido de los míos, no hago daño a nadie y soy afortunado. El trabajo nos va de lujo, mi familia es feliz, tengo un montón de amigos con los que me lo paso genial y, lo más importante, vuelvo a sentirme tranquilo emocionalmente, como lo estaba antes de conocer a Baby. Todo el sufrimiento que me provocó he conseguido dejarlo atrás. Cuando termino de ducharme y secarme, me pongo la colonia que usamos ahora, Sauvage de Dior. Vuelvo a mi dormitorio desnudo dando saltitos por el frío. Jesús aprovecha que el baño está caliente para entrar también a ducharse. Me visto rápidamente y me arreglo el pelo. Antes de que Jesús esté listo, me bajo a ayudar a mi madre que está preparando las cosas para el cumpleaños. Le hemos dicho que nos hacíamos cargo nosotros, que no hacía falta que nos ayudara, pero ha insistido. Luego mis padres se irán y nos dejarán la casa para nosotros solos. Incluso dormirán fuera, en casa de unos amigos, para no molestarnos. Ya nos han avisado de que quieren la casa tal y como está. Si pasa cualquier cosa, no volverán a confiar en nosotros nunca más. No creo que tengan por qué preocuparse. Sí, es una fiesta, pero nosotros somos bastante maduros y responsables. Nuestros amigos están un poco más locos pero son buenos niños. Seguro que no se nos va nada de las manos.

Una hora después está todo listo y preparado para que empiecen a llegar los invitados. La primera en presentarse es Robin, que aún tiene que ducharse y arreglarse. Mi hermano no deja de perseguirla por toda la casa y yo, mientras, hago tiempo en las redes sociales hasta que vengan nuestros amigos. Me pongo a mirar Instagram y descubro que una chica que me encanta, una *influencer* de moda, está por trabajo en Sevilla. Le mando un privado y la invito a venir a casa. ¡Ojalá me diga que sí! ¡Está tremenda! Por fin llaman a la puerta. Voy ilusionado, estoy deseando ver a todos mis amigos otra vez. Abro y están cuatro de los más íntimos, de los de toda la vida, de los que nunca nos fallan. Me lanzo a abrazarlos. Nos reímos, chocamos las manos y no me da tiempo ni a acompañarlos al salón. Al momento vuelven a llamar. Son algunas de nuestras amigas. También las abrazo, pero después de decirles lo guapísimas que están. Vamos al salón, saco bebida para todos y nos ponemos a hablar de mil cosas. Jesús y Robin bajan por fin, completamente coordinados con su look. Alucino un poco, ¡lo que hace estar enamorado! Van guapos, la verdad. Tan monos y perfectos los dos. Ella lleva un pantalón negro roto, unas zapatillas de ante con plataforma de goma y una camiseta negra con un poco de escote. Él va todo de negro también, con pantalones rotos, botas marrones y una camisa marrón sobre una básica negra de algodón. Como Robin ya los conoce a todos, se integra fácilmente en el grupo. Van llegando más amigos y de vez en cuando miro mi teléfono; quizá Carolina, la *influencer*, me escriba. Aunque por chicas no será. Miriam está preciosa. Desde que ha llegado no he podido dejar de mirarla. Su melena rubia y rizada le da un aspecto salvaje que contrasta con su forma de ser, tan buena chica y tranquila. Me pongo a hablar con ella, a tontear descaradamente, y noto cómo Pedro, uno de mis mejores amigos, me pone mala cara. Sé que la protegen porque es la peque del grupo. Pero somos todos prácticamente de la misma edad, lo que significa que como mucho es solo unos meses más pequeña que nosotros. Todos nos reímos como nunca recordando momentazos de nuestra infancia y jugamos a un par de retos chorra para beber. Ellos siguen juntos en Sevilla. Nosotros hace mucho que no vivimos aquí, que no les vemos a diario, y a pesar de que todo parece igual, vuelve a haber momentos en los que me siento desplazado. Como anoche,



cuando hablaban sobre sus líos con otra gente. Nombran a personas que no conocemos e incluso hacen bromas que no pillo. Tampoco se preocupan de intentar explicárnoslas. Es duro pero siento que, aunque lo intentemos, ya nada es igual. Miro a Jesús pero él no se da cuenta del rayote que me está dando. En otro momento ya me habría animado de cualquier forma, pero ahora solo tiene ojos para Robin. Mientras mis colegas se ríen sobre no sé qué de un día en el que el profesor los sacó de clase, decido recoger un poco y estar un rato solo. Cojo algunos de los platos que ya han quedado vacíos y los llevo a la cocina. Me apoyo en el mármol frío de la encimera y trato de respirar profundamente varias veces. Me estoy empezando a agobiar. Como tengo los ojos cerrados no he visto a Miriam, que se ha colocado a mi lado.

—Dani... —dice susurrando y acariciándome la espalda.

Aunque ha sido muy dulce, yo me sobresalto.

—¡Dios, qué susto, niña!

Ella sonrío y parece una diosa.

—Perdona...

—Nada, tranquila.

—¿Qué haces aquí?

—Ah, recoger un poco...

—Ya..., ¿estás bien, Dani?

—Sí, claro. Es solo que la cerveza me marea un poco. La falta de costumbre.

—¿No sueles beber? —dice sorprendida.

—No..., ¿pensabas que sí?

—Bueno, como lleváis una vida tan glamurosa, de fiesta en fiesta y con conciertos y eventos...

—Pero cuando hacemos todo eso estamos trabajando, no de fiesta.

—Ah... —Parece que se siente avergonzada de haber creído que ser artista es sinónimo de salir y beber todo el rato.

—El mundo de la música, nuestro ambiente, hacer todo lo que hacemos... no es tan ideal como puede aparentar. Hay que trabajar duro para hacer un disco, un videoclip, e incluso es un currazo estar de promoción hablando del disco en televisiones y radios.

—Ya, tienes razón. Imagino que no es como se ve desde fuera. A veces lo comentamos, nos cuesta mucho trabajo veros como los chicos que vivíais aquí.

—¿Por qué? ¡Somos los mismos!

—Bueno, eso de que sois los mismos...

—A ver, hemos crecido y evolucionado, pero igual que lo habéis hecho vosotros. Miriam, mírate, ¡no pareces la misma! —Y se pone toda colorada.

—Qué va, no es para tanto...

—Sí lo es. Te has convertido en una mujer preciosa. —Y no puedo evitar decir esto de manera seductora. Mi voz se ha vuelto grave y mis ojos han empezado a desnudar lentamente a Miriam.

Ella se está dejando conquistar, porque me mira los labios pidiéndome a gritos un beso. Me acerco despacio para asegurarme de que no son imaginaciones mías y que de verdad quiere estar conmigo. Voy acortando las distancias muy lentamente y ella no hace nada. No se aparta, pero tampoco se mueve... A mí lanzarme no me cuesta nada, aunque he de estar seguro de que no la voy a poner en una situación incómoda. Alargo el cuello para besarla. Cierra los ojos y abre la boca. Justo la señal que necesitaba para asegurarme de que ella también quiere lo mismo. Coloco mis manos en su cintura y nos juntamos. Se estremece y suspira al entrar en contacto con mi piel. Es una de mis mejores amigas de siempre y sé que puedo arrepentirme más tarde, pero me apetece

tanto besarla... Me aproximo a su boca, y justo cuando estoy a punto de tocar sus labios, Jesús grita mi nombre. Me quedo a un centímetro de su boca, relamiéndome, le doy un pico y le pido que no se mueva, que enseguida estoy con ella. Voy hasta el salón y me encuentro con Carolina, mi amiga *influencer*, que al final se ha animado a venir al cumple. Está preciosa con su melena castaña larga, lisa y perfectamente cepillada. Tiene unos labios muy gruesos que no parecen naturales, como los de Angelina Jolie. El vestido que lleva marca sus preciosas curvas y me deja atontado. Cuando presento a Carolina a mis amigos, le hacen prácticamente una ovación. El ambiente se ha caldeado, van todos bastante contentillos y lo están dando todo. Miriam, cansada de esperar e imagino que intrigada por los gritos, se planta también en el salón y los ojos casi se le salen de las órbitas al verla conmigo. No sé cómo reaccionar. ¿Por qué le habré pedido que venga? No tengo el valor suficiente como para darle a Miriam una explicación, así que le pongo cara de resignación y me quedo con Carolina. Me doy cuenta de cómo Miriam se va poniendo triste hasta que, de pronto, se levanta, llama a dos de nuestras amigas, cogen los abrigos y nos anuncian que se piran. El grupo entero les ruega que se queden y yo especialmente, que la siga hasta la puerta dejando un momento sola a Carolina.

—Preciosa, ¿qué pasa?, ¿por qué te vas? —le digo en un susurro.

—No me encuentro bien —me contesta sin mirarme a los ojos.

—Es por la chica esta, ¿verdad?

—Déjame en paz, Dani, por favor.

—¡Eh! Pero no te pongas así, tía. Es solo una amiga.

—¿Y yo? ¿Qué soy yo, Dani?

—Pues una de mis mejores amigas.

—Ya. Ok. —Se da la vuelta dispuesta a marcharse—. Ah, y por cierto, eso de que sois los mismos de antes no te lo crees ni tú. —Miriam sale de casa dándome un portazo en las narices.

Cuando regreso al salón veo a algunos de mis amigos mirándome enfadados.

—Tío, mira que lo sabía —dice Pedro.

—¿Qué es lo que sabías?

—Pues que la ibas a cagar.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Vas a por todas sin tener en cuenta que muchas están colgadas de ti antes incluso de conocerte. Al menos podrías no jugar con nuestras amigas...

—¿Cómo? Yo... No... En absoluto quería hacerle daño.

—Que sí, Dani, lo que tú digas...

—Parece mentira que me digas eso, conociéndome.

—Ya no sé si te conozco...

En ese momento Jesús, que se ha mantenido al margen, salta a defenderme.

—Tíos, basta ya... Dejad a Dani tranquilo. Es muy injusto.

—No, Jesús, deja que nos digan en qué hemos cambiado... —digo amenazante.

—Pues en todo.

—No sé por qué dices eso...

—Venga, chicos, dejadlo ya, ¿vale? —Y ahora Jesús me mira realmente serio.

—Somos los mismos. Quizá sois vosotros los que habéis cambiado vuestra manera de vernos.

—Me empeño en decir la última palabra.

Y estaba de nuevo el precio de la fama. Nuestros mejores amigos no nos reconocían. Llevamos vidas tan diferentes que entiendo que se les haga raro pero, honestamente, creo que son ellos los

que actúan distinto, los que ya no nos ven como nos veían antes.

El resto de la noche estoy un poco al margen, dolido por lo sucedido. Cuando no puedo más y vuelvo a necesitar un respiro, me marcho de nuevo a la cocina. Al poco de estar allí, llega Carolina.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿Cómo?

—Sí, mis amigos ya no se comportan conmigo como lo hacían antes. Algunos me piden fotos para presumir de que me conocen, como si no les valiese con saber que hemos sido inseparables durante muchos años. Otros desprecian mi trabajo y las cosas fabulosas que me pasan por envidia, porque no saben alegrarse por mí... En fin, es difícil. Pero nunca sé para quién es más complicado, si para ellos o para mí.

—Creía que esta fiesta sería épica. En cambio, se ha torcido todo y me siento fuera de lugar.

—Por experiencia te digo que lo malo es rayarse y darle demasiadas vueltas. Mira tu hermano, él está feliz.

—Ya... En realidad es normal que ellos tengan ahora más complicidad y que no me entere de la mitad de las bromas que hacen... Pero me duele que crean que he cambiado, y en el fondo siento rabia porque me he perdido muchas cosas por estar lejos.

—Pero estás haciendo realidad tu sueño. No se puede tener todo en esta vida. Cuando queremos algo hay que luchar por ello, y eso implica también sacrificar cosas por el camino. Amigos, novias...

—Por suerte, novia no tengo...

—Ya, ¿y esa chica rubia que se ha marchado enfadada?

—Es solo una amiga... Amigas tengo muchas.

—Pues ten cuidado, Daniel. La gente es frágil y cuando te fijas en una chica, aunque creas que para ella puede ser una aventura como lo es para ti, existe la posibilidad de que esté colgada de ti.

—Lo sé, pero yo les dejo claro a todas que no quiero comprometerme... Por cierto, ¿es tu caso? —le pregunto con cara de *fucker*.

—¿El qué? ¿Estar colgada de ti?

—Sí.

—¡No! ¡Para nada! —Se parte de risa—. Pero ¿qué pasa, que no sabes estar ni un minuto con una tía sin tirarle los trastos?

—Puede. Bueno, eso y que me encantas.

—Eres lo peor, tío. —Me pega un puñetazo cariñoso en el brazo y sale sonriendo de la cocina.

Me quedo reflexionando sobre todo lo que me ha dicho e intento no amargarme. Me vibra el móvil, lo saco del bolsillo trasero de mi pantalón y veo que es un wasap. Mi cuerpo entero se paraliza. Es un wasap... de ella.

## Robin

No me puedo creer que la vuelta a Madrid esté siendo tan triste. Antes de irnos, acompañé a Rebeca a la estación, hasta el control de entrada. Se fue llorando y destrozándome un poco más el corazón. Pobrecita. Qué difícil es mantener una relación. Fran y ella se aman pero tienen objetivos distintos en la vida. Él no quiere vivir en un lugar en el que no pueda surfear a diario y ella tiene sueños, ambiciones... No quiere renunciar a ellos, y solo puede hacerlos realidad en Madrid. La vi desaparecer entre la gente, sonándose y secándose los ojos mientras a mí se me escapaba alguna lágrima. Odio verla sufrir. También he temido ser ella dentro de poco. De hecho, durante todo el viaje me está viniendo a la cabeza su imagen llorando y desapareciendo entre la gente. Pero a veces soy yo misma, llorando, con una maleta en la mano. Tras dejarla, esperé a que me recogieran y estamos haciendo casi todo el viaje en silencio. En silencio Jesús y yo. Algo deben de estar notando sus padres y Daniel porque nos miran de reojo, incómodos. Jesús coloca su mano sobre mi muslo y lo aprieta fuerte. Cierro los ojos. ¡Qué frustrante viajar con la familia de Jesús con la rabia que tengo dentro! Quiero decirle tantas cosas... Y al mismo tiempo prefiero estar callada. Porque no quiero arrepentirme después. Sé perfectamente que no puedo cabrearlo con él. Y por eso la rabia es aún mayor. ¿Con quién me enfado si nuestras vidas son imposibles de coordinar? ¿A quién le exijo que quiero pasar más días a su lado? ¿Cómo evito que lo raro sea coincidir en la misma ciudad cada semana?

Llegamos a mi casa y sus padres se despiden muy cariñosos de mí. Incluso Dani se abalanza para darme un abrazo.

—Cuñada, te quiero. —Le devuelvo la intensidad con la que me abraza.

—Y yo, Dani. Pasadlo bien y cuídamelo, ¿vale?

Jesús carraspea y ese es el aviso para que nos despeguemos rápido. No tenemos mucho tiempo e intuyo que lo quiere todo para él. Dani se mete en el coche, Jesús me da mi maleta, que ha sacado mientras me despedía de su hermano, me coge de la mano y me da un tirón hacia él. La puerta del maletero sigue abierta y nos cobijamos ahí para que no puedan vernos. Sin poder controlarlo, empiezo a llorar. Miro al suelo porque me da vergüenza que me vea así. Él me levanta la barbilla con suavidad y recorre con sus dedos el surco que han dejado las lágrimas que llevaba tantas horas aguantando.

—¿Cuándo pensabas contármelo? —le recrimino, triste.

—Esperaba hacerlo ahora...

—Ah, muy bien, en plan «adiós, Robin, nos vemos dentro de dos semanas...».

—Cariño, relájate, ¿vale?

—No. Es increíble que me hayas ocultado que os vais mañana a Italia.

—Me enteré ayer y no quería fastidiar el cumpleaños.

—Venga, vale, pues hasta luego. —Me separo de él y me atrapa antes de que esté fuera de su alcance.

—Robin, es mi trabajo. Tengo que ir. Lo sabes, ¿verdad? —No contesto—. Robin, no seas tan dura conmigo. Si pudiera cambiarlo, lo haría.

—¿Seguro?

—¡Claro! ¿Cómo puedes dudarlo?

—Pues porque no creo que yo te preocupe más que tu carrera...

—Mira, tú ya sabías cómo era mi vida antes de empezar conmigo. Por favor, tu trabajo tampoco es nada fácil, y sabes perfectamente qué tipo de agenda tiene un artista.

—Ya, tío, pero dos semanas a Italia, así, sin tenerlo previsto... ¡Me parte en dos! Es muy injusto.

—Pues vente conmigo.

—Sí, claro. Ahora mismo llamo a Félix, a ver qué le parece la idea...

—¿Lo ves? ¿Para quién es entonces más importante el trabajo que nuestra relación?

—Tienes razón... Nuestras vidas son incompatibles. Me piro. Suéltame.

—Hasta que no me digas que me quieres y te despidas de mí en condiciones no te voy a dejar marchar.

—¡JESÚS, DATE AIRE!... —grita Daniel desde el asiento de atrás del coche.

—¡Qué corte, tío! Están esperándote.

—No, te están esperando a ti. Vamos, bonita, bésame como tú sabes. —Jesús sonríe y me mira con los ojos entrecerrados. Está tan guapo que me dan ganas de hacerle una foto para poder recordar cómo me mira cuando lo eche de menos estos días. Pero soy incapaz de hacer otra cosa que no sea acercarme a su boca.

Nos besamos durante varios minutos y después, abrazados, me susurra al oído frases que me llegan al alma: «Te necesito para vivir», «Pensaré en ti cada segundo», «Soy tuyo», «Te amo»... Finalmente, nos separamos.

—Robin, no importa los kilómetros que nos separen... «*I'll be here*» —dice con la mano en el pecho. Es nuestra canción, *City of Stars*...

—«*And you'll be alright*». —Le sigo el juego.

—«*It's love*». —Y me sonrío.

A pesar de lo triste que estoy, le contesto con otra sonrisa. Entro en el portal de mi edificio y me quedo mirando una vez más el coche y a Jesús, que ya ha entrado en él y me saluda despacio moviendo la mano a través de la ventanilla. Solo cuando lo pierdo de vista, me doy media vuelta y me meto en el ascensor. Pienso que todo es un desastre pero que quizá es una prueba para ver si nuestro amor resiste la distancia. Sin duda, es algo a lo que tendré que acostumbrarme. Siempre será así. Él viajará y yo no querré dejar mi trabajo para acompañarlo. Habrá temporadas que lo veré más en la televisión que en persona. Pero como me ha dicho él antes... yo ya sabía dónde me metía. *La La Land* no nos marcó tanto por casualidad. Una historia de amor entre dos personas ambiciosas que no permiten que nada ni nadie les haga abandonar el camino del éxito. Evidentemente nosotros tendremos que aprender a respetar nuestros complicados mundos. Ojalá consigamos que convivan. Salgo del ascensor y me encuentro a Rebeca sentada en el felpudo de mi puerta.

—Rebe, ¿qué haces aquí?

Levanta la cabeza, pues la tiene entre las piernas.

—¿Puedo dormir contigo?

—Claro, boba. Anda, levanta.

Nos abrazamos, entramos en casa y dejo las maletas en mi dormitorio. Vaya dos, no podemos estar ni unas horas solas después del viajecito que hemos tenido de Sevilla a Madrid. Ella en tren, y yo en el coche con la familia de mi chico. Para las dos, un infierno de viaje. Llamo por teléfono a mi restaurante favorito y pido mucho sushi para cenar. Con tantos disgustos me ha entrado hambre. Pongo la mesa, abro un vino tinto y obligo a Rebeca a levantarse del sofá, donde se ha lanzado nada más llegar tapándose la cabeza con un cojín. En realidad ella no es consciente del alivio que siento por tenerla en casa. Cuidarla ha hecho que me olvide un poco de mi drama personal. Entre otras cosas, porque no le voy a decir que estoy triste por no poder ver a Jesús durante dos semanas, con lo mal que lo está pasando ella por haber roto con Fran.

Suena mi móvil, miro la pantalla y me sorprende ver que es Fede. Contesto.

—¿Cuándo volvéis a Madrid, malas personas?

—Hola..., Fede, acabamos de llegar. Rebe y yo estamos en mi casa.

—¡Ah! Muy bonito, si yo no os llamo ni me entero.

—Hemos pedido sushi para un ejército, ¿te quieres venir?

—Bueno, si insistes... —Se hace el interesante.

—Venga, vente, amorcito.

—Qué falso te ha quedado... Tú ya solo tienes ojos para Jesús...

—No me hables...

—Uy, ¿qué ha pasado? No, espera, no me lo cuentes por teléfono. Llego en quince minutos.

—Vaaaale...

—Qué bien hacer fiesta de pijamas —dice mientras oigo cómo da saltos de emoción.

—¿Fiesta de pijamas?

—Sí, nos quedamos a dormir todos en tu casa.

—Te autoinvitas, ¿no?

—Si eres una rancia y tú no lo vas a hacer, tendré que tomar yo la iniciativa, ¿no?

Cuelgo el teléfono y le cuento a Rebe que no estaremos solas. El sushi llega antes que Fede. Colocamos todo en platos y lo dejamos listo para cenar. Rebe recibe un wasap y se echa a llorar, e intuyo que es de Fran. Me acerco y la abrazo. No sé ni qué decirle. ¿Por qué lo dejan si se quieren? Pero comprendo que no quieren tener una relación a distancia. En realidad es un poco la situación que vivimos Jesús y yo. Cuando llega Fede y ve mi cara de tristeza, y que Rebe se sorbe los mocos e intenta eliminar el rastro de sus lágrimas, se indigna.

—Ni de coña he venido hasta aquí para ver cómo os compadecéis de vuestras vidas.

Abro la boca para contestarle y me la tapa con el dedo índice. Saca su teléfono del bolsillo y lo coloca en el altavoz. Ante nuestra mirada incrédula, selecciona una canción y la reproduce a todo volumen. Me siento parte de una película musical, protagonizamos un número absurdo de esos en los que no sabes muy bien por qué los personajes se ponen a cantar y a bailar. Fede se sube a la mesa bajita del salón. Temo por su vida. Bueno, y por mi mobiliario, claro. No pesa cincuenta kilos precisamente...

Está haciendo un *playback* muy expresivo del tema de Maluma, *Felices los 4*. Le pega todo haber escogido esta canción. Cuando llega el estribillo baja de la mesa, ceremonioso y teatrero. Me coge de la mano y me obliga a bailar con él. Me hace dar giros muy locos, apretarme a él y me provoca con *twerking*, a ver si me animo. Luego sigue con Rebeca, que empieza resistiéndose pero que se rinde cuando ve que no parará hasta que la vea bailar. Mientras nos movemos a la

fuerza y vamos cantando sin mucho entusiasmo, a Fede se le ocurre una idea. Me explica atolondrado su plan. Quiere que recreemos el mítico paso de *Dirty Dancing* en el que la chica corre y salta sobre el chico, que la coge en el aire. Intento negarme, me va a matar. Pero Fede insiste e incluso se ofende por dudar sobre su capacidad para ejecutar bien el movimiento. Al final, no me queda otra que ser su conejillo de Indias y hacerlo. ¡Con tal de que por fin se calle y nos deje cenar tranquilas! Me aparto de él, calculo la distancia y le pido que se acerque al sofá. Al menos si volcamos que sea sobre algo mullido.

—Nos vamos a matar, Fede...

—Calla, anda, y concéntrate. —Cuenta hasta tres y me lanzo corriendo hacia él.

Y justo cuando se acaba la canción, caigo en sus brazos a plomo. Fede me mantiene a duras penas, le tiemblan los brazos e intuyo que está haciendo el esfuerzo de su vida. No debo de ir mal encaminada porque, de pronto, escucho el sonido más desagradable que he oído nunca y caemos al sofá. Parece ser que con el esfuerzo su esfínter se ha descontrolado y un montón de gases se le han escapado creando una mascletá digna de las Fallas de Valencia. Aún no me ha dado tiempo a asimilar lo sucedido y oigo una carcajada increíble de Rebeca. Fede y yo nos incorporamos. Él está rojo. Yo sigo un poco descolocada con lo que ha pasado. Y Rebeca acaba contagiándome la carcajada. Las dos nos partimos de risa mirando a Fede, que se va indignando por momentos.

—Bueno, ya vale, ¿no? Ha sido sin querer...

Y cuanto más habla, más gracioso me parece y más nos reímos las dos. No sé durante cuánto tiempo nos hemos carcajeado, pero ha sido la mejor terapia que podíamos haber tenido. Rebeca se queda con la sonrisa en la cara, cuando ya logramos calmarnos.

—No sé qué haría sin vosotros, amigos. Os quiero. —Me acerco a ella y la abrazo—. Fede, mira qué maravilla has conseguido. Ya no estamos tan tristes. Si es que hay que quererte.

Él se incorpora muy digno y se aproxima a nosotras. Nos fundimos en un abrazo a tres.

—Lo que tiene que hacer uno para sacaros una carcajada, ¿eh?

Al cabo de unos minutos, nos sentamos a la mesa y comemos mientras charlamos. Termino contándoles que estoy rabiosa porque Jesús se va a Milán, lo incomprensible que es que me sorprenda y lo mal que me siento por no ser capaz de controlar mis sentimientos. No parezco la Robin cerebral que creía que era. No me dicen mucho, me dejan hablar y desahogarme. Finalmente yo misma me explico que es irracional mi enfado con Jesús y que tengo dos opciones: acostumbrarme o seguir sufriendo. Al acabar, Rebe nos lee el mensaje tan bonito y tan triste que le ha enviado Fran. Se me pone la piel de gallina al escuchar su voz rota repitiendo en alto lo que le ha dicho el amor de su vida.



Me ahogo sin el mar. Me muero si no estás. En cualquier caso estoy roto.

—Rebe, te quiere mucho. ¿No podéis hacer algo?, ¿llegar a un punto intermedio?

—No sé... Quizá... Pero es que es injusto, Robin. ¿Tengo que ser yo la que mande todo al traste y me marche con él? ¿Tengo que ser yo la que le proponga una relación a distancia? No, tía. Las cosas no son así. La decisión está tomada, por mucho que me duela. Esto hay que zanjarlo cuanto antes. Si seguimos adelante, solo será más doloroso e insoportable.

—Hija, pareces la prota de una telenovela. Las relaciones a distancia no están tan mal... Piensa

que algún día estarás un poco aburrida de él y hasta te vendrá bien que tengáis planes por separado —suelta Fede.

Rebe y yo nos miramos sintiéndonos totalmente incomprendidas. Pero Fede nos ignora y se lanza a relatarnos sus salidas nocturnas por Madrid durante el fin de semana. Por suerte volvemos a reírnos a gusto. ¡Es tan gracioso contando las cosas que le pasan! Cuando recogemos la mesa y empezamos a pensar en cómo vamos a dormir, suena el portero automático. Miro el reloj en el móvil. Son las doce menos diez. Qué raro que llame alguien a estas horas...

—¿Sí? —pregunto con inquietud.

—«*Are you shining just for me?*».



## Jesús

Dos semanas sin verla... Dos semanas sin sus besos... Dos semanas sin sentir su cuerpo junto al mío...

No sé ni qué estoy metiendo en la maleta. Desde hace un rato me agobia pensar en lo duro que será no tener a Robin cerca. Cuando estábamos juntos sabía que sería difícil, pero ahora que ya no estoy con ella, y siento su ausencia, me doy cuenta de que va a ser insoportable.

—¿Has cogido ropa de deporte?

—¿Qué?

—Para entrenar... ¡Jesús, estás en la parra!

—Tío, estoy rayado.

—¿Por?

—Ya echo de menos a Robin.

—¡No seas moñas! ¡Son solo dos semanas!

—¿Qué hago aquí?

—¿Cómo?

—Me voy, Dani. Ya está la maleta hecha, mañana la pillas y me venís a buscar a casa de Robin.

—Jesús...

—Dani, tenemos un trabajo muy duro, por eso cada rato que pueda quiero estar con ella.

—Habla con papá y mamá antes de irte, anda.

—Vale. —Me lanzo a darle un abrazo—. Te quiero, bro.

—Y yo...

Cojo las llaves, la chaqueta, la cartera y el móvil. Me acerco a mi madre despacito sin despertar a mi padre, que se ha quedado dormido en el sofá, y le explico que me tengo que ir a dormir con ella. No le hace mucha gracia pero por no liarla aprieta los labios y me pide que tenga cuidado. Salgo a la calle y me siento libre y feliz. He tomado una decisión, lo veo tan claro de pronto. Llega el coche que he pedido y me monto emocionado. Quiero llegar ya. Me la imagino en casa viendo la tele, triste, como yo. Echándome de menos. Sin esperarse en absoluto que me voy a plantar en su casa. Me miro en la cámara del móvil y me peino un poco. Aprovecho y grabo un Instagram *stories* deseándole buenas noches a mis seguidores. Al momento tiene muchas reproducciones. Entro en mi *timeline* y veo que Ariana Grande ha publicado una foto con unas amigas. Le escribo que está guapísima y me manda un beso. Al momento me manda un privado para preguntarme cómo lo llevo. Hablamos un poco y le explico que al final todo salió bien con la chica que me gustaba. Se alegra mucho por mí y me dice que estaba claro, que lo sabía. Sonrío pensando en lo mucho que han cambiado las cosas desde que estuvo con nosotros en Madrid. «¡Os espero en LA!», me escribe por último. Ojalá sea pronto. Llego a casa de Robin. Salgo del coche

y el frío me golpea en la cara. A estas horas ha bajado bastante la temperatura. Llamo al telefonillo.

—¿Sí?

—«*Are you shining just for me?*».

—¿Jesús?

—Claro, ¿quién va a ser?

—¿Qué haces aquí? —dice impactada.

—Robin, cariño, ábreme y ahora te lo cuento, ¡que hace un frío brutal en la calle!

—Ay, perdona, sí...

Al abrir el ascensor, la veo apoyada en el marco de la puerta. Tiene una sonrisa preciosa. Me alegro de haber venido, pero según me acerco, oigo ruido dentro.

—Rebe y Fede están en casa...

—Oh... Ostras, lo siento...

—No, no pasa nada... Es la sorpresa más bonita del mundo tenerte aquí. —Y nos besamos. Durante un buen rato—. Deberíamos pasar... —me dice, juguetona, sin despegarse de mí.

—¿No podemos quedarnos aquí toda la noche? —le propongo, y se ríe y me abraza fuerte. Vuelvo a buscar su boca—. Qué fiestera eres, te dejo unas horas y ya estás dándole al vino, ¿no?

—Soy lo peor... Lo sé... Pero me han liado estos.

—Pues ahora te voy a liar yo. A ver cómo les dices que se piren ya... —Robin se separa de mí, seria.

—Jesús, duermen aquí.

—¿En tu minicasa? ¿Los dos?

—Sí. Bueno, tengo dos camas de matrimonio, la mía y el sofá cama del salón...

—¿Me estás invitando a que me quede a dormir?

—¿Yo? No... —Se ríe—. No te soporto, ya lo sabes.

—Entonces... ellos pueden dormir juntos en el sofá, ¿no?

—Bueno, no creo que tengan problema...

—Trato hecho.

Finalmente entramos en el salón. Fede y Rebe hablan entre risas y tardan en darse cuenta de que estamos con ellos. Cuando me ven, abren los brazos pidiéndome un abrazo. Me acerco y me paso unos segundos con cada uno. Son muy cariñosos conmigo.

—Qué bien os lo montáis, ¿eh?

—Es el gabinete anticrisis. Vino, música y risas para no pensar en el mal de amores —explica Fede.

Miro a Robin preguntándome si ella también necesitaba esa terapia y, a pesar de que ahora está radiante, noto su mirada triste. Claro que lo lleva mal. Salir conmigo no debe de ser nada fácil. He perdido el hilo de la conversación. Me he quedado mirando a Robin en silencio. Amo cada movimiento que hace con las manos cuando habla, cómo se quita el pelo de la cara y su manía de sentarse siempre en el suelo sobre un cojín en lugar de hacerlo sobre el sofá o una silla. Al terminar de contar no sé qué historia, detecta que no he dejado de mirarla. La estoy avergonzando pero me da igual. Es como un imán para mí.

—Rebe, no sé si sobramos, cariño —dice Fede.

—Total —comenta un poco incómoda.

—No, qué dices, para nada —salta Robin.

—Chicos, os pido disculpas... Soy un entrometido... No sabía que estabais aquí. Perdonadme,

por favor. —Me levanto mientras lo digo y me acerco a Robin—. Supongo que sabéis que me marcho dos semanas a Italia y que no voy a poder estar con esta preciosidad. —Le pido con un gesto que coja mi mano y la ayudo a ponerse de pie—. Espero que podáis comprender que muero por pasar cada minuto que me queda besando esta maravillosa piel antes de volar a Milán. —La abrazo por la espalda y apoyo mi cabeza en su hombro, mirándolos—. ¿Os importa si os dejamos solos?

—Qué romántico eres, hijo mío. Robin, cuando te canses de él, me lo pido —dice Fede, y todos nos echamos a reír.

Robin les saca un juego de cama y un edredón mientras les pide mil veces perdón. Al cerrar la puerta de su dormitorio me mira feliz.

—Por fin solos.

—Estás loco, lo sabes, ¿no?

—Por ti. —La cojo por la cinturilla de las mallas empujándola hacia mí y nos dejamos caer en la cama.

Nos besamos, nos reímos, nos abrazamos... Todo parece poco para expresarle lo mucho que la deseo. Le he dado muchas vueltas a la cabeza y lo tengo claro. Es lo mejor. Podremos vernos más y afianzar nuestra relación. No sé qué me dirá ella. Probablemente le parecerá una locura, pero acabará diciendo que sí porque estamos hechos el uno para el otro. En cuanto vuelva de Italia me pongo a prepararlo todo. Para algo soy ya mayor de edad.

—Robin, creo que deberíamos vivir juntos.

## Baby

Lo ha recibido. De hecho, lo ha leído. Y además está en línea cada vez que entro para ver si me funciona el WhatsApp y cerciorarme de que si no me contesta es porque no le da la gana, no por algún tipo de fallo que haría que todo esto fuera menos humillante. Pero es normal. La cara desencajada al despedirse de mí en el aeropuerto me viene una y otra vez a la mente. No me porté bien con él. Hago la maleta y decido ponerme a leer, a ver si así me va entrando sueño. Es temprano para dormir pero mi vuelo sale de madrugada. Desde que le he enviado el mensaje a Dani, estoy atacada y no creo que pueda pegar ojo. Trato de evadirme entre las páginas melancólicas de *Tokio Blues*. Es un regalo de Nadia. Dice que es uno de sus libros favoritos. La verdad es que me tiene enganchada, pero no lo suficiente como para hacerme desconectar de todo el agobio que tengo en la cabeza. Mi futuro inmediato me tiene en vela. Milán, Ángel, la compañía de ballet, una nueva residencia, nueva academia... Si estoy haciendo lo correcto o no es imposible saberlo, así que no me permito darle más vueltas innecesariamente. Soy una chica nueva. Para empezar, ahora soy rubia y tengo novio, rubio también y maravilloso. Por no hablar de mi repentino futuro prometedor en el ballet, tal y como lo habían soñado siempre mis padres. Me revuelvo en la cama buscando una postura más cómoda para leer y me acuerdo del primer día en esta habitación. Entonces tenía la sensación de que el suelo se abría a mi paso y que no podía ser más desgraciada. Cómo ha cambiado todo desde entonces. Miro la parte de habitación que ocupa Nadia, justo enfrente de la mía. La pared de su cama está repleta de recuerdos. Me quedo mirando una foto de una de nuestras escapadas turísticas por París. Qué intuición tuvo al organizar tan pronto las excursiones de los domingos para conocer cuanto antes la ciudad que nos acogía. Me entran ganas de llorar... Es la única amiga de verdad que he tenido hasta ahora. La voy a echar mucho de menos. La puerta se abre de sopetón y tengo que fingir que se me ha metido algo en el ojo para justificar mis lágrimas. Nadia deja las cosas en la silla de su escritorio. Ha entrado hablando sin parar.

—No me digas que casi te duermes sin esperarme... No te imaginas qué desesperación de clase acabo de tener... Ha habido un momento que creía que si algún compañero más le preguntaba a la profesora algo relacionado con lo que nos había explicado diez veces ya, me hubiera lanzado a su cuello y le habría arrancado la yugular... A veces pienso que o son todos idiotas o yo debería estar en un curso superior. ¡Qué impotencia! —Se descalza y se sube a mi cama obligándome a hacerle un sitio—. Bae, te odio, ¿por qué te vas?, ¿qué hacemos en tu última noche?, ¿lo tienes todo preparado?, ¿por qué no vienes de nuevo por aquí en lugar de ir directamente de España a Milán?, ¿estás llorando?

Y me entra un ataque de risa y lloro de manera intermitente.

—Estás loca, ¿lo sabías?

—Sí, algo me han dicho... —Nos abrazamos y me desahogo a gusto. Nadia también llora en silencio, mientras se aprieta contra mí con fuerza—. Mira, ¿sabes qué? No vas a pasar así tu última noche aquí. ¡Vámonos a cenar!

—Pero es que mi avión sale de madrugada.

—¿Y vas a conseguir dormirte?

—No... La verdad es que no.

—Ya dormirás en el avión. Venga, levanta.

Nadia tira de mí para animarme. Lo cierto es que estoy un poco cansada y ya me había hecho a la idea de estar tranquilita leyendo. Pero ahora es imposible frenar a esta chica. Pura energía positiva y todo nervio. Lanza su ropa a la cama, se pega una ducha y se cambia a toda velocidad. Yo, como me acababa de duchar, me quito el pijama y me visto con lo que había preparado para volar mañana. Un peto vaquero, con camiseta blanca de algodón debajo y zapatillas blancas. Antes de salir cojo mi abrigo gris y una bufanda de cuadros que es amor puro. Nadia me coge del brazo y sonrío. La he hecho feliz. Está muy guapa. Me encanta cuando se pinta los labios rojos, ¡le da tanta personalidad!

—Bueno, ¿y adónde vamos? —le pregunto.

—No sé, donde sea... ¿Qué te parece el Indiana?

—Ah, genial. Me apetece una hamburguesa.

—Perfecto.

De camino Nadia me cuenta que está buscando nueva compañera de habitación. Que en la residencia quieren adjudicarle a alguna de las chicas que están en una de las habitaciones triples, para que estén más cómodas, pero no le hace mucha gracia ninguna de las que podrían ser una opción. Me duele tener que hacerle esto a mitad del curso.

—Tía, quiero que vengas enseguida a verme a Milán. ¿Lo harás?

—Sí, claro. Y me iría de cabeza contigo también a España.

—Antes o después tenemos que ir juntas a Madrid, ¿vale?

—Hecho.

Llegamos al Indiana y conseguimos abrirnos paso entre la gente que habla en la puerta. Es domingo y está a tope.

—Mira, ¿nos sentamos allí? —le propongo.

—No, vamos un poco más al final...

Sigo a Nadia, que parece muy convencida. Voy andando entre las mesas y se me hace la boca agua viendo patatas fritas en platos ajenos. ¡Y yo que no quería cenar! Me encanta ver la mezcla de gente que hay siempre en esta hamburguesería, y eso que es casi todo gente joven. Es uno de los locales que más me recuerda a España porque todo el mundo habla bastante alto y ríe a gusto, hay mucho ruido y música. Miro hacia donde va Nadia y se ve bastante barullo, como si hubiera una celebración. Pero ella insiste, e incluso diría que ha acelerado el paso. De pronto, se coloca a un lado y yo me quedo como una boba viendo mi nombre con globos plateados, sujetos a la pared, detrás de todos mis amigos de París. Entre ellos, cómo no, el más importante, mi ángel de la guarda. No puedo controlar las lágrimas y sonrío al mismo tiempo. Ellos han gritado al unísono el típico «Sorpresa».

—Pero ¡¿cómo sois tan bonitos?! —consigo decir al rato.

Nadia me abraza y me susurra:

—No iba a permitir que te quedaras sin despedida oficial.

Le devuelvo el abrazo y le doy las gracias por hacerme tan feliz. Al momento, Ángel se acerca

y es él el que me abraza.

—Te quiero, Bae.

Y así van aproximándose todos. Compañeros de clase; Lorenzo, el novio de Nadia; algunas de las chicas de la compañía de ballet...

—¡No sé ni qué decir! ¡Hace un momento estaba en la cama!

Nos sentamos a la mesa y pedimos hamburguesas, nachos y patatas fritas para una legión. Hablamos del futuro y recordamos algunos de los mejores momentos que hemos vivido en París. Cuco, uno de los amigos de la academia, nos cuenta cosas sobre Milán, donde vivió durante un tiempo con sus padres. Me pica la curiosidad todo lo que cuenta. El aperitivo de los bares, el ambiente universitario... No parece tan aburrido como había imaginado en un principio. Ángel nos explica detalles de lo que han ido cerrando con la compañía y yo les digo dónde está la que será mi residencia allí. Pasamos una noche perfecta. Ángel me aprieta la mano con cariño por debajo de la mesa todo el rato y cuando lo miro, le brillan los ojos. Está muy feliz de emprender conmigo esta nueva aventura. Lo cierto es que yo también. Quién mejor que él para ser mi compañero de este disparatado reto en el que me he metido. Hoy está guapísimo. Lleva un jersey negro que resalta su pelo rubio y unos vaqueros tintados apretados que le quedan de lujo. La verdad es que ahora nuestros amigos nos dicen que somos como hermanos, los dos tan rubitos. Sí, es cierto, parece que vamos conjuntados. Hacemos muy buena pareja. Al acabar, decido que para la hora que es ya no vale la pena dormir y propongo entrar en algún garito a bailar. Ángel me mira con cara de pena. Supongo que fantaseaba con pasar solos las últimas horas antes de mi viaje.

—Un ratito y nos vamos, porfi... —le susurro al oído.

Entramos en un local que ya conocemos y que nos encanta porque no suele haber mucha gente. Es un sitio muy cutre pero de vez en cuando ponen música en español. Justo cuando entramos, suena *Safari* de J. Balvin y todos gritan emocionados, incluso los pocos franceses que hay en el grupo. Ángel se viene arriba y protagonizamos un baile improvisado. Nos aplauden y vitorean mientras nosotros nos reímos porque no sabemos ni lo que estamos haciendo.

—Mira que te gusta llamar la atención...

—¿A mí? Pero ¡si has sido tú! —Y Ángel me tapa la boca de broma mientras se parte de risa.

Está feliz. No nos vamos a ver durante una semana pero nos esperan muchos días juntos descubriendo una nueva ciudad. Una vez terminado el baile improvisado, dejamos la pista y me rodea con sus brazos para aspirar mi olor. Nadia se queja de que somos unos empalagosos y me arrastra de nuevo a la pista de baile, esta vez para hacer una de nuestras coreografías absurdas de por la mañana. Está sonando *Can't Be Tamed* de Miley Cyrus. El tema con el que empezó a desprenderse de su imagen de Hanna Montana. En contra de mi voluntad, vuelvo a dejarme llevar por segunda vez en la noche y me convierto de nuevo en el punto de mira. En otra circunstancia me hubiera dado mucha vergüenza pero, como estamos prácticamente solos en el local y tengo tal mezcla de sentimientos dentro, no pienso mucho en ello y me suelto. A la hora y media, la gente empieza a marcharse y a Ángel se le ilumina la cara ante la perspectiva de poder por fin estar a solas conmigo. Nadia me dice que dormirá con Lorenzo para dejarnos espacio y se marcha llorando, rápido, y sin poder decirme mucho más de lo que ya me ha dicho durante toda la noche. No es fácil aguantar las lágrimas, pero consigo mantener bastante la dignidad hasta que no me puede ver nadie, excepto Ángel, a quien convierto en mi paño de lágrimas. Conforme llegamos a la residencia me voy calmando y él me hace reír con cosas tontas para levantar mi ánimo. En una de esas conversaciones absurdas en las que intenta dibujarme una sonrisa, me pregunta qué planes tengo en España. La verdad es que no sé qué decirle porque no tengo nada claro. De hecho, solo

mis padres saben que voy a ir. Bueno, mis padres y Daniel, pero a él prefiero no nombrarle. Me remuerde la conciencia no contarle que le he escrito pero tengo miedo de que se raye.

—¿Has avisado a Dani de que vuelves? —me suelta de pronto como una bomba.

## Daniel

Me he despertado con la idea de montar otra fiesta de cumpleaños. Organizar un pollo grande, invitar a todos nuestros amigos y compañeros de trabajo de Madrid. Incluso convocar a la prensa para que venga a cubrirlo. Se lo cuento a Jesús cuando sube al coche y me dice que le parece una buena idea. Decidimos que en cuanto volvamos de Italia, lo celebramos. Vaya carita de bobo enamorado que trae, por cierto. Creo que le podría decir «Vamos a quemar toda tu ropa» y seguiría asintiendo encantado.

—Te lo has pasado bien, ¿eh, pollito?

—¿Eh? ¿Qué? Dime.

—Madre mía..., ¡estás atontado! Que ha ido bien, digo.

—Ah, sí, sí. De lujo, bro —me dice rápido y esquivando hablar del tema. Diría que me esconde algo...

Llegamos al aeropuerto y alucinamos con la cantidad de chicas que nos esperan allí. No sabemos cómo lo hacen pero siempre se enteran de los vuelos que vamos a coger. El conductor para el coche justo a la altura de la puerta por la que tenemos que entrar. De momento, las chicas no nos han descubierto, están en otra puerta un poco más adelante. Jorge, nuestro mánager, y Pedro, que es el encargado de nuestra seguridad y que viene con nosotros de viaje, salen del coche. Sacan las maletas y nos abren la puerta. Conforme pongo un pie en el suelo oigo a una chica gritar. Nos han descubierto. Nos damos prisa porque eso significa que en un momento las tendremos a todas encima. ¡Ojalá pudiéramos pararnos a hablar con cada una de ellas! Pero tenemos el tiempo justo para coger nuestro avión y si nos enredamos haciéndonos fotos o saludándolas, no llegaremos. La imagen es escandalosa, unas cincuenta chicas corriendo hacia nosotros dejando a su paso gente descolocada que no sabe qué ocurre. Llegamos al control mientras las fans nos piden fotos, nos dicen que nos quieren y lo graban todo en vídeo. Beso a las que puedo y Jorge me reprende por hacerlo, me grita que no hay tiempo. Una vez pasamos el control, nos giramos para verlas. Les lanzamos besos con las manos y les damos las gracias por venir. Nunca me acostumbraré a esto, sentir tanto cariño y apoyo de nuestras seguidoras es lo más bonito que nos ha pasado nunca. La puerta de embarque a la que tenemos que ir es la D61. Tras hacer el chorra con los perfumes, comprarnos un par de bolsas de frutos secos y ojear las revistas y libros de una de las tiendas del aeropuerto, nos sentamos a esperar que salga el vuelo.

—Tengo que hablar contigo, Dani.

—Dime... —Por el tono de Jesús, me estoy empezando a temer lo peor.

—Ayer estuve pensando en la vida que llevamos, los viajes, los conciertos, la promoción...

—Jesús, me estás preocupando...

—Noooo... Déjame hablar. Lo que quiero decir es que así es complicadísimo tener una



relación... Entiendo que Robin esté harta y cansada...

—Pero, Jesús, que no es para tanto. Que hay tiempo para todo.

—Sí, sí, yo también lo pienso... Precisamente por eso he tenido una idea...

—¿Me lo quieres decir de una vez? Me da la impresión de que no me va a hacer ninguna gracia...

—A ver, tú y yo siempre hemos dicho que de mayores viviríamos juntos... Y sigo queriendo que eso sea así. ¿Vale?

—Claro, y yo.

—Ya, pero hasta que podamos irnos a vivir a una casa conjunta y los dos queramos independizarnos, puede pasar un tiempo.

—Obvio, no creo que nos tengamos que ir de casa de papá y mamá aún...

—O sí..., Dani, he pensado que si cada ratito que paso en Madrid quiero estar con Robin..., ¿no sería mejor que viviéramos juntos?

—¿Me estás diciendo que te quieres ir a vivir con Robin?

—Sí. Se lo propuse anoche.

Me quedo unos segundos en silencio. Me ha dejado sin palabras. Siempre pensé que primero nos iríamos a vivir juntos los dos...

—¿Y qué te ha dicho?

—No me ha contestado aún... Dice que se lo tiene que pensar.

—Jesús, tío, no sé qué decirte... Me dejas muy tocado...

—Si en realidad tú y yo ni nos vamos a enterar... No ves que pasamos tanto tiempo fuera de casa, viajando juntos...

—Ya, bro, pero es algo muy serio... Joder, ¿vivir con una tía? Debes de estar muy enamorado...

—Lo estoy.

—Piénsalo bien. Pero si es lo que quieres, evidentemente te apoyaré.

—Gracias, Dani. —Y se lanza a mis brazos.

Jesús viviendo con Robin. Qué locura. Siempre he pensado que vamos muy deprisa en todo, que nuestros 18 no son los 18 de los demás, que somos muy maduros y que llevamos una vida de adultos desde hace tiempo... Pero en este caso creo que se está precipitando. Intentaré hacérselo ver sin que parezca un capricho mío. Jesús se ha puesto a escuchar música y a toquetear su teléfono. Probablemente esté escribiéndose con ella. Me cuesta creer que Robin esté dispuesta a dar ese paso tan importante, la verdad. Me apoyo en el respaldo del asiento y miro al frente perdido en mis pensamientos. La gente está ya haciendo cola para embarcar en el avión pero nosotros hemos decidido entrar cuando pase todo el mundo, para no tener que estar de pie esperando. Me encanta observar a las personas cuando van a coger un vuelo. Siempre está la típica miedosa que no puede ocultar sus nervios o el que no respira tranquilo hasta que no está sentado con su maleta guardada justo sobre su cabeza. Y solo algunos, generalmente los más habituados a coger aviones, se muestran tranquilos y relajados, como el que ejecuta una rutina, una actitud similar a la del que coge el metro cada mañana para ir a trabajar.

—Voy a comprarme agua, ¿quieres algo? —le digo a Jesús quitándole uno de los auriculares.

—No, gracias.

Llego a la máquina y espero detrás de una chica rubia. No sé cuánto rato llevará intentando sacar una bebida pero no parece que le vaya bien la cosa... Marca contundente una y otra vez los números, le da pequeños golpecitos para ver si responde y mira varias veces si le ha devuelto el

dinero. Me parece muy graciosa. Tan pequeñita y dulce, poniéndose un poco violenta con la máquina.

—¿Voy buscando otra máquina o crees que podremos con ella?

La chica rubia se queda quieta durante unos segundos hasta que se da la vuelta muy lentamente.

—¿Dani? —pregunta incrédula y sorprendida, dejándome totalmente impactado.

—¿Baby? —consigo balbucear.

—Sí... Hola...

No puedo creer que esto esté sucediendo de verdad. Me planteo golpearme la cara por si estoy soñando.

—Tu pelo... ¡es rubio! —digo alucinado.

—Sí, me hice mechas el otro día —contesta tocándose el pelo algo avergonzada.

—Te queda muy bien, estás... estás... muy guapa.

—Gracias. Tú también estás genial... ¿Qué haces aquí, vas o vienes?

—Voy a Milán. Nuestro avión sale en unos minutos.

—¿Milán?

—Sí. Estaremos allí dos semanas.

—¿Y tú?

—Pues no sé si recibiste mi wasap...

—Ah, sí... Es que no he parado y no te he podido contestar, pero sí... —le miento.

—Nada, claro... Pues he venido a Madrid a arreglar papeleos porque me mudo precisamente a Milán.

—¿En serio? ¿Y eso?

—La compañía de ballet en la que curro va a representar allí la función en la que he estado trabajando y me han pedido que vaya con ellos.

—Ah..., genial. Bueno, pues... igual nos vemos por allí, ¿no?

—Puede. Yo en un par de días me instalo en mi nueva residencia.

—Vale, pues nada, hablamos...

—Perfecto, Dani.

Entonces me lanzo a darle un abrazo. Corto, sencillo y poco cariñoso, pero aprovecho para impregnarme de su olor. Cuánto lo echaba de menos.

—¿Te acuerdas de aquel día en Valencia que te dije que en un futuro nos cruzaríamos en el aeropuerto cuando triunfaras como bailarina? Pues fíjate. —Bae se pone roja de golpe, supongo que recordando ese día.

—Hombre, tampoco es que esté viviendo un éxito loco...

—Te está yendo genial, Bae, y lo sabes.

—Gracias. Y enhorabuena a vosotros. Os sigo la pista y no paráis.

—Sí, no te lo voy a negar. ¡Y ahora a comernos Italia! —le digo emocionado y guiñándole un ojo.

—Dani, tío, creo que tu hermano te está buscando.

Me giro hacia la puerta de embarque y veo a Jesús con cara de agobio mirando a un lado y a otro.

—Oh, sí... Bueno, pues me piro, ¿vale?

—¿Y al final no te compras nada?

—Ah, no, da igual.

—Vale, pues nos vemos.

—Sí, vale, a ver si nos vemos algún día.  
Corro hasta Jesús y antes de que pueda echarme la bronca le cuento lo que ha pasado.  
—¿Ves a esa rubia de allí?  
—Sí...  
—Es Baby.  
—¿QUÉ?  
—Lo que oyes. Se ha puesto rubia, está en España y adivina adónde se muda en un par de días.  
—No puede ser...  
—Sí puede ser... ¡A Milán!  
—Joder, bro... Vaya con el destino, ¿eh?  
—El otro día me escribió un wasap para contarme que estaría por España, que si nos veíamos...  
—No me lo habías contado.  
—Ya, no sé... Bueno, te lo cuento ahora.  
—¿Crees que quiere volver contigo?  
—No, qué va. Si en el mismo wasap me hablaba de su novio, ya sabes, el profesor de ballet.  
—Bueno, eso no tiene nada que ver.  
—Cierto, pero es que al verla, he comprendido que ya no siento lo mismo por ella. Es como si de pronto todo se hubiera apagado y solo la veo como una buena amiga.  
—¿En serio?  
—Te lo prometo. Lo mío con Bae es historia.

## 10

### Robin

Los primeros días no han sido fáciles pero tampoco muy complicados... Pasarme todo el día currando me evita pensar demasiado en lo lejos que estoy de Jesús. Él me ha ido enviando vídeos, mensajes y me ha llamado varias veces al día. Parece muy feliz. Están viviendo un sueño. Triunfar en tu país es genial, pero ver que tu éxito traspasa las fronteras tiene que ser algo increíble. Todo anda igual por Madrid. Tras la última noche que pasamos juntos y esa petición tan loca que me hizo, me di cuenta de que debía relajarme en cuanto a nuestra relación. Es obvio que me quiere, no debería dudar ni un solo momento de lo nuestro. Por otra parte, Rebeca está «mejor». Parece que ha superado lo de Fran y vuelve a ser la Rebeca de antes. Está todo el día haciendo planes y no me deja ni respirar. Ayer me llevó a rastras a una fiesta de *influencers* y acabamos en un concierto de trap, a las cinco de la mañana, con unos amigos de la radio. Desde entonces canto en bucle y sin control *Tengo dinero e la ola*. Lo estamos pasando bien, la verdad. Pero me preocupa que en realidad se esté engañando a sí misma y que toda esa felicidad sea fingida. Aunque cada vez que se lo insinúo me dice que no. Hoy me ha costado concentrarme y hacer decentemente mi trabajo. La fiesta de ayer me ha pasado factura y ha habido momentos en los que soñaba con que se iba la emisión, secuestraban la radio o había un incendio que me impedía continuar en directo. Pero al final he podido con ello. Mi intención era irme a descansar en el sofá viendo una peli y comiéndome una pizza. Pero hace un rato recibí un mensaje de Rebe en el que me daba un tiempo para ducharme y arreglarme antes de pasar a por mí. Por lo visto quiere que vayamos a otra fiesta. ¡Va a acabar conmigo! Entro en casa y me imagino qué pasaría si al llegar Jesús estuviera allí. Fantaseo con la idea de tener su ropa en mi armario, su cepillo de dientes en mi cuarto de baño o sus zapatillas tiradas por el salón junto a las mías. Se me ilumina la cara imaginando que comparto piso con él. Me pego una ducha, me pongo el albornoz y me tiro en la cama a hablar con él por teléfono antes de arreglarme.

—¿Cómo estás, pequeño?

—Hola, bonita, muy bien, ¿y tú?

—Muerta. Al parecer Rebeca ha decidido que quiere acabar conmigo.

—Dile que no te canse mucho, que cuando vuelva yo te necesito enterita para mí.

—Pues a este paso...

—A ver, Robin, pues dile que no puedes más.

—Si ya se lo he dicho, pero ella insiste e insiste... hasta que le digo que sí aunque sea para no oírla más.

—Bueno, entonces no me llores.

—Vaaaale.

—¿Me echas de menos?

—No mucho, no creas...

—¡Ah, pues muy bien!

—Es que no paro, no me da tiempo. Pero claro que te echo de menos. Lo bueno es que no está siendo tan duro como me imaginaba.

—Pues yo cada vez que vengo al hotel me siento muy solo.

—Pero si estás con Daniel.

—Ya, pero me faltas tú. Además, Daniel tiene planes muchos días. Pero yo prefiero quedarme a descansar.

—¿Y eso?

—Ya sabes, está soltero, se nos rifan... Y, además, no vas a creerte quién vive aquí ahora.

—¿Quién?

—Baby.

—¿En serio?

—Sí, está con su compañía de ballet preparando la función en Milán.

—¿Y han quedado? ¿Han vuelto?

—Se están viendo. Muy fuerte.

—Uff, pues ya me contarás.

—Dice que ya no siente nada por ella, que lo ha superado.

—Ajá... Y por eso queda con ella...

—Ya, pinta fatal.

—Total, que tú te quedas solito en el hotel...

—Sí, siendo un buen chico y pensando en ti.

—Porque si sales tendrás muchas tentaciones «italianas», y quién sabe qué podría pasar.

—Robin, no vayas por ahí. Claro que podría estar con decenas de tías ahora mismo. Pero te quiero a ti. Y estoy contando las horas que faltan para vernos.

—Ojalá pudiera estar ahí ahora.

—No tengas prisa, habrá tiempo de tener muchos días para nosotros, cuando vivamos juntos.

Me deja sin palabras.

—Bueeeno, te dejo, ¿vale?

—Claro, pírate a quemar Madrid.

—Oye, que yo te voy a respetar igual aunque esté de fiesta. No ves que yo no tengo decenas de tíos deseándome.

—Sí, claro. Lo que tú digas, preciosa.

—Buenas noches.

—Te quiero.

—Y yo.

—Escríbeme cuando llegues a casa, para que me quede tranquilo sabiendo que has llegado bien, ¿vale?

—Síííí... No te preocupes.

Cuelgo el teléfono y lo acaricio un rato como si de ese modo estuviera más cerca de él. Suena el telefonillo de casa y resoplo. Ya está aquí la pesadilla de Rebeca. Abro y espero en la puerta hasta que suba.

—Vaya, qué sexi —dice con ironía al verme junto a la puerta—. Creía que mi padre era el único que usaba albornoz para pasearse por casa.

—Pues ya ves que no.

—Venga, Robin, date prisa. Creí que ya estarías vestida.

—Tía, vas a matarme. ¡Estoy agotada!

—No seas quejica. Tenemos planazo.

—¿Sí? Sorpréndeme.

—Hemos quedado con unos amigos de la universidad. ¿Te acuerdas de Mario, Teresa y Salva?

Me meto en el dormitorio y pongo los ojos en blanco. Lo que menos me apetece hoy es quedar con antiguos compañeros de clase y tener las típicas conversaciones de siempre. «¿Y cómo conseguiste trabajar en la radio?», «¿A cuántos famosos conoces?», «¿Es tan simpático David Guetta como parece?». Me pongo un vestido ajustado, medias y zapatillas de deporte. Hoy no estoy para tacones ni plataformas. Me seco el pelo al aire y luego con la plancha me hago algún que otro rizo. *Eyelinner*, bien de máscara de pestañas y bolso de flecos. Llegamos al sitio en el que hemos quedado para cenar. Pedimos unas cañas en la barra hasta que nos sientan en nuestra mesa. El restaurante se llama La Pescadería y ahora está muy de moda. Hay una mesa que nos encanta, está al final del todo y separada del resto del salón. Parece una especie de cueva que nos permite hablar con comodidad. A la cena se han apuntado, además de Mario, Teresa y Salva, Sergio, Estefanía y Carlota. Son todos excompañeros de clase. Nos llevábamos muy bien en la universidad pero dejamos de vernos. Supongo que porque trabajamos en sectores muy distintos a pesar de haber estudiado lo mismo. Nos ponemos al día y nos reímos constantemente recordando momentos gloriosos de nuestros años universitarios. Al final no ha sido tan mala idea quedar con ellos. Unas horas después nos hemos recorrido todos los locales de alrededor y hemos ido sumando nuevos miembros a nuestro grupo. Algunos de mis compañeros de trabajo, incluido Fede, amigas de una discográfica y un par de estilistas con las que trabaja siempre Rebeca se dejan llevar por las decisiones que tomamos y nos siguen sin rechistar. A mí se me ha olvidado el cansancio acumulado. Siento que podría pasarme toda la noche bailando. Entre risas, abrazos y cotilleos, de pronto alguien me toca la espalda con cariño. No me giro porque creo que es alguno de estos, agarrándome para cantar o vete tú a saber... Pero la mano insiste y me ha llegado un olor familiar. Un olor que me golpea directamente el estómago, que me recuerda que me falta algo, que estoy incompleta y sola a pesar de estar rodeada de amigos. Me doy la vuelta y me sorprende ver a Agustín. El amigo de Jesús, el director artístico de la discográfica, al que conocí en Londres y que al parecer utiliza el mismo perfume que lleva ahora Jesús, Sauvage de Dior.

—¿Agustín?

—¿Robin?

—Tío, ¿qué tal? —le pregunto mientras me sorprendo de lo guapo que está. Lleva más tatuajes que la última vez que coincidimos y un séptum que le da un toque muy sexi.

—Muy bien... Ya veo que tú también estás bien —dice con sorna—. Hay que ver lo que te gusta una fiesta... —Y su sonrisa se curva de esa forma tan insoportablemente irresistible.

—Anda, pues lo mismo que a ti, bonito.

—Sí, eso es cierto. ¿Y Jesús?

—En Italia.

—Es verdad, están de promoción allí estos días. Están triunfando.

—Sí, les va genial.

—Me alegro un montón. Y vosotros estáis juntos, ¿verdad?

—Sí. Llevamos ya unos meses y muy bien. Por cierto, gracias por lo que hiciste para ayudarnos.

—Nada, mujer, lo que sea por un amigo.

—Y por una amiga, ¿no?

—Bueno, para ser mi amiga tendrás que ganártelo un poco más.

—Mmmm, ¿algo como invitarte a una fiesta privada?

—Por ejemplo.

—Pues vamos, mi amiga Rebe está liando a todo el mundo para irnos a un ático de no sé quién para continuar allí la juerga.

Vaya noche loca. Me despierto con Rebeca prácticamente roncándome en la cara. Con lo guapa y princesita que es para muchas cosas y lo *hooligan* que parece durmiendo. La aparto delicadamente e intento no despertarla al salir. Necesito un té y comer algo, estoy hambrienta. Ando de puntillas hasta la puerta, abro despacio y cierro poco a poco para no hacer ruido.

—Buenos días, Robin —dice alguien con la voz ronca en mi salón.

Pego un grito superescandaloso y me pongo en guardia de *kickboxing*. No tengo ni idea de quién más está en mi casa.

—Tranquiiiiila, Robin, soy yo, ¡Agustín!

—¿Qué haces aquí?

—Me invitaste a quedarme, ¿no te acuerdas? Me había olvidado las llaves, no tenía manera de entrar en mi casa... Y... Bueno, dijiste que me viniera aquí.

De pronto la historia me va encajando y voy recordando todo. En ese momento, me viene a la cabeza también que Jesús me pidió que le escribiera al llegar y no lo hice. Entro de nuevo a mi cuarto, rebusco en mi bolso de flecos, saco el móvil y veo un trillón de mensajes de Jesús. Son las doce y media del mediodía y no sabe nada de mí desde ayer.

—Jesús, hola... —Prefiero llamarlo.

—¿Robin? ¿Estás bien?

—Sí, perdona, se me olvidó escribirte... Estaba tan cansada...

—Robin, perdona, ¿el café dónde lo guardas? —dice gritando Agustín desde la cocina.

Maldita sea, lo ha debido de escuchar Jesús, seguro.

—¿Quién es ese tío, Robin? —dice muy serio.

Y mi cerebro agotado no encuentra una respuesta rápida que pueda impedir que Jesús imagine lo peor.

## Baby

Ojalá no me hubiera encontrado con él aquel día en el aeropuerto. Desearía con todas mis fuerzas no haber saboreado su olor, no haber entrado en contacto con su piel, no necesitar de nuevo sentir sus ojos clavados en mí. Fueron un par de minutos. Apenas unos malditos segundos. Solo un momento de risas, nervios y sorpresa que lo cambió todo. Nuestras vidas volvieron a cruzarse para destrozar lo que tanto me había costado construir. Si hubiera calmado mis ganas de escribirle, si hubiera parado el deseo de seguir en contacto... Pero no. No tuve la fuerza de voluntad que necesitaba y como si no fuera yo la que escribiese, como si alguien me robara la voluntad y actuara a mis espaldas, le volví a escribir antes de que pudiera poner el modo avión y despegar. «Ha sido genial verte». Una frase en principio inocente pero que escondía un deseo terrible de seguir atada a él. Luchando por que sucediera lo que ahora me quema por dentro y que me ha convertido en una persona terrible. Supongo que mi cerebro ha buscado la opción que menos duele. La menos lógica y la menos ética también, pero que me permite seguir con mi vida como si todo fuera normal.

Subo las escaleras corriendo, abro la puerta y cierro dando un portazo. Mi compañera de piso da un respingo en su escritorio.

—Ay, perdona..., es que tengo mucha prisa... —grito desde el cuarto de baño mientras me bajo los pantalones.

—Vaaaale... Tranquila... —Gema es superdiscreta y suele hacer muy pocas preguntas.

Si le cuento algo me escucha cariñosa y atenta, incluso suele darme buenos consejos. Pero si prefiero no compartir algún momento de mi vida (cosa que últimamente sucede a menudo), ella mira hacia otro lado y se desentiende. Tiene un magnetismo especial esa forma tan suya de parecer que nunca necesita a nadie. Solvente y decidida. Y con un profundo y peculiar mundo interior. Me pregunto cómo me verá ella. Probablemente no tenga una buena impresión sobre mí. Pero es que me ha conocido en una fase en la que no soy yo. Porque es solo una etapa, ¿no? Esto no quiere decir que yo sea mala persona, espero. Estoy en un momento difícil de gestionar, ¿verdad? Compruebo si el agua está a una temperatura óptima. Lanzo el resto de prendas sobre el suelo y me miro de reojo en el espejo. Mi cuerpo sigue siendo muy fino pero cada vez está más fibroso. Mis abdominales se marcan mucho más que antes. Parecen cincelados a conciencia por algún escultor obsesionado con el cuerpo femenino musculado. Me da un poco de corte porque dicen que es algo muy masculino. Aunque simplemente es el resultado de hacer lo que me gusta, bailar. Recuerdo cómo él acaricia mi vientre plano cada vez que lo ve e imagino que no debe de resultarle para nada desagradable. Eso espero, la verdad. Me ducho a la velocidad del rayo y me pongo el look que había cerrado mentalmente en el metro, de camino a la residencia. Estoy nerviosa porque el plan de hoy es muy especial. Vamos a ir a cenar a Pavía. Es una ciudad que



está a treinta y cinco kilómetros de Milán. Al parecer, uno de sus compañeros de trabajo le ha recomendado un restaurante allí. Dice que es mágico recorrer sus calles adoquinadas, ver la puesta de sol desde el castillo y pasear junto al río.

—Gema, me marcho. Ya sabes, si pregunta alguien dónde estoy...

—Estás con Marina —me interrumpe terminando la frase por mí.

—Eso. ¡Gracias, bella!

—De gracias nada... Ya sabes que algún día me tendrás que devolver todos los favores en carne —bromea.

Gema es lesbiana, y dice que algún día conseguirá que me enamore de ella y entonces pasará de mí.

Cariño, salgo ya de casa. Estaré con Marina. Te quiero. ✓✓

✓✓ Ok, bonita. ¡Estudia mucho!

No sé si me da más asco lo que hago o la naturalidad con la que empiezo a gestionarlo. Bajo las escaleras emocionada. Me late fuerte el corazón. Estoy deseando ver su carita, sus facciones cada vez más marcadas... Y ahí está. Apoyado en el coche, mirándose en el teléfono móvil y peinándose el tupé. Él siempre tan presumido.

—Perdona, no habrás visto por aquí a un chico que es cantante, famoso y que da unos besos increíbles, ¿no?

Daniel levanta la cabeza de su móvil y me regala una sonrisa maravillosa.

—Baby, eres una malota...

—Y te encanta. —Me meto en el coche sin darle ningún beso ni nada. Podría vernos alguien.

Enseguida entra Dani, le da la indicación al chófer de que nos lleve a Pavía y se abalanza sobre mí. Me besa con tal pasión que me desarma. Nos besamos sintiendo que los cuerpos nos sobran, mordiéndonos con ansiedad.

—Joder, Bae, qué ganas tenía de verte...

—Y yo...

—¿Y por qué has tardado tanto en volver a quedar conmigo?

—Ya lo sabes, Dani...

Me giro y zanjo la conversación mirando por la ventana y haciéndole saber que no voy a hablar más del tema. A veces me sorprendo a mí misma. Hace un año era una pava incapaz de decir «Esta boca es mía». Y ahora soy dura y contundente. Supongo que soy joven y que esto es madurar y crecer. Y que cada una de mis experiencias repercute en mi personalidad. Me pregunto qué tipo de consecuencia tendrá mi forma de comportarme estas últimas semanas. Me coge la mano y logra que me dé la vuelta y que le sonrío. Así mejor. Sin preguntas, sin respuestas, sin razonamientos absurdos que me son imposibles de defender.

Daniel me habla de su hermano, del disco y de cómo va a quedar el videoclip que grabarán este fin de semana. Se le iluminan los ojos cuando habla de su trabajo. Está emocionado.

—Ah, ¡tengo una sorpresa! Cierra los ojos —me pide entusiasmado.

Me río al verlo tan ilusionado. ¿Qué será? Cierro los ojos. Noto su aliento junto a mi oreja y se me eriza la piel de todo el cuerpo. Suave, muy suave y prácticamente en susurros me dice:

—Eres la primera en escucharlo. —Y al instante suena una canción. Desde las primeras notas me fascina y consigo que mi corazón se acelere. Voy a abrir los ojos y él me riñe—. No, no, sigue con los ojos cerrados, por favor —me vuelve a susurrar al oído.

Además, a la vez va cantándose la canción al oído. Me derrito. Es lo más dulce que me ha hecho nunca. Llega el estribillo y me empieza a acariciar el brazo. Sigue interpretando algunas de las partes de la canción para mí. Su otra mano recorre mi cuello deslizando sus dedos como quien toca algo valioso y lo admira sin querer que se estropee. La mano que acariciaba mi brazo sube hasta mi nuca y se introduce en mi pelo provocándome un escalofrío. De nuevo, el estribillo. Al tener los ojos cerrados todo me pilla por sorpresa y la experiencia es mucho más impactante. Finalmente, cuando acaba la canción, Dani me besa. Esta vez ya no hay necesidad, ni ansiedad... esta vez, lo que me transmite con su beso es amor.

—¿Qué te ha parecido? —dice cuando la magia ya se ha calmado.

—Me parece dolorosa y al mismo tiempo lo más bonito que he escuchado nunca.

—Así es, como mi relación contigo. En esta canción explico cómo me has hecho sentir.

—Pero, Dani...

—Baby, no entremos ahí, hazme caso, ¿vale? Déjalo.

Dani suspira e incluso diría que tiene los ojos cristalinos... ¿Está llorando? Vuelve a apoyar su espalda sobre el asiento y gira su cabeza para que no pueda ver su cara. Ahora es él quien mira por la ventanilla para zanjar la conversación.

—Creo que estamos llegando... —murmura al cabo de unos minutos.

Y en efecto, el coche empieza a recorrer las calles de Pavía. El conductor nos explica brevemente qué es cada construcción que vemos, nos recomienda por dónde pasear y pactamos que a las doce de la noche volveremos al mismo sitio en el que nos ha dejado para que nos recoja. Dani va vestido con un pantalón vaquero negro, unos zapatos oscuros, un jersey granate y una chupa de cuero. Está guapísimo. Yo me he puesto una minifalda de cuero negra, una camisa de flores en tonos pastel metida por dentro y unas botas altas, también negras y por encima de la rodilla. Estaba deseando ver la cara que pondría al verme así vestida. Y sí, lo voy conociendo porque está claro que le ha gustado. Me da la mano y se me encoge el estómago. No deberíamos ir así por la calle. En cualquier otro sitio sería una irresponsabilidad hacerlo, pero aquí... ¿quién puede vernos en Pavía? Una punzada me atraviesa al imaginar que algún conocido de Ángel pueda pillarnos. Pero lo descarto enseguida. Es prácticamente imposible que se entere. Soy una mala persona, lo sé. Pero al sentir su mano apretando la mía, no me cuesta mucho enterrar mis remordimientos de conciencia. Es quizá una de las mejores sensaciones del mundo, estar a su lado, dejándome llevar y escuchando sus teorías y comentarios ingeniosos sobre todo lo que ve. Paseamos por el río mientras empieza a anochecer y acabamos besándonos como en una de esas películas románticas que mi madre me prohibía ver por «crear falsas expectativas respecto a las relaciones amorosas». No podemos dejar de comernos a besos, de abrazarnos y de reírnos. Vamos al restaurante en el que ha reservado para cenar, y al entrar no puedo dejar de mirar a un lado y a otro porque todo es precioso. Un camarero simpatiquísimo nos señala nuestra mesa. Está en un rincón bastante íntimo. Tiene una vela en el centro, un mantel de ensueño y todo está dispuesto sobre la mesa a la perfección. Nos habla de las especialidades de la casa y decidimos dejarle a él que nos sorprenda.

—Sabes que cuando le dices a un camarero que te traiga lo que él considere, al final cuesta una pasta, ¿no?

—Ah, me da igual... Hoy te toca pagar a ti —dice divertido.

—Ni de coña. Si pago yo te llevo a un McDonald's, que estoy pelada.

Nos reímos a gusto y nos cogemos de la mano por encima de la mesa mientras nos miramos en silencio. El sonido de mi teléfono rompe el clima, por suerte, porque nos estamos poniendo muy intensos... Y suelto su mano para ver quién me llama.

—Ah, es Ángel... Nada, no hay peligro de que me pille. Simplemente me dice que se va a cenar con sus padres para hablar de la obra... —le explico.

No hay posibilidad de que me descubra. Bloqueo el teléfono satisfecha y veo que Dani está un poco incómodo.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Sí, claro. Todo perfecto —dice bastante irónico.

—Dani...

—¿Qué? ¿Dani, qué?

—Que no te enfades, por favor...

—Mira, voy a quedar con Estela para vernos mañana, ¿vale? —Coge su teléfono y escribe lo que imagino que es un mensaje para la chica esa...

—Entiendo que lo hagas, de verdad...

—¿Sí?

—Claro..., no quiero que dejes de conocer chicas porque lo nuestro... Bueno, esto, que nos veamos... es algo pasajero, ya lo sabes.

—Entonces, ¿de verdad te da igual que mañana esté besando a otra?

—A ver, no es que me dé igual... Es solo que te entiendo...

—¿Y si el próximo día te beso después de haber besado a otra?

—Dani, estás sacando las cosas de quicio.

Aparta la mirada. Coge aire y respira profundamente mirando al infinito.

—Sí, perdona..., tienes razón.

Pero su voz suena rota y yo empiezo a flaquear. Quizá mi plan no sea tan perfecto como creía...

## Baby

Sus dedos se entrelazan con los míos... La otra mano la hundo en su pelo. Me sorprende porque al tacto es más largo de lo que lo recordaba. Nos besamos y estalla la pasión. Me toca con tanto deseo que parece que sus manos se han multiplicado. Yo me dejo llevar con los ojos cerrados. Estoy tumbada en la cama y disfruto con cada centímetro de mi piel que hace suyo. Me besa de nuevo en los labios y siento su calor. Me estremezco. Necesito más. Vuelvo a sentir sus labios calientes, esta vez sobre mi vientre y, al momento, en el lóbulo de la oreja. De hecho, empiezo a sentir su boca simultáneamente en dos sitios de mi cuerpo y de pronto me entra pánico. Abro los ojos sobresaltada y me abofetea la imagen que me encuentro. Estamos Dani y yo, pero también Ángel. Y ambos me miran indignados. ¡Los dos! ¡Juntos! ¡En mi cama! ¡Y enfadados conmigo! Intento gritar pero no puedo. Quiero patalear, salir corriendo, pero estoy paralizada. Finalmente, me despierto. Estoy empapada y tengo el corazón acelerado. Son solo las seis de la mañana y mi mala conciencia no me deja dormir, así que me levanto de la cama. Me visto y me bajo a la cafetería, que ya está abierta. Al menos podré comer algo. Bueno, si puedo..., porque estas últimas semanas tengo el estómago cerrado y hasta he perdido peso. Hoy he quedado con Ángel. Vamos a ensayar juntas algunas cosas de la obra que no me salen bien. Su madre va haciendo pequeños cambios sobre la marcha y algunos son bastante complicados. Pero Ángel siempre está ahí para mí, dedicándome su tiempo libre. Tan amable y bueno. Y yo... En fin. Consigo tomar una tostada y un café con leche.

Unas horas más tarde llego a la academia para ensayar con Ángel. Estoy tan cansada que no sé cómo voy a bailar. Ángel me espera sentado fuera mientras acaricia dos vasos de cartón.

—¡Bae! Buenos días, mi niña. —Su sonrisa lo ilumina todo. Me abraza y me besa en los labios.

—Buenos días...

—Mira, te he traído un té chai con leche de soja y sirope de vainilla light.

—Mil gracias. La verdad es que hoy necesito litros de té o café para poder remontar. ¡Estoy muerta!

—¿Y eso? —me dice mientras entramos en clase.

—Me he despertado a las seis de la mañana... Últimamente no duermo bien. —«Si tú supieras por qué...».

—Te pones muy nerviosa con la obra... Te agobia defraudar a mi madre, ¿verdad?

—Sí, claro, y a ti... Y a toda la compañía. Quiero hacerlo bien —le miento. Porque es cierto que me preocupa no estar a la altura pero, sobre todo, lo que me quita el sueño es estar quedando con Dani a sus espaldas.

—Bueno, para eso estamos aquí. Vamos a calentar.

Y empezamos a trabajar. Ángel es un auténtico amor. Un profesor modélico. Dulce y amable,

motivador y con gran facilidad para transmitir sus conocimientos. A los pocos minutos está sudando y la camiseta se le queda pegada marcando todos los músculos de su torso. El pelo se lo ha apartado con una cinta y su frente brilla, repleta de minúsculas perlas de sudor.

—¿Qué? —me pregunta divertido cuando se percata de que lo observo con cara de boba.

—Que estás muy guapo. —Me parece un ser tan especial. Lo adoro. ¿Por qué entonces le estoy haciendo algo tan horrible?

Me siento la peor persona del planeta. Me excuso y me voy al baño. Necesito unos segundos para mí, sin tener que fingir. Llego al lavabo y me lavo la cara. Me aprieto con fuerza los ojos y me masajeo bruscamente la sien. Me va a estallar la cabeza. ¿Por qué estoy haciendo todo esto? ¿Por qué me he convertido en este ser tan despreciable? En principio, mi excusa fue que era todo temporal, algo inofensivo, solo hasta que Daniel volviese a España. Lo ideé como una despedida, una forma de zanjar nuestra relación para siempre. Pero se me está yendo de las manos. Ángel es el hombre más perfecto del planeta y no se merece que le haga algo así. Además lo adoro, es lo más bonito de mi vida, y Daniel, solo una fantasía, algo irreal que nunca podrá ser lo que yo querría que fuese.

La clase se me hace eterna y finalmente Ángel me recomienda que vuelva a la residencia y descanse, que no vaya a clase ni haga nada más. Está preocupado por mi salud... Me voy dando un paseo porque él tiene prisa y yo no quiero coger transporte público. Creo que es buena idea tomarme el día libre, aunque no me apetece en absoluto volver a la residencia. Camino y camino, a veces sonrío pensando en momentos que no me quito de la cabeza. Otras veces solo tengo ganas de llorar y me siento sucia. De pronto, me fijo y tengo delante su hotel, el NH Collection Milano President. Está a unos diez minutos de la *piazza* del Duomo. Es un edificio clásico y robusto que consigue que se me erice la piel al recordar la última vez que estuve aquí. Fue hace solo unos días, cuando nos vimos por primera vez en Milán. Quedamos en la puerta pero no entré. Estuvimos paseando por la zona, un poco cortados y muy correctos. Eso fue antes de que se desatara esta locura que tenemos entre manos. Poco después tomé la decisión de estar con él por última vez. Y hoy, tras casi una hora andando, como sin darme cuenta (aunque totalmente a propósito), he llegado hasta aquí. Consciente de que sus brazos son una droga para mí y que los necesito de nuevo rodeándome, aunque sea por última vez, para poder olvidarme de él de una vez por todas cuando se vaya. Sí, esa es la promesa que me he hecho a mí misma. Cuando Daniel vuelva a España se acabó, nuestras vidas seguirán caminos distintos y no volveremos a tener nada. Nunca. Le escribo un wasap:

Estoy en la puerta de tu hotel. ✓✓

✓✓ ¿Ahora? ¿Y qué haces ahí?

Me he tomado el día libre... Y... estaba dando una vuelta por el centro... ✓✓

---



Pero, Bae, no estoy... Tardaré mínimo dos horas en llegar..



Ok, claro, tranquilo... Solo era por si acaso estabas aquí.

En realidad quiero pedirle que me deje subir a su habitación. Pero, claro, a ver cómo le pido algo así sin parecer una acosadora. Escribo y borro, escribo y borro... No encuentro las palabras adecuadas. De nuevo vuelve a surgir la magia entre nosotros y, como si fuera capaz de leerme la mente, me escribe:



Acabo de hablar con recepción, te darán una copia de la llave de mi habitación. Espérame allí si quieres, ¿vale?



Pero no quiero molestar..



¡Calla y sube!

Entro en el hotel y no hay ningún cliente a la vista, solo un recepcionista que me mira desde que he cruzado la puerta. Me llama la atención la tranquilidad que se respira, suena de fondo un suave jazz a través de algún altavoz escondido estratégicamente para jugar con nuestras mentes y crear el clima perfecto conforme entras en el edificio. El perfume a jardín recién cortado en primavera ayuda a incrementar esa sensación de desconexión en pleno corazón de una de las ciudades más grandes e imponentes de Europa.

—Buenos días, ¿Baby?

—Sí, soy yo... —digo tímidamente.

—Mire, esta es la habitación de Daniel, la 630 —me dice en un perfecto español—. Es nuestra suite Duomo, en el último piso. —Ajá... Sí, una suite... ¡Nunca he estado en una! Me emociono un poco—. Aquí tiene el número que debe marcar si necesita cualquier cosa, es el servicio de habitaciones. La contraseña para conectarse al wifi, el horario del restaurante, del gimnasio... ¿Me permite el DNI, por favor?

—Sí, claro.

Hace una fotocopia del documento de identidad y me lo devuelve junto con una cartulina que envuelve la tarjeta que abre la puerta de la habitación y que tiene anotados los datos que me comentaba.

—Disfrute de su estancia. El señorito Oviedo no tardará en llegar.

—Muchas gracias.

El «señorito» Oviedo. Qué raro suena eso. ¿Te imaginas? «La señora Oviedo». No quedaría

mal... Fantasé con cómo sonaría si fuera la mujer de Daniel. «El matrimonio Oviedo Muñoz». Y nuestros hijos se llamarían... ¡Espera! ¿Hijos? Pero ¿qué diablos me pasa? Mis hijos, si es que los tengo algún día, serán hijos de Ángel. Subo hasta la última planta y busco la habitación de Daniel. Al final del pasillo veo la 630. Abro la puerta y me encuentro con un salón grande con unos ventanales increíbles que rodean el espacio. En uno de los lados del salón se abre un pasillo y ando por él hasta llegar al dormitorio. El cuarto de baño es precioso. En total, calculo que esta suite tendrá como unos treinta metros cuadrados. ¡Y está tan bien decorada que enamora! Me siento en el sofá del salón y escribo a Dani.

¿¿¿Perdona??? ¡Esto es genial! Qué bien te cuidan, ¿no?

Contesta enseguida.

Cariño, soy una estrella de la música...

Jajajajaja. ¡Qué flipao!

¡Ay, pollito mío! Te tengo que enseñar aún tantas cosas... Ponte cómoda, llego antes de lo que imaginaba.

No tengas prisa... Podría quedarme a vivir aquí sin problemas.

Ok, nena. Te dejo, que tengo lío.

Ese «ok, nena» es de las cosas más sexis del mundo. Me muerdo el labio y pongo los ojos en blanco. Si me lo llega a decir en persona me hubiera lanzado a su cuello. Estoy deseando que vuelva, las ansias por besarle van en aumento. Me paseo por la suite, miro por la ventana y entro en shock al ver las vistas que tiene. Hago unas mil fotos. No las voy a poder compartir con nadie, son solo para mí, pero quiero recordar este momento siempre. O no. Quizá cuando todo acabe no quiera volver a pensar en nada que tenga que ver con Dani. Me siento un poco incómoda con la ropa que llevo. Es un look muy bonito pero un poco aparatoso. Medias, una falda tejana Levi's que se ciñe a la cintura, muy bonita y que me hace tipazo, la verdad, pero quizá tendría que ser de una talla más porque apenas me deja respirar. Además, me agobia un poco llevar la camiseta tan ajustada. Es de licra con escote de pico. Lo primero que hago es descalzarme, para no estropear

mis maravillosas Pretty Ballerinas. Son un regalo que me hice a mí misma con mi primer sueldo de la compañía. Una joyita en forma de bailarinas acordonadas con la punta fina, de ante color caramelo y tachuelas doradas. Paseándome con los piececillos descalzos sobre el frío mármol decido cotillear el armario de Dani. Tiene su ropa perfectamente colocada. Me pregunto si es él quien la ordena o si será su estilista. Sus camisas y camisetas están colgadas, sus pantalones doblados en los estantes y hay solo un montoncito algo más destartado. Es ropa deportiva. Quizá la que utiliza para entrenar, para estar por «casa» o incluso para dormir. Cojo una sudadera con capucha que está encima del todo y hundo mi cabeza en ella. Huele a él. Una mezcla de suavizante, perfume y su característico olor personal, que es algo parecido a tocar el cielo. Cierro los ojos y aspiro fuerte. Me encanta. Podría quedarme a vivir en esta sudadera. Me quito mi ropa y le cojo prestados unos calcetines gordos, un pantalón de chándal y esta sudadera que lleva su alma impregnada. Con ella puesta, me siento abrazada por él. Lllaman a la puerta y me sobresalto. Es absurdo, nadie excepto Dani sabe que estoy aquí, pero es lo que tiene ser una mentirosa y estar traicionando a alguien a quien quieres, que sientes todo el tiempo que te van a pillar. Me acerco a la puerta.

—Disculpe que la moleste... Tengo un recado de Daniel...

Ha debido de notar mi presencia. Abro la puerta y el recepcionista me mira de arriba abajo. Supongo que sorprendido con el cambio de look.

—Hola, qué tal... Dígame.

—¿Le importa? —Me hace un gesto para entrar en la habitación y yo le cedo el paso.

Entra con un carrito que coloca junto a la mesa baja del salón. Pone la televisión, busca con el mando algo hasta que, satisfecho, le da a reproducir a un vídeo y lo deja en *Pause*. Destapa los platos que trae mientras me explica lo que contienen.

—Tal y como me ha pedido el señorito Oviedo, aquí tiene palomitas normales y de caramelo, patatas fritas, gominolas y un sándwich vegetal de pan integral. Le he puesto ya la película *Del revés* para que solo tenga que darle al *Play*. ¿Todo bien? ¿Falta algo?

Qué detallazo. ¿Se puede ser más mono? Me he quedado muda. El carrito además está superbién decorado con un jarrón con rosas rojas preciosas.

—Todo bien, gracias —digo sin poder mirarle a los ojos de la vergüenza que siento.

—Si necesita cualquier cosa, ya sabe dónde estoy.

El hombre sale y yo lo sigo un poco insegura. ¿Debería darle propina? ¿Qué hago? ¿Y cuánto debería darle? Mientras debato conmigo misma qué es lo apropiado para finalmente no hacer nada, él se despide deseándome un feliz día. Cierro la puerta y me quedo un rato asimilando. Es mediodía, me he cogido la jornada libre tras pasar la primera parte de la mañana ensayando con Ángel y estoy en la suite de Dani con un banquete de azúcar y cosas ricas para mí sola. No me lo merezco, pero lo voy a disfrutar. Corro hasta el sofá y salto sobre él. Cojo el móvil y grabo un vídeo para Dani.

¿Qué es todo esto? ¿Perdona? ¿Palomitas? ¿Gominolas? ¿Nuestra peli? Eres un amor. Te espero aquí tirada... Disfrutando. Por cierto, te he robado esto de tu armario.



Y me hago un plano en el que se ve que llevo su ropa. Su contestación es otro vídeo.



¿Cómo? ¿Qué me has cogido ropa? ¿SIN MI PERMISO? Pues prepárate porque cuando llegue... ¡Te la voy a quitar!

Y se queda mirando fijamente a cámara unos segundos en los que está absolutamente irresistible. Dice algo al final pero no lo pronuncia. Tengo que verlo varias veces para convencerme de que, efectivamente, eso que no llega decir en alto, es un... ¡Te quiero!

**Jesús**

Agustín durmiendo en casa de Robin... No me lo quito de la cabeza. Sí, en el sofá. Sí, porque no tenía dónde dormir al perder sus llaves, y sí, es mi amigo y no me voy a rayar, pero aun así tengo mal sabor de boca. Me han entrado ganas de coger el primer vuelo a Madrid para ir a verla. Me da rabia que hayan pasado la noche juntos aunque sea de colegueo. Ella pensó que me pondría hecho una furia quizá porque esa sería su reacción si sucediese al revés, pero no. Tengo claro que si me puedo mosquear con ella es por haberme tenido preocupado pensando que le podía haber pasado algo, pero no quiero sacar a relucir unos celos absurdos. Porque soy consciente de que si en vez de Agustín hubiese sido una amiga, Robin se hubiera comportado igual, solo es alguien que necesitaba un favor. Me doy cuenta de que llevo un rato mirándome en el espejo peinando mi tupé. Le doy un último toquecito y salgo volando de la habitación porque llegamos tarde. Hemos quedado en Sony Music, en la sede que tiene nuestra discográfica en Milán. Nos espera un coche en la puerta pero veo que Dani aún no está aquí. Justo cuando me siento y cierro la puerta, lo veo aparecer. Va con toda su pachorra, con las manos en los bolsillos, como si estuviera paseando por una calle con puestecitos de comida un domingo por la mañana. Bajo la ventanilla y le pego un grito.

—Tú a tu rollo, ¿eh? No te estreses... —Ignora mi comentario y mantiene el mismo ritmo, aunque me levanta el dedo corazón—. ¿Qué tal anoche? —le pregunto en cuanto se sube al coche.

—Bien...

—¿Solo bien?

—Sí... De hecho... Bueno, da igual... —Se arrepiente de lo que va a decirme y se calla de golpe.

—Estás otra vez jodidamente enamorado.

—Sí —confirma resignado.

No digo nada. Los «te lo dije» y «sabía que pasaría» sobran. No hablamos más durante el trayecto y nos dedicamos a mirar la ciudad, que a estas horas ya empieza su ritmo frenético. La gente anda decidida, rápida y sin el miedo que yo tengo a colisionar cuando me muevo entre ellos. No, no me acabo de adaptar a esta ciudad, parezco el único que no se hubiese enterado de una quedada para un flashmob. Voy despacio, perdido y esquivando a los demás mientras ellos siguen una perfecta coreografía. Como si estuvieran programados con una misión que cumplir y nada ni nadie pudiera evitar que sucediera. Me doy la vuelta y veo a Dani hundido en sus pensamientos, con la mirada triste. Abro la boca con la intención de darle ánimos pero al final me quedo mudo. Y es que qué le voy a decir... Además, yo no tengo tampoco un gran día. Llegamos a las oficinas y está Jorge esperándonos en la entrada. Está contento. Nos abraza y nos da unas palmaditas en la espalda. Un chico de la discográfica que no conocíamos nos guía hasta una sala de reuniones en la

que han preparado un gran desayuno. Nos servimos unos zumos y comemos alguna galleta mientras intentamos sonsacarle a Jorge sobre qué ha estado hablando con los capos esta mañana. Lo único que conseguimos que nos diga es que son buenas noticias y relacionadas con viajar. Mi cuerpo reacciona ante la palabra «viajar» de un modo muy distinto a como lo hacía antes. Del vuelco al corazón a la punzada en el estómago. Ahora «viajar» me suena a cama vacía; a silencio; a besos que no le doy; a café con wasaps y mensajes tristes, llenos de palabras repetidas; a «te echo de menos» y a «no me acostumbro a estar sin ti». Ahora «viajar» me suena a no ver a Robin. Alejo ese sentimiento negativo porque por encima del amor está mi carrera, y jamás permitiría que nada ni nadie me apartara del camino que tanto sacrificio nos ha costado. Jorge se acerca a Dani y le pregunta si está bien. El pobre es un libro abierto. Lleva escrito en la cara que tiene un buen marronazo por delante. A ver cómo supera una vez más el fracaso de su relación con Baby. Fracaso porque me temo que esta chica ha pasado de ser una frágil e ingenua adolescente a convertirse en una mujer un tanto cruel y fría. No he querido saber demasiado, pero ¿qué tipo de persona puede estar con dos hombres al mismo tiempo de manera premeditada y engañando a uno de los dos? Sí, lo sé, no es justo juzgarla. Habría que estar dentro de su corazón para intentar averiguar qué le ha llevado a cometer un error tan grave, pero es con mi hermano con quien lo está cometiendo y eso para mí es más que cualquier motivo, por muy sensato o lógico que sea. Mientras me debato en mi interior entre si sigo apreciando a Baby o dejo que fluyan mis sentimientos de rabia al ver el daño que le provoca a Dani, aparece el resto del equipo. Tras los abrazos, risas y palabras de cariño que suenan en español y en italiano, Melani toma el control y nos sentamos alrededor de ella para escuchar el plan de estrategia que han diseñado a nivel internacional para nosotros en los próximos meses. La idea es apasionante y la expone con un entusiasmo que ha conseguido contagiar incluso a mi hermano, que ya ha vuelto a sonreír dejándome algo más tranquilo. Colaboraciones, promoción en países en los que aún no tenemos una gran presencia y un viaje a una ciudad que llevamos años deseando conocer: Los Ángeles. Al decirlo parece que se ha detenido el tiempo. Los Ángeles, por fin, nuestro sueño. Y no solo ir por ir, sino ir a trabajar con uno de los productores más potentes de la música latina y urbana que está arrasando en el mundo. Es una suerte que ahora mismo la música cantada en español esté repercutiendo tanto y tenga tanta proyección. Miro a mi hermano y detecto que está conteniendo la emoción para no parecer un chiquillo que acaba de llegar a Disneyland. Exactamente igual que yo. Es difícil, pero no queremos parecer poco profesionales o unos críos, así que debemos reaccionar mostrando nuestra ilusión pero sin pasarnos. Nos llenan la cabeza de fechas aproximadas de los viajes, con el calendario de conciertos, de los días de promoción, de grabaciones, de ensayos... Da igual, hace rato que solo me imagino en Los Ángeles, compartiendo una sesión de estudio con alguno de mis ídolos, con los mejores técnicos, músicos y productores. En Robin prefiero no pensar aunque, por otro lado, ella también está deseando ir a California para surfear, así que quizá pueda convencerla de que se venga con nosotros. Pensar en ella me ha llevado a realizar un acto reflejo, he desbloqueado el móvil para ver si me ha escrito algún wasap, pero nada. En cambio Dani ha empezado a teclear en su teléfono, por lo que intuyo que habla con alguien. Apuesto lo que sea a que es con Bae. Para mi sorpresa, se levanta serio y nos pide disculpas, quiere ir al baño. Qué mentiroso, sé perfectamente que es solo una excusa para salir de la reunión. Las paredes son de cristal porque es una sala que está construida en mitad de las oficinas. Está decorada con un vinilo que han debido de poner para darle algo más de intimidad y que no sea completamente transparente, pero aun así puedo ver perfectamente cómo Dani se ha quedado fuera hablando por teléfono. Lo sabía. Después se pone a escribir, espera una respuesta y lee. Y juraría

que se graba un vídeo. Pero no tarda en volver a entrar y se concentra en lo que nos siguen contando. Tras todo lo que nos ha detallado Melanie, han ido añadiendo, uno a uno, partes estratégicas de los diferentes departamentos implicados. Al acabar toda la exposición sobre el plan nos piden nuestra opinión. El primero en lanzarse es Dani. Como si me hubiese leído el pensamiento, dice exactamente lo que pienso yo. Le voy apuntando alguna cosa, terminando algunas de sus frases y completando nuestra visión del asunto que ya tenemos clara, sin necesidad de haberlo hablado antes. No sé si esto le pasará a alguien más o si es cosa de todos los gemelos, pero para nosotros es como ser una misma persona en dos cuerpos distintos, somos uno.

—Ok, chicos. Anotamos todas vuestras observaciones y nos ponemos a trabajar para poder garantizaros que va a salir todo tal y como queréis —dice Melanie—. Ahora, nos gustaría llevaros a comer. Hemos invitado a diferentes personalidades de la industria musical italiana, entre ellos músicos, periodistas y productores, para que os conozcan. Estamos convencidos de que irán saliendo todas esas colaboraciones que creemos interesantes para lanzaros más allá del mercado español e italiano. Así que si os parece... —Señala la puerta y todo el mundo se pone en pie y sale ordenadamente, mientras unos y otros vamos comentando entre risas que en este oficio nos buscamos cualquier excusa para montar una fiesta.

Dani me cuchichea algo pero no le entiendo. Busco el momento para apartarme del resto con él.

—¿Qué pasa?

—Esto pasa. —Y me enseña un vídeo de Baby. Está en su habitación de hotel.

—¿Baby está en tu cuarto? —grito mientras él me pide que baje la voz.

—Sí...

—Pero ¿tú estás bobo?

—¿Qué culpa tengo yo? Me escribió para contarme que estaba en nuestro hotel, le dije que yo no estaba pero que subiera a la habitación.

—Ves, tonto. Está jugando contigo. Te está trastornando, Dani.

—Ya no hay vuelta atrás, Jesús. La he cagado. Estoy loco por ella otra vez. O quizá...

—Siempre lo has estado...

—Exacto. —Suspiro y cierro los ojos. Qué putada es esto del amor.

—Voy a decir que me encuentro mal y me vuelvo al hotel. Cúbreme.

—No, tío, no seas cabrón.

—Sí, Jesús, estarás bien, estás con Jorge...

—No, esto es importante, nos van a presentar a gente. Han montado esta comida para nosotros... Dani, no puedes irte.

—Lo siento, bro. Necesito hablar con ella.

Y así, sin más, me da un abrazo, se acerca a Jorge y le cuenta la patraña de que se encuentra mal. Jorge me mira y yo levanto los hombros resignado. Me llevan en un coche al sitio en el que hemos quedado a comer. Me da mucha pereza afrontar esto solo, la verdad. Es un hotel que tiene una sala privada que han reservado y cuando llego ya hay como veinte personas. Me van presentando a todo el mundo y voy explicando a todos la mentira de que Dani se encuentra mal y no ha podido venir. La mayor parte de la gente es mayor. Solo hay unos cuantos de mi edad o pocos años más que yo. Uno de ellos es un periodista que habla perfectamente español. Al parecer trabaja en una revista musical muy de moda de la que yo no había oído hablar. El tío ha estado mucho en Madrid y Barcelona. Viaja a menudo a nuestro país para cubrir algunos lanzamientos y conciertos de artistas españoles.

—Pues soy colega de Robin —dice para captar toda mi atención.

—¿Sí? —digo sorprendido. Es evidente que sabe que estamos juntos, claro.

—Sí. Hemos coincidido en varios eventos. Recuerdo que hace un par de años nos fuimos incluso a un viaje muy molón que organizó Katy Perry, a Estocolmo.

—Puede ser, claro... No paráis los medios musicales.

—No creas, hemos pillado las vacas flacas... Ahora los que se hinchan a viajar son los medios especializados en videojuegos.

—Lo mismo dice Robin, sí... —Nos reímos—. Pues le diré que he estado contigo.

—Sí, tío, dale recuerdos. Es una tía encantadora. —Mi radar celoso se activa. ¿Habrán tenido algo estos dos?

En cualquier caso, si estuvieron o no juntos fue cosa del pasado. Y la verdad es que es un tío simpático. Pasamos un buen rato riendo y hablando de mil cosas. Es muy interesante su visión del panorama musical, de las bandas, los estilos que triunfan, el auge del trap y de la música urbana... Me propone que vayamos Dani y yo, antes de marcharnos, a hacer un acústico y grabarlo para su web. Me gusta la idea y se la cuento a Jorge cuando se acerca a nosotros para reclamarme, ya que he de relacionarme con un montón de gente y llevo mucho rato con la misma persona.

—Bueno, tío, te tengo que dejar que debo seguir hablando y conociendo a gente, ya sabes.

—Sí, claro, perdona por haber sido tan acaparador. Me van a matar.

—Nada.

—Pues eso, recuerda darle un abrazo de mi parte a Robin.

—Le tengo que dar unos cuantos, así que por uno más... —Nos reímos.

—Pues no me quiero meter donde no me llaman, pero tengo entendido que ha sido difícil que arranque vuestra relación... Y que os meten caña con la diferencia de edad... Pero déjame decirte que yo creo que hacéis muy buena pareja.

—Gracias. También se lo diré a ella, que nos vamos a ir a vivir juntos y necesita motivación.

—¡Anda, enhorabuena!

—Gracias. Bueno, nos vemos.

Me siguen presentando a gente y más gente hasta que acabo exhausto. Pero no nos vamos hasta que se ha ido todo el mundo ya que somos los anfitriones. Así que nos dan las seis de la tarde. Más de cuatro horas de evento. Agotado, llego a la habitación del hotel, me quito la ropa y me meto en la ducha. Mi móvil empieza a sonar justo en el momento en el que me estoy enjabonando. Ya volverán a llamar. Y lo hacen un par de veces más. Termino de ducharme rápido y salgo a ver qué pasa. Es Robin, me ha llamado tres veces. Me seco tranquilamente, me enrolló la toalla a la cintura y me cepillo el pelo mientras hago posturitas marcando los abdominales. Al acabar, me tumbo en la cama y llamo a Robin.

—Hola, boni..., ¿QUÉ? —Ni siquiera me da tiempo a terminar mi saludo. Conforme ha cogido el teléfono me ha soltado la bomba. No puedo creerlo.

**Robin**

Me siento mala persona. Sé que no he hecho nada malo, pero tampoco es muy normal salir todos los días, llegar tarde a casa, olvidarte de que la persona a la que amas está esperando a que la llames y, lo peor, invitar a dormir a un tío que apenas conoces, por muy amigo de Jesús que sea. La verdad es que, a pesar de su fachada de egoísta y pendenciero, el pobre es un amor. Ha recogido todo mientras yo hablaba con Jesús, se ha pegado una ducha y, al no encontrar el café, ha bajado a comprar el desayuno para los tres. Qué bien me ha sentado el té chai calentito. Por un momento incluso ha desaparecido esa sensación de culpabilidad que me incomoda desde que he hablado por teléfono con Jesús. Y él, ¿qué ha hecho cuando por fin le he llamado? ¿Cómo ha reaccionado al escuchar la voz de Agustín? ¿Se ha enfadado y me ha montado un numerito? ¿Me ha gritado por pasar de él? Pues no, Jesús, sencillamente, me ha dicho que le he decepcionado. Si se hubiera puesto celoso o hubiese reaccionado de un modo excesivo al menos yo podría estar enfadada con él, porque no toleraría que nadie me hablase así y menos sin haber hecho nada. Pero así es él, tan perfecto y correcto que consigue irremediabilmente que me enamore aún más y que me sienta mucho peor conmigo misma. Llevo todo el día pensando en cómo puedo compensarle por el mal rato que ha pasado. Lo que me recuerda que a su vuelta me gustaría plantearle que nos pensemos bien lo de vivir juntos. Veremos cómo se lo toma porque lo veo muy ilusionado. Una vez más, me demuestra lo maduro que es yendo tan rápido. O quizá, en este caso, es más su inconsciencia la que hace que me planteé esta locura. Vivir juntos es un paso demasiado serio como para proponérmelo tan pronto. O igual soy yo la que le está dando más importancia de la que tiene. Me pongo unas mallas, una sudadera y unas zapatillas de deporte para salir a la calle a correr un poco. Obviamente no pretendo batir ningún récord personal tras una noche loca de excesos, pero sí necesito liberar toxinas y despejar la cabeza mientras muevo un poco los músculos. Rebeca, que tras desayunar se ha vuelto a lanzar en plancha sobre mi cama, me pide que deje de hacer ruido. Ayer también se le fue la cosa de las manos, diría que incluso más que a mí. Cuando ve que me he puesto ropa de deporte y que estoy colocándome los auriculares me grita:

—¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga? —Y lo dice de rodillas, con cara de psicópata y con la almohada a modo de arma. Se me escapa la risa y le pido que no sea teatrera—. ¿De verdad te vas a ir a correr? ¿Ahora? Pero ¡si apenas hemos dormido!

—Sí, lo necesito, no sabes lo hecha polvo que estoy...

—¡Por eso! —insiste sin entender nada.

—Correr me hace sentir mejor, amiga. Además, ¿a ti qué más te da? —le contesto de malos modos, ya un poco molesta.

—Tranquilita, ¿eh?

—Joder, Rebe, es que vas a acabar conmigo.

—Jo, lo siento... —Y de pronto su cara cambia por completo. Veo que, como imaginaba, no está bien. Lleva escrito en la frente que ya no sabe qué hacer para intentar olvidarse de Fran. Ahora me sabe mal haber sido tan borde.

—Ay, si es que en realidad no es por eso... Es por Jesús. Le dije que le escribiría al llegar pero no lo hice. Al despertarme tenía mil mensajes. ¿Sabes lo mal que lo habrá pasado preguntándose si estaría bien?

—Imagino... A mí también me escribió... Pero yo tampoco me enteré...

—Y encima, al hablar con él por teléfono escucha la voz de Agustín.

—¿Se ha enfadado mucho?

—Pues no... ha sido supercomprensivo y solo me ha dicho que se lo he hecho pasar mal y que le he decepcionado.

—Estás de coña —dice Rebe sin mirarme, metiéndose de nuevo en la cama y tapándose hasta arriba.

—No. Y, tía, llámame loca pero casi me frustra que no se enfade. Sería una reacción muy humana que se hubiera puesto celoso, que me gritara, no sé, algo.

—Pero ¿tú te estás oyendo? Robin, no has hecho nada malo. Deja de sentirte así y olvida lo que ha pasado. Hazme caso, no es para tanto. ¿Y la reacción de Jesús? Por favor, ¿dónde hay que firmar para que mi próxima pareja, si es que la tengo algún día, se comporte de un modo tan civilizado?

—No seas melodramática, claro que vas a tener pareja...

—Perdona, aquí la «dramas» eres tú. ¿Y crees que no le habrá dado rabia? Seguro que está celosillo... Pero preferirá callárselo. Cosa que, la verdad, le honra. Y no le des más vueltas porque seguro que él ya ha dejado de pensar en ello.

—Bueno, vale, doctora Amor. Me voy a correr un rato, a ver si me siento tan mal que nunca más vuelvo a tener ganas de beber...

—¿Te vas a ir sin darme un abrazo?

—Voooy... —Me lanzo sobre ella, que parece una oruguita, y aprovecho para preguntarle—. ¿Y tú? ¿Estás bien? Me tienes preocupada.

—Sí; bueno, no. Pero qué le voy a hacer. Esta noche volvemos a salir y a ver si encuentro al amor de mi vida.

Me separo de ella bruscamente.

—¿Salir? ¿Esta noche? Ni de coña, loca.

Salgo de la habitación indignada y escucho cómo las carcajadas de Rebe se van apagando. De repente me llega un olor que automáticamente me hace pensar en dos personas, en Jesús y en Agustín. Las sábanas que ha usado esta noche Agus están perfectamente dobladas sobre la mesa del salón. Me acerco y las huelo. Sí, sin duda es el perfume de ambos. Me siento extraña recordándolos a los dos con el mismo olor. Vuelvo a acercarme a las sábanas y de pronto reconstruyo en mi cabeza escenas que no recordaba de anoche. En todas estoy con Agus. Se me encoge el estómago y me crece la sensación de culpabilidad. Me veo aproximándome indecentemente a él para preguntarle por el séptum y sus nuevos tatuajes. Nos veo riéndonos, bailando, hablándonos a escasos centímetros de distancia y diciéndole a la gente que somos los nuevos mejores amigos; «*best friends forever*», repetíamos todo el rato. Recuerdo de pronto sus ojos azules mirándome divertidos mientras yo bailaba sobre una barra en la fiesta privada. Entro corriendo al cuarto de Rebe, la destapo de golpe y la interrogo.

—Rebe, ¿anoche pasó algo entre Agustín y yo?

—¿Qué? ¿Qué dices, Robin?

—Sí, empiezo a recordar momentos aislados de ayer y en todos estoy con Agustín.

—Cariño, relájate.

—Rebeca, dime, por favor, qué hice anoche.

—Robin, ¿ves eso? ¿Esa bola de tela en el suelo? Es el vestido que llevaba ayer. Lo llené de grasa de coche cuando, volviendo a casa, me arrastré por el suelo para salvar a un gato que en mi mente maullaba porque necesitaba ayuda pero que, en realidad, huía asustado de mí. ¿Crees que soy la persona a la que le debes preguntar qué demonios hiciste anoche?

—Joder, Rebe, me muero como haya engañado a Jesús.

—Mira, dudo que hayas hecho algo así. Lo quieres mucho y, aunque estuvieras fuera de control e inconsciente, no te veo haciendo algo con otro. Pero ¿por qué no llamas a Agus?

—Vale. Bueno, me voy a correr y luego más tranquila lo llamo por teléfono.

Me pongo una *playlist* supercompleta, que creé un día que intentaba alargar el momento de salir a correr buscando excusas tipo «he de atarme bien las zapatillas», «este top no pega con este pantalón» o «sin música motivadora no puedo entrenar», y me voy a la calle. A pesar del frío, está todo lleno de gente que pasea por las tiendas, desayuna en locales de moda y aprovecha para sacar a su perro. Aunque intento evadirme, la imagen de Agustín vuelve insistentemente una y otra vez. Lo veo con esa camiseta de algodón que llevaba y con la que se intuía su pectoral marcado y tatuado. Quizá su look no me llamó tanto la atención en Londres porque estábamos rodeados de tipos muy en su línea, con imagen de roqueros, delgados, fibrosos y desaliñados. Pero ayer en Madrid destacaba entre el resto (típicos hipsters de Malasaña) y me fijé más en su físico. Menuda estupidez de razonamiento. «Robin, concéntrate en correr, no pienses en nada más, vacía tu mente», me digo a mí misma. Pero no hay manera. Necesito justificar que por algún motivo ayer Agus me dejó noqueada. Quizá es porque echo de menos a Jesús. Sigo corriendo y me obligo a pensar en él. Solo tengo que recordar alguno de los maravillosos momentos que hemos vivido para desear estar con él de nuevo. Lo recuerdo dormido, tumbado boca abajo, cuando me despierto antes que él y contemplo cómo el amanecer va acariciando su espalda desnuda, dibujando cada uno de sus músculos. Imposible no acordarme de lo bien que le sientan sus Calvin Klein. Suena Rihanna con *Bitch Better Have My Money* y, de pronto, me tiemblan las piernas. Esta canción la pusieron ayer. Me veo dándolo todo como si fuera Rihanna y puedo recordar perfectamente sus manos agarrando fuerte mis caderas. Y vuelvo a revivir el hormigueo que me provocaba sentirlo sujetándome y atrayéndome a su cuerpo. Pero era solo un baile de coña, ¿no? Freno en seco, quito la música y llamo a Agustín para no alargar la agonía ni un minuto más.

—Ya no puedes vivir sin mí, ¿no es eso?

—¿Qué?

—Que ya me echas de menos, mi *best friend forever*, ¿verdad?

—Agus, no estoy para bromas, tenemos que hablar.

—Ok, relájate. Oye, pero estás bien, ¿no? —dice con tono preocupado.

—No, no estoy bien. ¿Dónde estás? ¿Podemos vernos? Preferiría que hablásemos en persona.

—Pues... estoy en casa. No sé, vente si quieres.

—¿Dónde vives?

—A unos diez minutos de tu casa, te mando ubicación.

—Vale. Estoy en la calle corriendo, así que no tardaré.

—¿Corriendo? ¿Ahora? ¿Después del fiestón de ayer? Madre mía, soy tu fan.

—Venga, ahora nos vemos.



Conforme colgamos me manda su ubicación. Está en la dirección que había tomado y solo tardo cinco minutos en llegar. Es un edificio muy antiguo que, como deduzco por el portal, no tiene ascensor. Agus vive en el quinto y me cuesta la vida llegar hasta allí.

—Pues vaya atleta, te vas a correr y ni siquiera puedes subir cinco pisos sin asfixiarte —me dice al ver cómo hiperventilo en su rellano, apoyada en la pared, mientras trato de recuperarme.

—¿Eres siempre tan simpático? —consigo decir cuando regulo mi respiración e intento no mirar lo bien que le queda la camiseta blanca de algodón que lleva, con la que se intuyen los tatuajes del pecho y se le marcan los pectorales.

—Y tú, ¿eres siempre tan inoportuna?

—¿Por qué? ¿Te pillo mal?

—Hombre, porque tengo la casa que da pena... Si llego a saber que iba a tener visita...

La casa está un poco desordenada pero para nada sucia. Lo primero que veo al final de un pasillo es un balcón con mucha luz que da a la calle. El suelo es de madera clarita, las puertas son altas, como el techo, y están pintadas de blanco. Avanzamos por el pasillo y al llegar al salón veo que todo es muy sencillo pero está decorado con gusto. Tiene ilustraciones y fotografías enmarcadas, varios cactus, montañas de libros por las esquinas y un enorme sofá negro con cojines estampados de una tienda online de la que soy fan, Society6. Me quedo tan embobada observándolo todo que Agus acaba llamando mi atención.

—A ver, Robin, no quiero molestarte, pero creo que necesitabas algo con urgencia...

—Ay, sí, perdona —digo abochornada—. ¿Puedo sentarme?

—Estás sudada, rubita... Pero te traeré una toalla.

Me doy cuenta entonces de las pintas que llevo. ¡Qué vergüenza!

Coloca la toalla sobre el sofá y se tumba al lado. Me siento y apenas me froto la piel con ella porque de pronto me he empezado a sentir muy sucia. Me toco el pelo con una mano intentando darle una forma más respetable y me doy golpecitos con los dedos en las ojeras para limpiar un poco mi sudor.

—No sé por dónde empezar...

—Pues tú dirás... —dice mordiendo el labio y riéndose con malicia.

—A ver, ayer... Yo... Viniste y... Luego estuvimos en la fiesta esa... Sonaba Rihanna...

—Y nos besamos.

—¿Qué? —grito levantándome de golpe.

—Es eso lo que quieres preguntarme, ¿no? Imaginaba que no te acordarías hoy... Mira que yo no quería. Pero tú insististe una y otra vez, una y otra vez... Así que al final te comí la boca. Cosa que me encantó, por cierto.

Estoy en shock. No sé qué hacer. Me siento de nuevo, me cojo la cabeza con las manos y me froto la sien. No puede ser verdad. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Robin. ¡Robin! —repito Agus al ver que lo ignoro.

—¿Qué, Agus? ¿Qué?

—Que estoy de broma.

—¿Cómo?

—Que no pasó nada. Joder, tía, que Jesús es mi colega. ¿De verdad me ves capaz de hacerle algo así a un amigo?

—Tú eres imbécil, ¿no? —Y sin poder controlarme ni pensármelo dos veces, empiezo a darle pequeños puñetazos en el brazo y las piernas.

Agus me coge de las muñecas para frenarme mientras se ríe a carcajadas pero yo estoy cegada y

sigo golpeándole. En el forcejeo acabo casi encima de él.

—Fuera, quita, que estás sudada, cochina.

Y se me ocurre una maldad.

—Te da asco el sudor, ¿eh? Pues toma —digo restregando mi espalda sobre él.

—Para, para... —Acabamos riéndonos.

La verdad es que me he quitado un buen peso de encima.

—Tía, ¿ves?, somos como dos colegas que llevan toda la vida siendo amigos. Solo nos falta tirarnos pedos y eructos para sellar definitivamente nuestra amistad.

—Ni de coña —le digo apartándome de él.

—Bueno, ya llegará el momento, ya verás. Ahora que me voy a quedar un tiempo a vivir en Madrid, seguro que hay más oportunidades...

—No sabes lo tranquila que me quedo. De pronto empezaron a llegar a mi mente imágenes difusas de lo que pasó anoche y no tenía muy claro si había ocurrido algo o no...

—Ya te he visto la cara al entrar. Estabas pálida. ¿No te has dado cuenta de que ha vuelto a circularte la sangre con normalidad? —comenta Agus riéndose.

Mientras lo hace, se mete la mano por debajo de la camiseta para rascarse el pecho y deja a la vista sus abdominales. Son tal y como los había imaginado.

—Si me miras así, pensaré que en el fondo quieres rollo conmigo... —Hace que me ponga roja como un tomate y, indignada, me levanto y camino hacia la puerta—. Para, Robin, eh, que era broma. —Me coge de la muñeca y me frena antes de llegar a la puerta. Me doy la vuelta y veo en sus ojos azules que está un poco desconcertado—. Robin, sé que amas a Jesús. Lo veo en tus ojos cada vez que hablas de él. Lo supe en Londres y por eso le mandé nuestro *selfie*, para ayudarlos a volver. Y también lo sé ahora. No te rayes, ¿vale? Solo somos dos amigos. Sí, hay *feeling* entre nosotros y si tú no estuvieras enamorada ni saliendo con un amigo, te tiraría la caña a saco. Pero no es el caso. Te respeto. —Deja un silencio en el que me da tiempo a asimilar todas sus palabras y me pregunta divertido—: ¿Quieres ser mi amiga? —Me ofrece la mano para que se la choque.

—Claro. —Y provocamos un sonido muy potente al juntar nuestras palmas.

—Pues ya está. Se acabó la tensión sexual. De veras pienso que has tenido muy pocos amigos. Eso o estás muy salida.

Le doy otro puñetazo y se ríe a gusto.

—Bueno, aclarado el asunto, me piro.

—Venga, eso, déjame dormir que ayer una amiga me ofreció el sofá más incómodo que he probado nunca.

—¡Ah! ¿Estamos con esas? ¿Encima de que casi provocas una crisis en mi vida sentimental?

—Oye, si necesitas que hable con Jesús...

—No, no, déjalo. Si él debe de confiar mucho en ti, porque ni siquiera se ha puesto celoso.

—Porque no sabe lo buenorro que me he puesto últimamente... —Frunce el ceño y baja la barbilla intentando ponerse sexi.

—Sí, eso será. Anda, hasta luego, tío.

—Adiós, rubita.

Salgo de su casa corriendo y vuelvo a la mía a buen ritmo. Parece que el peso que me he quitado de encima ha sido en sentido literal porque de pronto voy más ligera. Llego en unos veinte minutos a casa, después de dar unas cuantas vueltas a la manzana para entrenar un poco más. Subo y me meto en el cuarto con cuidado de no despertar a Rebe. De pronto la loca pega un grito.

—Joder, Robin, ¿qué eres, un ninja?

—Pero si lo he hecho precisamente para no despertarte...

—Casi me matas del susto, mamona. Bueno, qué, ¿te lo hiciste o no?

—Mira que eres bruta. Y no, no pasó nada.

—¡Ves! Si es que le das mil vueltas a todo.

—Bueno, es que lo que recuerdo es un poco... *hot*, ¿sabes? Pero él insiste en que somos colegas. Y que parece que yo nunca hubiera tenido un amigo del sexo opuesto porque lo veo todo con una perspectiva sexual... Pero, joder, es que el capullo está bueno.

—Tía, no te gustará, ¿no?

—¡Qué va! Pero me parece muy atractivo...

—No, si está tremendo...

—Pues eso... Pero no, tengo clarísimo que quiero a Jesús.

—Te entiendo. Yo he roto con Fran y veo a tíos que me parecen superatractivos, pero nada..., como si fueran muebles...

—Ay, Rebe, lo peor es que yo sigo pensando que no tenéis necesidad de dejarlo...

—Claro, tú lo ves tan fácil...

—Porque igual lo es.

Rebeca se da media vuelta y me da la espalda zanjando la conversación. Coge su móvil y yo aprovecho para entrar en el baño. Me quito la ropa y me meto en la ducha. Cuando estoy con toda la cabeza enjabonada, Rebe grita mi nombre. Entra como una tarada poseída, abre la mampara y cuando la miro, me dice:

—Ay, Robin..., no has entrado en Instagram hoy, ¿no?

**Baby**

Me despierto con un beso cálido en el cuello al que le sigue uno un poco más arriba y otro algo más húmedo, después un pequeño mordisco en la oreja que me eriza el vello de todo el cuerpo. Me he debido de quedar dormida viendo *Del revés* y Dani ha llegado sigiloso acoplándose a mí sin que me diese cuenta.

—Ya estás aquí —digo feliz.

—Sí, ya he venido a salvarte, princesa —susurra en mi oído.

—No sabes cuánto lo necesito, Dani.

—Creo que me puedo hacer una idea, Bae —me contesta mirándome fijamente a los ojos.

No hace falta que pronuncie nada porque lo estoy diciendo todo con mi expresión. O al menos Dani parece entender el jaleo que tengo en la mente, toda mi confusión, mi tortura, mi amor... Cierra los ojos y me besa con dulzura. Tener sus labios pegados a los míos es tan reconfortante como doloroso, ya que no puedo dejar de pensar en Ángel. Se me escurren un par de lágrimas que recorren mis mejillas hasta mojar las suyas. Al darse cuenta, las besa una a una y me repite varias veces:

—Se acabó, princesa.

Nos besamos de nuevo en la boca y siento que pierdo la cabeza. Creo que mi cuerpo nunca ha estado tan receptivo. Me preocupo al pensar que nadie jamás ha encajado tan bien conmigo. Dani va ocupando una posición más horizontal sobre mí y yo voy adaptándome a sus movimientos sobre el sofá. Se separa un momento para recolocarse mejor y subo mi cadera hacia él en un acto reflejo. Necesito tenerlo lo más cerca posible. Vuelve a tumbarse sobre mí y aprovecho para recorrerle el cuello con la lengua.

—¡Baby! —grita, desesperado de placer.

Y vuelvo a pasar mi lengua por su cuello, esta vez hasta la oreja, provocándole un gemido. Aprieta su cadera con fuerza contra la mía y puedo notar toda su excitación. Lo que me hace llegar a su mismo estado.

—Te dije que tendría que quitarte la ropa porque la cogiste sin mi permiso. —Su voz ronca me estremece aún más.

—Lo sé. Es toda tuya —digo sorprendiéndome de mi respiración agitada.

Se sienta y tira de la sudadera hasta deshacerse de ella. La camiseta me la quito yo y él se queda mirándome fijamente, como queriendo guardar este momento para siempre en su cerebro. Después es él el que se despoja de su camiseta. Su pecho cada día está más tonificado. Acaricio con prudencia su torso, porque sí, aunque parezca mentira, aún me siento algo cortada al estar con él. Me sigue pareciendo increíble que de entre todas las chicas que tiene a su alcance decida estar conmigo. Deslizo mi mano desde su pecho hasta su vientre y llego a su pantalón. La introduzco

dentro y echa la cabeza hacia atrás sobrepasado de placer. Y eso que simplemente acaricio su pelvis. Saco la mano y me mira fijamente, como si estuviese ido. Se muerde el labio, se desabrocha el pantalón y me coge la mano para que la meta ahora que está más fácil. Mi excitación aumenta a cada movimiento, a cada roce. Meto mi mano y toco su suave calzoncillo abultado. Creo que voy a perder la cabeza de tanto amor. Sin más, él me coge en brazos y me lleva a su cama, que es enorme. Me lanza desde una distancia prudencial haciéndome reír al rebotar varias veces en ella.

—¡Estás loco! —digo entre risas.

—No, sabes que no es cierto. La realidad es que tú me estás volviendo loco. Desde el puto primer momento en que te conocí.

—Pues como tú a mí. Mira en qué me he convertido en estos últimos días por tu culpa...

—No sigas por ahí, ahora no, por favor. —Y apoya su dedo índice en mi boca haciéndome callar de un modo muy sugerente, extremadamente sexi—. Ahora solo quiero pensar que eres mía y de nadie más.

Terminamos de desnudarnos como podemos, porque somos incapaces de despegar nuestras bocas ni un segundo y nos damos todo el amor que sentimos en forma de caricias, de besos y de entrega completa. Al acabar, nos quedamos abrazados, exhaustos. Pasamos horas recuperándonos, acariciándonos lentamente tras la locura tan brutal que hemos experimentado. No quiero estropear el momento así que no hablo. Tengo la impresión de que si lo hago, se romperá el hechizo en el que estamos inmersos. Intuyo que él debe opinar lo mismo porque no dice nada. Callados, con nuestras pieles pegadas, parece que somos uno. De hecho, voy recomponiendo mi postura porque tengo la necesidad de apretarme aún más a él, de sentirlo más cerca de mí. Él está boca arriba y me rodea con su brazo derecho. Yo estoy apoyada en su pecho y tengo mi pierna derecha por encima de la suya, casi enroscada. Me acaricia el pelo con su mano derecha y con la izquierda, el brazo. Yo paseo lentamente mi mano por su pecho. Levanto un poco la mirada y me cruzo con la suya, que me observa con ojos tristes. Su barbita marca aún más sus rasgos, hace más pronunciada su mandíbula, tan sexi. Paso mi mano por su cara acariciando cada una de sus facciones. Peino sus cejas, repaso sus labios, toco sus pómulos... Él sigue mirándome como pidiéndome algo a gritos. Me despego de su cuerpo muy a mi pesar y le pregunto:

—¿Qué pasa, Dani? ¿Estás bien?

—¿Por qué, Baby? ¿Por qué me haces esto?

—¿El qué, cariño? ¿De qué hablas?

—Estoy totalmente enamorado de ti... ¿No lo ves?

—Yo..., Dani... —Aunque intento controlarme, me pongo a llorar.

—¿De verdad me merezco esto? —Él está a punto de hacerlo también. Le tiembla la voz y sus ojos brillan, tristes.

—¿Y qué quieres que haga? —digo desesperada.

—Joder, pues que dejes a Ángel y no vuelvas a engañarnos más. Ni a él ni a mí, ni tampoco a ti.

## Jesús

Nadie dijo que fuera fácil. Tampoco nadie me explicó cómo hacerlo. Simplemente llegó y fui adaptándome, aprendiendo, pero está claro que aún no es suficiente. Me he llevado ya tantas hostias que empiezo a pensar que todo esto no vale la pena. ¿Quizá debería dejarlo todo? Cualquier cosa para que se acabe esta agonía. Robin no me habla. Bueno, no es que no me hable, es que creo que no sabe qué decirme, así que prefiere no contestarme. Le he mandado varios wasaps después de la discusión y sé que los ha leído, ha estado en línea varias veces, pero no ha sido capaz de escribir nada. Bajo a la recepción del hotel y deambulo buscando algo con lo que entretenerme hasta que llegue Dani. No quiero volver a entrar en Internet porque ya he leído bastante. La fama. La gente cree que es *cool*, que mola que todo el mundo te reconozca al pasar, que quieran conocerte, o hacerse una foto contigo y hacerles sentir especiales cuando les dedicas un rato. Pero no saben lo raro que es cuando hablan de ti a cada paso, cuando oyes que se ríen sobre algo que cuchichean mientras te miran. Nunca se han sentido juzgados al no cumplir las expectativas de alguien que te imaginó más alto, más guapo o más fuerte. No saben lo estúpido que te sientes cuando alguien te da su opinión sin que tú le hayas preguntado, sin querer oír lo que tiene que decir sobre si le gusta o no tu carrera, tu voz, tu ropa, tu vida. Y no es que me esté autocondolando, o sí, pero no a propósito. Obvio que hay muchos problemas peores y que no debo rayarme por esto, pero sentir que cada palabra que dices puede ser utilizada para llenar titulares malintencionados que solo buscan el clic rápido en Internet frustra mucho. Quizá la peor parte es la de siempre, la de hacerle daño a ella. Mi chica fuerte y valiente en el mar que se hace pequeña cuando todos hablan de lo mala persona que es por salir con un chico más joven. Casi desaparece ante la vergüenza que le provoca sentirse juzgada por todos. «Jesús Oviedo le pide a su novia Robin (ocho años mayor que él) que vivan juntos. ¿Boda a la vista?». Los titulares que he leído me golpean constantemente. Paseo mi mano por los mapas de la ciudad y los panfletos de visitas recomendadas que me he quedado mirando como un pasmarote mientras intento distraerme. Me cuesta controlar el odio y las ganas de venganza. ¿Por qué? ¿Por qué no pudo callarse? Maldito mentiroso, que me hizo creer que era amigo de Robin. El muy cabrón generó una falsa sensación de amistad, un ambiente de confianza ideal para que me sintiera cómodo hasta que... ¡boom!, le solté la información sin darme cuenta, de la manera más natural, y obviamente era algo confidencial. Un dato tan íntimo que de haber sabido con quién trataba jamás se lo habría contado. Aprieto los puños pensando en qué le diría si lo tuviera delante. Desahogo todo mi cabreo mentalmente planteando diferentes situaciones, algunas en las que ni le doy tiempo a defenderse, solo lo golpeo con ganas. Pero no es mi estilo. Ni siquiera sé imaginar cómo le pegaría porque nunca me ha gustado la violencia. ¿Un puñetazo? ¿Un tortazo con la mano abierta? Creo que mejor lo segundo, porque según un amigo mío: «Si te tienes que pegar con alguien, con la palma le das

bien fuerte en la cara. Así no sufre tanto tu mano y no le dejas marcas». ¡Vaya consejos! Saco el móvil del bolsillo mientras me dirijo al restaurante. Me siento en uno de los taburetes de la barra y compruebo que Robin sigue sin contestar. Cuando el camarero me pregunta qué quiero, dudo un par de veces y mi mirada revolotea por la carta de cócteles. De pronto me siento protagonista de una película. Una de esas en la que, tras un fracaso amoroso o una tragedia similar, alguien ahoga sus penas en alcohol. Para no seguir el guion del patético abandonado, acabo pidiéndome una Coca-Cola. Me llama mi madre otra vez y cedo, me siento mal colgándole de nuevo. Arranca la conversación a gritos pero consigo que se calme y me escuche.

—Lo siento, mamá. Fue una idea que tuve antes de irme y volver a dejarla sola. Pensé que si me iba a vivir con ella, al menos cuando estuviera en Madrid podríamos vernos más.

—¿Y no pensabas contármelo? —dice con la voz crispada.

—Sí, claro. Pero no te he visto desde que tomé la decisión y no te lo iba a contar por teléfono.

—Te precipitas, Jesús. Mucho. Y esto no es un juego. Y estoy muy disgustada porque me sigue pareciendo increíble que se lo cuentes antes a un extraño, que además lo ha utilizado para hacerte daño, que a tu propia madre.

Y así zanjamos la conversación. Sin llegar a un acuerdo pero sabiendo que esto pasará, como todas las discusiones que hemos tenido. Mi madre es un gran apoyo y odio haberla mantenido al margen. Quizá debería haberla llamado y contárselo aunque fuera por teléfono. No sé. Quizá es más fácil contárselo a un desconocido que no te va a decir que estás loco o que vas muy deprisa, y probablemente tenía ganas de decirlo en alto para hacerlo más real. Siento la mano de mi hermano sobre mi espalda. Se coloca en el taburete de al lado y pide otra Coca-Cola.

—¿Cómo estás?

—Mal. Acabo de hablar con mamá y tiene un mosqueo...

—Ya, ya, si me ha llamado a mí también. Dice que al menos podría habérselo contado yo...

—Tío, creo que quiero encontrarme al imbécil de la revista.

—¿Y para qué? ¿Qué conseguirías hablando con él? ¿Acaso tiene un neuralizador, como en *Men in Black*, para borrar la memoria de la gente?

—El daño está hecho, obvio que no podemos hacer nada. Pero me molesta que desestabilice toda mi vida y nadie le haga ver que lo que ha hecho no está bien. ¿Me entiendes? Me gustaría que me dijera a la cara por qué ha sido tan cabrón de utilizar algo personal, algo que le conté porque me dijo que era amigo de Robin y que evidentemente no le hubiera permitido publicar.

—Bro, por desgracia esta vida es así. Parece mentira que aún no te hayas acostumbrado a que todo lo que digas pueda ser utilizado, sacado de contexto y lanzado contra ti.

Nos quedamos en silencio. Qué verdad tan dolorosa. No podemos hacer mucho, es cierto. Pero me niego a quedarme quieto. No me da la gana que yo tenga que fastidiarme y que él se vaya de rositas. Saco el móvil, busco su nombre en Google y accedo a sus redes sociales. Lo sigo en Instagram y espero a que me siga para poder hablar con él en privado mientras ignoro todas las notificaciones que me salen. Están ardiendo las redes. Y Robin sin contestarme. Durante este rato no me he dado cuenta de que Daniel está cabizbajo y muy serio.

—Tío, perdona, que con todo el lío no me he parado a preguntarte cómo estabas... —le digo mientras apoyo mi mano en su cuello.

—Ah, nada, tranquilo...

—Pero ¿cómo ha ido?

—Le he dado un ultimátum. O él o yo.

—Joder, Dani, pero ¿no ves que te está utilizando? Yo a esta ya no me la trago...

Dani se frota la sien y noto cómo mis palabras le han hecho más daño del que pretendía.

—No, ella no es así...

—Sí lo es, ¿cómo no puedes verlo? —Me desespero.

—Está sufriendo...

—Ya, bueno. Vale, Dani, pues muy bien. Está sufriendo.

—Sí. Y empiezo a pensar si será posible querer a dos personas a la vez. O es eso o a él no lo quiere, porque te juro que solo tengo que ver cómo me mira para saber que está loca por mí. Pero entonces, ¿por qué no me escoge?

Miro la escena que estamos protagonizando desde fuera y veo que estamos un poco patéticos. Los dos solos, en la barra del restaurante de un hotel, mirando nuestras copas. Menos mal que sin alcohol, para no ser tan tristes. Me levanto, le pido al camarero que cargue nuestras bebidas a la habitación y le digo a Dani que se levante, que nos vamos a cenar por ahí.

—Nos vamos a dar un homenaje, que nos lo merecemos.

Mando un par de mensajes y acabo con una lista de los mejores restaurantes con pasta fresca de la ciudad. Elijo uno al ver su página web y pedimos un coche para que nos lleve. Dani sigue decaído pero yo me voy sintiendo mejor. Me doy cuenta de que tengo que ser el que tome las riendas y tirar de él, que no puedo fallarle en este momento, por muy cabreado que esté con lo del periodista y la filtración de mis intenciones con Robin. De hecho, al decidir que nos íbamos a cenar juntos y salir de esa atmósfera deprimente en la que nos encontrábamos en el hotel, puede que ya estuviera tomando el control para ayudarme de manera inconsciente. Le hablo de las buenas noticias que nos dieron en la discográfica para que cambie sus pensamientos y salga del «Baby me quiere o no me quiere» que tanto le atormenta. Le tiro de la lengua y le saco el tema de California.

—Los Ángeles, bro. ¡¡Nos vamos a Los Ángeles!! —Y lo zarandeo un poco—. Se lo tenemos que decir a Ariana. Seguro que nos presenta a todo el mundo y nos lleva a los mejores garitos de la ciudad. ¿Puedes hacerte una idea de lo mucho que va a molar? Menuda experiencia. Y grabar allí con los mejores productores... ¡Qué vértigo, pollito!

Se le dibuja una sonrisa ilusionada y me siento aliviado, está dejando de comerse la cabeza. Seguimos hablando de nuestro futuro cercano dejando a un lado nuestras relaciones de pareja. Esa es la realidad, esos somos nosotros. Nuestro sueño, nuestro proyecto, nuestra máxima ilusión. Y si por el camino tenemos que sacrificar nuestra privacidad o no estar con las personas que amamos el tiempo que nos gustaría, así tendrá que ser por mucho que nos duela. Llegamos al restaurante y nos sentamos en una mesa que da a la calle. Pedimos más con los ojos que con el estómago y vamos señalando platos de la mesa de al lado porque nos ha llamado la atención el pintón que tenían. Dani seduce a la camarera en dos minutos y ya la tenemos comiendo de nuestra mano toda la cena. Nos pedimos una botella de un buen vino y varios platos de pasta para probar diferentes especialidades. La pasta aquí es muy distinta a como la tomamos en España. La salsa está integrada con los macarrones que, por supuesto, saben infinitamente mejor porque son caseros.

—Sabes que mientras estemos juntos nada ni nadie nos puede derrotar, ¿no? —le digo en un momento en el que siento que no me cabe en el corazón todo el amor que tengo por Dani.

—Lo sé, Jesús. Te quiero mucho, hermano.

—Y yo. Somos uno, Dani.

—Somos uno.

Brindamos y nos hacemos una foto para recordar este instante. Pongo mi mano sobre la mesa y él pone la suya encima. Cada uno llevamos un anillo de plata y nuestras manos son idénticas. Podrían pertenecer perfectamente al mismo cuerpo. No nos hemos dicho nada nuevo, la verdad.



Nada que no sepamos desde que nacimos. Pero no viene mal recordárnoslo en momentos como este, en los que pierdes un poco la fe en la humanidad, en los que te planteas dejarlo todo y cambiar tu vida. Momentos en los que no te sientes cómodo en tu pellejo, estás confuso y crees que nadie te entiende. En los que parece que el suelo se abre bajo tus pies y no podrás aguantar la caída, con bajones insoportables en los que te falta el aire y no quieres ni verbalizar tu agonía. Da igual lo duro o doloroso que pueda ser, siempre nos tenemos el uno al otro. Su corazón bombea fuerte cuando lo hace el mío, su mente le avisa de que la mía no está bien y mi estómago se retuerce cuando el suyo se llena de miedos e inseguridades. Una conexión mágica que nos hace ser dos cuerpos con una misma alma. Y, de pronto, se me pasa una idea por la cabeza. Una foto no es suficiente para recordar esta noche, para tener constancia de este sentimiento tan grande que solo él y yo entendemos.

—Ya sé qué vamos a hacer cuando terminemos de cenar. ¡Vas a flipar!

## Robin

No podía quitarme de encima esa sensación tan incómoda de sentirme juzgada, observada y criticada. Las palabras «ocho años mayor que él» dan vueltas sin cesar por mi cabeza erosionando poco a poco las paredes de esa confianza en un «nosotros» que tanto nos había costado construir. Debilitando mi fe por acabar aceptando algún día que no ocurría nada porque yo fuera mayor que él. Estar con Jesús significa prestarme a estar expuesta en escaparates que no he elegido. O lo cojo o lo dejo. Aunque lo dejara, incluso si rompiera con él por no aguantar la presión, quizá no volvería a ser nunca la de antes, esa chica de la radio que no interesaba a ningún medio. Probablemente ahora, aunque no tuviera una relación con él, seguiría siendo portada de las revistas cuando tuvieran la ocasión de arremeter contra mí por cualquier motivo superficial, personal o profesional. Al presentarme, por ejemplo, hecha un cuadro a sus ojos en una entrega de premios o al pillarme haciendo surf nada glamurosa con las carnes al aire. Surf. Cuánto tiempo hace que no me escapo a surfear y cómo lo necesito; más que nunca. Me vendría genial para ayudarme a recuperar el equilibrio tras las sacudidas. Rebe se ha puesto en modo profesional *on* y está llamando a todos nuestros amigos de los medios para hacer la caída menos dolorosa, para amortiguar el escándalo y volverlo beneficioso preparando una estrategia que seguro que rechazaré. Aunque por otra parte... ella es muy práctica y opina que al menos puedo sacar provecho de la situación, ya que no podemos evitar que me desgarran como lo haría un león con su presa. Imagen que me viene a veces a la cabeza literalmente, me visualizo siendo devorada por un felino, desgarrándose mi piel entre sus dientes, porque así es como me siento cuando veo una fotografía mía en alguna revista. (Nota mental: dejar de ver documentales). Pero la idea de contraatacar o conseguir reconducir el escándalo en mi beneficio no me acaba de convencer. Por muy bien que intente vendérmela Rebeca, suelo rechazarla porque siento que supone participar del juego y convertirme en cómplice de mis propios verdugos. Me quedo mirando a mi mejor amiga, mi confidente, la persona que me da la mano y tira de mí hasta sacarme de los agujeros más estúpidos en los que caigo. Lo es todo para mí. Menos mal que conseguí que volviera a ser mi amiga porque no sé qué habría hecho sin ella. La resaca parece que se le ha pasado de un plumazo. Se ha hecho una coleta, se ha sentado en el sofá con las piernas cruzadas como si fuese a meditar y se ha colocado el ordenador portátil en el regazo. Teclea con decisión cada cierto tiempo tras navegar otro rato mientras se aprieta constantemente la coleta. Como si estirándose la cara se le aclararan las ideas. De vez en cuando se muerde la lengua para no compartir conmigo cosas que le indignan, comentarios malos sobre mí, seguro. Lo sé porque resopla indignada maldiciendo para sí misma. Creo que ha llegado el momento de regular nuestra relación laboral y poner por escrito (y remunerar como se merece) el trabajo de representante que desde hace algún tiempo viene haciendo conmigo. Empezó de una manera natural, sin pedírselo, como si fuese lo

lógico. Ella tuvo que tomar las riendas de todo cuando el mundo se me vino encima. Fue un alivio para mí y divertido para ella. Así que desde entonces me ayuda a tomar decisiones, a gestionarlas y a llevar una agenda organizada.

—Rebe, cuando pase esta nueva crisis, tenemos que sentarnos a redactar un contrato y me tienes que decir cuánto o cómo quieres cobrar, porque no sé si te has dado cuenta pero eres mi representante. —Me acerco por detrás del sofá y le doy un beso en la frente. Pero ella ni se inmuta. Algo la tiene de muy mal humor y, la verdad, no quiero saber qué es.

—¿Qué? Ah... Vale, vale... —dice como si mi comentario no fuese con ella.

Me voy al dormitorio y me tiro sobre la cama repasando la conversación con Jesús una vez más. Le he gritado. Demasiado. Lo sé. Creo que ha entendido que no era un enfado contra él y por eso me ha mandado otro mensaje cariñoso pidiéndome paciencia. Supongo que se siente culpable porque ha sido un ingenuo. ¿Un amigo mío? Menudo jeta, el imbécil ese. Siempre me cayó como el culo y probablemente nunca llevó bien que lo ignorara, así que ha encontrado el momento oportuno y el modo de devolverme el daño que le hice al rechazarlo aquella noche en la que fuimos a ver a Katy Perry. Entro en el chat de Jesús y escribo algo que acabo borrando antes de mandarlo. No sé qué decirle. Lo echo de menos. Ahora no quiero hablar. Solo querría hundirme en su regazo y dejar que me peinase con sus dedos, acariciando con delicadeza, como siempre hace, cada mechón. En ese momento me llega un mensaje de Agus.



Sí que te ha cundido el día, ¿no?

Contesto inmediatamente.

¿Por?



Bromea.



Entrenar, venir a visitar a tu best friend forever y convertirte en trending topic. Qué maravilla de amiga, oye. Me tienes que contar tu secreto para tener una vida tan trendy.

Y además me ha dado tiempo a ir al baño varias veces.



Tú ganas. Dejo de hacerte rabiar. Odio los comentarios escatológicos y tengo mucha imaginación. Demasiada. Marrana.

Y escribo partiéndome de risa.

Pues casi le hago una foto para que pudieras ver lo impresionante que ha sido, porque solo contándolo no te lo ibas a creer.. ✓✓

✓✓ Tía, qué asco das... Se acabó. Lo hemos intentado pero lo nuestro es imposible. No podemos ser amigos.

Jajaajjaajja. ✓✓

Me divierte mucho ser más bruta que él.

✓✓ No, va... En serio, ¿te apetece ahogar tus penas?

Buf, no sé... ✓✓

✓✓ Pizza y birra te curan la grima.

¿La grima? ✓✓

✓✓ Me lo acabo de inventar y es lo único que se me ha ocurrido que rimara.

Y acompaña su comentario con el emoticono de la gota en la cabeza y una pistola apuntándole.

Tío, si ese es el nivel me lo voy a pensar mucho. Ahora mismo necesito reírme, no llorar. ✓✓



Venga que sí... Te recojo en media hora.

Pero...



Hasta ahora, rubita.

Y así es como, sin darme cuenta, hemos quedado con Agustín. Porque como es obvio, Rebe se viene. Y quién sabe, quizá estos dos acaben juntos. Me quedo satisfecha y tranquila pensando que soy la mejor celestina del mundo. Claro, ¿cómo no se me había ocurrido antes? Mi mejor amiga y mi nuevo «mejor» amigo. Suena guay. Harían buena pareja. Salgo y le cuento que tenemos un plan, que deje de currar y que se ponga guapa. Porque yo la adoro, pero si quiero que se enamoren necesita un buen corrector. Ahora mismo parece un extra de *The Walking Dead*. Tanta fiesta y lloros a escondidas le están pasando factura. Pobrecita. Daría lo que fuera por volverla a ver sonreír con esa plenitud tan característica suya. Como cuando Fran le decía algo que en realidad no era tan gracioso pero que ella recibía con esa carcajada escandalosa que tanto me gusta. ¡Ay, Fran! También yo lo echo de menos. Cuando no esté con ella, lo llamaré para ver qué tal lo lleva y averiguar si lo suyo es tan definitivo como piensa Rebe. Me pongo vaqueros, zapatillas de deporte y un crop top de manga larga de estilo deportivo que me acabo de agenciar y que me tiene loca de amor. Me hago una foto y pienso en mandársela a Jesús, pero al final no me animo. Quizá luego. Rebe lloriquea porque no le dejo ir a su casa a por ropa y la obligo a coger algo de mi armario, que no es su rollo pero que le queda genial. Acaba a regañadientes con un vestido de Justin Bieber hecho de tela de sudadera y que se ajusta a la cintura con un cinturón. Mi favorito del momento. Bueno, para qué engañarme, me encanta porque todo lo que tenga que ver con Justin me recuerda directamente a Jesús. Me siento un poco culpable al irme a cenar tan pancha mientras lo último que le he hecho saber es que estoy cabreadísima. Lllaman al telefonillo. Debe de ser Agus. Porque aunque también hemos invitado a Fede es imposible que él sea tan puntual. Abro el portal y la puerta de casa. Me quedo apoyada en el marco a esperar a que llegue. Su perfume lo hace antes que él y me golpea llenándome de nuevo la cabeza de imágenes, de recuerdos. Ojalá estuviera con nosotros Jesús. Lo pasaríamos genial.

—Pues no pareces muy preocupada. ¡Esa es mi chica! —me dice al verme.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me mate?

—Eso nunca, hermanita. Vamos a celebrar que nadie acabará con tu sonrisa. —Y me ofrece su mano para que la choque.

Entramos, se sienta en el sofá y le ofrezco algo de beber. Voy a por una cerveza tarareando mi nueva canción-obsesión, *Castle on the Hill* de Ed Sheeran, que he puesto bastante alta porque Rebe no para de parlotear mientras se arregla. Es la típica que piensa en alto y va comentando todo el proceso de puesta a punto: «¿Dónde estará mi máscara de pestañas?», «Este vestido me hace gorda», «No, estoy buenorra», «Claro que sí, soy un pibón», «Menudo barrigón», «¡Voy fatal! No quiero salir»... Bueno, la típica que piensa en alto y también una loca indecisa que tiene la

autoestima por los suelos desde que lo dejó con Fran. Ahora grita desde el baño que enseguida está lista, así que deduzco que le quedan aún unos quince minutos. Vuelvo al salón con la birra para Agus mientras pienso algo ingenioso que decirle cuando me sorprende él primero.

—Así que os vais a vivir juntos... —Me lo dice sonriendo en plan puñetero.

Qué guapo está el mamón. Lleva una camisa estampada abierta hasta el pectoral y se le ven los tatus. Muy sexi, vaya. Seguro que a Rebe se le salen los ojos de las órbitas al verlo.

—Creí que venías a hacerme reír, no a cotillear. ¿Quién eres? ¿Lydia Lozano?

—¿Quién?

«¡Y soy yo la inglesa!», digo para mí.

—Nadie, olvídale...

—Bueno, ¿has hablado con Jesús? —dice poniéndose serio.

—Sí, en fin, «hablar»... Ha sido más bien echarle la bronca del siglo.

—Pero ¿qué culpa tiene él? —Sonríe divertido.

—Pues, tío, que se lo contó a un periodista que le dijo que era amigo mío. Y él, superingenio, se lo creyó. Pero solo se lo dijo para ganarse su confianza. El muy mamón me tiró los trastos hace tiempo y pasé de él. Yo creo que quería vengarse.

—Ay, Jesúsín... Estará hecho polvo...

Me incomoda un poco que hable de él como si fuera un crío. Pero claro, Agus los ve así ya que es diez años mayor que ellos. Aunque casi de mi edad...

—Bueno, ¿dónde piensas llevarnos?

—¿Yo? Pero si llevo viviendo demasiado tiempo en Londres. Sois vosotras las que controláis.

—Pues vaya. Sí que me la has metido doblada...

—Pero, Robin, ¿no hemos quedado que eso entre nosotros no? —Y se gana una colleja. Después obligo a Rebe a que salga del baño.

—¡Ahhhh! —se queja exageradamente.

—¡Estás preciosa! Arreando.

—Pero ¡si llevo un rabo del ojo más largo que el otro! —Se queja otra vez mientras la empujo al salón—. ¿Cómo puede caerte bien esta tirana? —le dice a Agus en cuanto lo ve—. ¡Huye ahora que aún estás a tiempo! —Y se acerca a darle dos besos.

—Pues perdona, pero no sé a quién prefiero: si a Kim Jong-un o a una belieber —dice señalando el vestido que le he dejado.

—¡¡Es suyo!! ¡Me ha obligado a ponérmelo! —se defiende divertida—. Hazme caso, ¡huye, aún puedes escapar! —Se ríen juntos.

—Muy gracias —digo haciéndome la ofendida mientras me doy mentalmente una palmadita en la espalda felicitándome por el ojo que he tenido queriendo juntarlos. ¡Estos caen esta misma noche!

Recorremos las calles de Madrid helados de frío y siguiendo a Agus, que asegura haber recordado un sitio genial para comer pizza al peso. Desde que hemos salido por la puerta nos vamos riendo por todo. Es raro, es como si de pronto estuviésemos borrachos de felicidad, sin tener ninguna preocupación. Hacía tiempo que no veía tan relajada a Rebeca. Por fin llegamos al restaurante, en la calle Ballesta.

—Aquí sirven la mejor pizza de Madrid —dice Agus sacando pecho y dándole una ceremonia exagerada a la presentación.

—¡Qué bien! —suelta Rebe feliz como una niña pequeña.

El camarero nos señala una mesa junto a la ventana y le pedimos unas cervezas antes incluso de

habernos sentado.

—Eso son ansias y lo demás, tonterías —digo burlándome un poco de las prisas de mi mejor amiga.

—Bueno, ¿y qué pizza nos recomiendas? —preguntamos al unísono Rebe y yo con la carta en la mano.

—Pues aquí lo mejor es pedir porciones de distintas pizzas para probar todas las mezclas locas que hacen. Aunque la de tomate confitado está muy rica.

—¿Y la de...? —Y sin dejar que acabe mi pregunta, me corta.

—Vale, lo confieso, no tengo ni idea. No he venido nunca. Antes de salir he cotilleado la web de *El Comidista* y decían todo esto sobre esta pizzería.

—¡Qué farsante! —le recrimina Rebe.

—Yo lo llamo «tener recursos». Van muy bien para ligar. Os lo regalo.

—Gracias, Mario Casas... —le digo de cachondeo.

—Yo me veo más como Adam Levine. Pero aceptamos Mario Casas como hombre atractivo al que me parezco.

Le sacó la lengua y cambiamos de tema.

Comemos hasta hartarnos y no paramos de reírnos. Un poco más tarde llega Fede. Y es que le encanta comer. Lo mismo le dan patatas fritas que crudités, sushi que ternera empanada. Pero especialmente le pirra el queso. Y, claro, la pizza es una de sus debilidades. Como siempre, viene hambriento y casi llora contándonos que le acababan de diagnosticar intolerancia a la lactosa y que no podía probar la pizza. Se pasa toda la cena mirando con cara de odio cómo mordemos nuestras porciones e insultándonos, rabioso por no poder comer. Creo que «ojalá te conviertas en pizza gigante y te ahogues en tu propia grasa» es lo más bonito que me ha dicho. Y como lo dice todo con ese tono tan suyo, dramático y con acento andaluz, no hay quien pueda aguantar la risa. Al terminar me doy cuenta de que tengo hasta agujetas. Estamos todos cansados y hace un frío del demonio, así que decidimos ir al piso de Agus, por cambiar de escenario y no estar siempre en el mío. Jugamos a las cartas, a los dados e intentamos terminar una partida de *Ticket to ride*. Pero Fede y Rebe son incapaces de concentrarse, así que acabamos desistiendo y tirándonos en el sofá en busca de un poquito de calor bajo la manta gris jaspeado más suave que he tocado nunca. Me está dando un gusto increíble porque me había quedado helada sentada en la mesa del comedor. Me suena el móvil y veo que Jesús me ha enviado una foto. La abro y se me escapa un gritito. Y le escribo al momento.

¿Qué te has hecho, loco?



**Baby**

Se acabó, no puedo alargar más esta locura. He de tomar una decisión. Y la he de tomar YA. Me he puesto unas mallas, unas zapatillas de deporte y una chaqueta fina con la que voy muerta de frío. Frío, eso es lo que necesito. Sufrir un poco físicamente para equilibrar el interior y el exterior. Correr, sudar y esforzarme hasta agotarme tanto como lo está mi cabeza, que se debate entre opciones que me parecen el mismo error con diferente nombre. Dejar a Ángel o dejar a Daniel. ¿Qué hago? Solo tengo una cosa clara, nunca más puedo volver a estar con los dos. Dani lo ha dejado bien claro: «Deja de engañarnos». Y tiene razón. Corro lo más rápido que puedo. No miro atrás pero tampoco sé adónde voy. Me he puesto unas pesas en las muñecas y en los tobillos para que sea más duro el entrenamiento. ¿Quizá haya perdido la cabeza? Cuando el móvil me anuncia que llevo trece kilómetros y siento que ya no soy capaz de dar un paso más, bajo el ritmo. Me duelen las rodillas y la cadera. Tengo sed y hambre, y sueño, y me siento sucia. Muy sucia. Eso sobre todo. Me cabreo con Spotify porque no sé cómo se ha puesto a sonar *Perfect* de Ed Sheeran. Las manos las tengo heladas y no consigo sacar del bolsillo de la chaqueta el móvil, así que me tengo que tragar que la preciosa voz de Ed me diga cosas como «Querida, lánzate de cabeza y sígueme». Y yo imagino dos versiones de esa misma frase. Una con la carita de Ángel y otra con la de Daniel. Estoy desesperada y necesito ayuda. Quizá pueda contárselo a Nadia. Hace días que evito hablar con ella por miedo a que adivine que su amiga es un auténtico monstruo. Pero estoy deseando confiarle mis pecados. Para que me grite, se enfade conmigo y me haga sentir la vergüenza que a veces me falta. Vuelvo a la residencia y, en la puerta, lo veo apoyado en su moto, mirando el móvil y con el pelo cayéndole casi estratégicamente en la cara. Parece un *influencer* de Instagram. Se ve que percibe mi presencia porque levanta la cabeza y me sonríe dulce. Me acerco fingiendo una sonrisa que no siento e intentando ocultar que me escuecen los labios de haber estado comiéndome a besos a Daniel hace solo unas horas.

—Cariño, ¿estás bien? —me pregunta preocupado Ángel.

—Sí, cansada. He corrido trece kilómetros —digo aparentando estar satisfecha.

—Pero, Bae, no es bueno que corras tanto...

—Ya, bueno, me apetecía...

—¿Te apetecía correr trece kilómetros?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Pues que no es muy normal, la verdad. Te puedes lesionar y no entiendo por qué te la juegas así.

—Bueno, ¿has venido a verme como jefe o como novio?

—No seas injusta, Bae, yo solo quiero lo mejor para ti y me preocupo... Estás muy rara últimamente.



—¿Rara? —Qué buena actriz soy, oye. Y que poca vergüenza tengo. Me duele el corazón al engañarlo pero no puedo soportar la idea de decirle la verdad.

—¿Estás bien o no? Yo te veo... No sé... ¿Estresada?

—No sé, dímelo tú —le digo con todo el mal humor que puedo sacar. Ni me reconozco.

—Vale, Bae, déjalo, me estoy rayando yo. Olvídalo.

—Pues sí. Bastante tengo con adaptarme a Milán, a la nueva residencia, a la academia... Y tú dando por saco, encima. Me voy a la ducha, que me estoy enfriando. Adiós. —Y salgo disparada, indignada y como si tuviera razón, sabiendo que soy la peor persona del mundo. Entonces noto su mano en mi brazo, reteniéndome y acercándose hasta él.

—Perdona, cariño. Yo también estoy un poco agobiado con tanto cambio... No sé... De pronto hoy me he dado cuenta de que te echo de menos. Que llevamos días que ni nos besamos... —Y esto lo dice mientras acerca su boca a la mía—. Bae, te quiero. —Me da el beso más dulce del mundo y se separa—. Buenas noches, pequeña. Te dejo descansar. Nos vemos mañana, ¿vale?

—Sí —consigo decir en un volumen casi imperceptible, sintiendo que el peso de la culpabilidad no me deja levantar más la voz.

—¿Me quieres? —me dice sonriendo y con una emoción en sus preciosos ojos que sería incapaz de apagar con un «no».

—Claro —digo sin mucho entusiasmo. «Claro» no es una mentira. Por supuesto que lo quiero. ¿Cómo o cuánto? Eso ya es algo que ni siquiera sé.

—Te recojo mañana para ir a ensayar.

—Vale.

—A las siete aquí.

—Ok.

—Buenas noches.

—Buenas noches —le digo mientras arranca su moto, ya más tranquilo.

Parece que ha resuelto las dudas que le habían asaltado y ha conseguido calmar la inquietud que le agobiaba. Y yo no sé si me voy aún más hundida. Porque no solo le engaño sino que, encima, le hago creer que está loco y que ve cosas donde no las hay.

Subo a la habitación, me ducho y después me permito mimarme un poco con crema hidratante. Me pongo mi jersey favorito y unas mallas y me siento en mi cama con el ordenador. Necesito quererme un poco porque estoy siendo muy intransigente mentalmente conmigo misma y eso, por muy mala persona que sea, no es saludable. Abro el WhatsApp desde el portátil y le mando un mensaje a Nadia.

Hola, bella. ¿Cómo estás? ✓✓

Y contesta enseguida.

✓✓ Anda. Ya creía que no me querías...

Y llena la pantalla de emoticonos llorando.

¡Eso nunca, amiga! De hecho, te necesito. ¿Un facetime? ✓✓

✓✓ No puedo ahora... Pero ¡cuéntame! Sabía que te pasaba algo.

Por aquí no, es muy largo... ✓✓

✓✓ ¿Es sobre Ángel, verdad?

Tía, ¿eres vidente? ✓✓

✓✓ No, te quiero y me preocupo por ti. Sé que me ocultas algo desde hace unos días.

No me gusta hablar por escrito sobre esto pero, por otra parte, me alivia no tener que ver su cara juzgándome así que, al fin y al cabo, no está tan mal que lo tratemos por aquí.

Vale, te lo voy a contar. Pero prométeme que luego borrarás la conversación. No quiero que nada de esto siga escrito en un chat que algún día pueda aparecer para reventarme en la cara. ✓✓

✓✓ Puedes estar tranquila. Te prometo que lo borro todo luego.

Llevo unos días viéndome con Daniel. ✓✓

✓✓ ¿¿¿Qué???

---

Sí, soy lo peor. ✓✓

✓✓ Pero, ¿cómo? No entiendo nada... ¿Está allí? ¿En Milán?

Sí... De promoción, con su nuevo disco. ✓✓

✓✓ Dios mío, Bae... Sí que me necesitas, sí...

Totalmente. Necesito que me grites y me digas lo mala persona que soy. ¡Es muy urgente! ✓✓

✓✓ Mi niña..., eso no. Tú eres buena persona. Una chica llena de amor. Quizá demasiado.

Nadia, no me digas eso... Me merezco una bronca. Una llamada de atención. ✓✓

✓✓ Pequeña, lo que te mereces es un abrazo. Debes estar pasándolo fatal. ¿Y no se lo has contado a nadie?

No. Solo lo he podido hablar con Dani. ✓✓

✓✓ Pero ¿cómo llegaste hasta este punto?

Pensé que podría ser algo así como una despedida... Que podría «regalarme» un rato de placer con Dani para decirle adiós definitivamente. ✓✓

✓✓ Y lo que ha pasado es que quieres seguir viéndole...

Probablemente para siempre. ✓✓

En ese momento recibo un mensaje de Dani.

✓✓ Bae, ¿alguna novedad que compartir conmigo?

Dani... ✓✓

Le contesto inmediatamente. En ese momento recibo otro mensaje de Nadia que se coloca como primera conversación del chat.

✓✓ ¿Y Ángel?

Me pregunta mi amiga. Pero vuelvo al chat de Dani y le escribo.

Estoy hecha un lío... Dame tiempo. ✓✓

✓✓ No hay tiempo, Bae...

Y me rompe el corazón. Nadia insiste, solo añade signos de interrogación.

✓✓ ????

Y entonces contesto.

Ángel es increíble. Me vuelve loca cada centímetro de su piel, su pelo, su forma de hablar, de vestir... Es un artista. Admiro muchísimo todo lo que hace. Creo que es el hombre de mi vida. ✓✓

Y lo envió. En ese momento recibo otro mensaje de Nadia.



¡¡¡Baby!!! ¿Qué haces? ¡Estás en línea pero no me contestas! ¿¿¿Estás bien???

Y entonces el mundo deja de girar. Siento como si se acabase todo el oxígeno del planeta y me mareo. Siento vértigo, me quedo bloqueada, muda, incluso muerta en vida. No puedo creer mi enorme torpeza. Quizá el destino, un accidente que elige por mí ya que yo no he sido capaz de hacerlo. Un castigo. Una penitencia que me merezco. Me entran hasta náuseas del malestar que siento al ver que el mensaje que había escrito a Nadia sobre Ángel se lo he mandado, por error, a Daniel. ¡Y qué error!



Pues que te haga muy feliz. No quiero volver a saber nada de ti. Nunca. No vuelvas a dirigirme la palabra. Que te quede claro.

## Jesús

Cuando estoy de bajón o me siento perdido, miro el tatuaje que me hice con Dani y todo se calma. Es el típico dibujo a base de trazos limpios y simples. Un *stickman*. Yo tengo la mitad y Dani, la otra. Juntos hacen una persona. Tal y como nos sentimos él y yo, dos partes de una misma persona. Recuerdo las risas nerviosas buscando un estudio de tatuaje abierto veinticuatro horas en Milán. Nos sentíamos medio delincuentes y queríamos demostrarnos a nosotros mismos que éramos dueños de nuestra vida. Todo lo que sucedió aquella noche fue especial y nos marcó para siempre. Los dos solos, tristes. Él más que yo, la verdad. Sobre todo al recibir el maldito mensaje, aunque Baby trató en vano de explicarle que fue por error. Pero fuertes, imbatibles, unidos. Como siempre. Como ahora. Da igual lo que haga la prensa, lo que se empeñe en hacer la caprichosa de Baby o si Robin no quiere vivir conmigo (como me dijo), cada vez que miro mi tobillo o simplemente paso el dedo por encima de ese tatuaje, siento la fuerza de nuestra increíble relación de hermanos. Siento su apoyo incondicional y la certeza de que siempre estará ahí para mí. Para salvarme y hacerme reír.

Llegó la primavera y las cosas fueron cambiando. Al volver de Italia, Robin me explicó que no quería que compartiésemos piso. Y menos después de la que se había liado con el maldito artículo del imbécil ese. Me costó pero acabé comprendiendo sus motivos, y encima Dani me necesitaba más que nunca tras llevarse un nuevo chasco con Bae. Así que lo dejamos para más adelante. Al menos no fue un «no» sino un «todo llegará». Me di cuenta de que debía dejar respirar la relación. Que era imprescindible para la buena salud de la pareja que fuera Robin la que tirara también de lo nuestro, aunque fuese solo por una vez, mientras yo me centraba en mi trabajo. Como ahora, que estamos preparando el gran viaje. En dos días salimos para California y, aunque quizá ella no consiga venirse con nosotros y puede que estemos más de dos meses sin vernos, cosa que me destrozará, estoy feliz. Porque va a ser una experiencia única y estaremos los imprescindibles, mi hermano y yo.

Lo siento mucho por Robin o por cualquier persona que pueda querer entrar en nuestro núcleo más íntimo, pero deberán asumir que nuestra relación, que además es laboral, es el centro de nuestras vidas. De hecho, muchos nos dicen que nos envidian. Y no me extraña. Creo que no existe en el mundo conexión que se parezca a la que tenemos los gemelos. Puedo notar cada pinchazo en el estómago que siente Dani al sufrir por Baby como si fuera mío. De modo que nos entendemos entre nosotros como nadie más puede hacerlo. Y, por supuesto, compartimos nervios, miedos e inseguridades como los que tenemos ahora por el viaje a California y que ocupa todo nuestro tiempo. Y eso que de la organización, de los sitios a los que iremos o de la gente con la que trabajaremos se encargan los de la discográfica. Pero tenemos que elegir las canciones que queremos que nos produzcan allí y preparar detalles menos importantes pero imprescindibles,

como los estilismos. Además estamos en contacto con nuestros compañeros de discográfica a través de Jorge y le vamos dando números de teléfono que conseguimos a través de los amigos y colegas de profesión que viven allí y que hemos ido conociendo estos últimos años para cerrar entrevistas, actuaciones, reuniones... Por supuesto Ariana ya está avisada y nos ha dicho que hasta dará una fiesta en nuestro honor. Y con toda esta movida que tenemos encima, para no aburrirnos, hemos organizado una fiesta de despedida, en Madrid, porque dos meses es demasiado tiempo. Van a ser muchos días lejos de la familia y de nuestro entorno. Así que hemos invitado a todo el mundo. Sin filtros. Nada íntimo. Algo muy gordo y por todo lo alto. La fiesta es esta noche y aún no tengo muy claro que vaya a salir todo como queremos, pero he dejado de supervisar la organización porque estaba demasiado estresado. Mis padres y Jorge se están encargando de los detalles que faltan.

—«City of Stars...» —tarareo al teléfono cuando Robin descuelga.

—¡Mi niño! ¡Buenos días!

—Qué contenta estás, ¿tienes algo que contarme?

—No hasta esta noche.

—¡Maldita! ¿Y me vas a dejar con esta intriga?

—Venga, que no queda nada, no seas quejica.

—Bueeeeno. Oye, he visto en la tele ahora mismo que hay temporal en el norte.

—¿De verdad? Perfecto.

—¿Cómo que «perfecto»? —Esta tía está tarada. Tan miedosa para unas cosas y para otras...

—Perfecto porque voy a pillarme unos olones de flipar.

—Por eso estás tan contenta.

—Que no. Y por mucho que me tires de la lengua no te lo voy a contar.

—Bueno...

—Bueno. Oye, ¿para qué me has llamado?

—Ah, o sea, que tengo que tener un motivo para querer hablar con mi novia, ¿no?

—No, a ver, no quiero decir eso... Pero...

—Venga, romántica, te dejo.

—Eh, no me cuelgues así. No te enfades. Es solo que estoy trabajando y no puedo estar aquí haciendo el monguer...

—Te llamaba por lo de las olas. Como estás preparando tu viaje a Ribadesella para este finde...

—Bueno, hablaré con Fran y si la cosa no está bien allí nos iremos a Nemiña.

—¿A Nemiña? —Y se me encoge el estómago. Qué recuerdos buenos y terribles tengo de esa preciosa playa paradisíaca y salvaje a la que nos llevó Robin cuando aún no sabía que me quería.

—Sí. No he vuelto desde... Ya sabes... Y la verdad es que lo echo de menos.

—Me encantaría volver contigo. Para hacer las paces con el sitio.

—Yo también tengo pendiente reconciliarme con el lugar. Me trae aún muy malos recuerdos.

—Pues si me esperas nos vamos juntos a la vuelta de Cali, ¿vale?

—Vale. No pisaré Nemiña sin llevarte de la mano conmigo, prometido.

—¿Has visto como al final ha sido una llamada productiva?

—Cuando me despidan, verás qué risa.

—Es mi objetivo. Pretendo que nadie te quiera dar trabajo para que no tengas excusas y vuelas conmigo a todos los lados.

—Sí, claro, todo el día detrás tuya sin hacer nada...

—A mí se me ocurren muchas cosas con las que podrías estar ocupada.

—¡Qué cerdo! Siempre pensando en lo mismo. Te cuelgo.

—Sí, pero bien que estás disfrutando imaginándolo, que te conozco. —En realidad no estoy tan seguro. Últimamente no sé si está muy estresada pero la veo un poco fría. Dice que son las hormonas...

—Adiós. Nos vemos luego, cochino —dice muerta de la risa y susurrando. Imagino que hay alguien a su lado.

—Hasta luego, bella Robin.

Seguro que ha conseguido convencer a Félix para que le dé una semana de vacaciones y venir a verme. No paran de salirle propuestas de trabajo en televisión y, aunque ella nunca dejaría la radio, su jefe está preocupado por si le deslumbran otros proyectos más golosos pero con poca estabilidad. De momento solo ha aceptado un trabajo de los que le han ofrecido y es compatible con su programa en la radio. Un espacio en televisión en el que tiene bastante libertad y puede hablar de la música que le apasiona. Deambulo por casa un poco inquieto. Llamo a la puerta de Daniel y no me contesta. Pero es tarde, así que insisto.

—¡Bro! —grito.

—¿Qué? —dice al rato.

—¿Puedo pasar?

—Sí, pesado.

Entro y lo veo hecho un ovillo en la cama. Tiene los ojos rojos. Parece que ha estado llorando.

—¿Estás bien?

—No. No estoy bien.

—¿Baby?

—Sí. Baby.

—¿Qué pasa?

—Pasa que quiero estar con ella.

—Pero no te merece, Dani. Tienes que olvidarla.

—Sí. Tengo que olvidarla —dice sorbiéndose los mocos y con una sonrisa irónica—. No sabes qué suerte tienes de tener a Robin. —Y se me encoge el estómago porque no sé hasta qué punto la tengo. Me imagino perdiéndola y sufriendo tanto como Dani.

—Bro, que nos vamos a Cali. ¿Tú sabes las tías que vas a conocer? ¡Te vas a hinchar!

Se ríe con ganas. Al menos soy capaz de hacerle soltar una carcajada.

—Solo me pregunto si he vuelto a dejarlo pasar. Si no es culpa mía porque no me planto y le hago ver que soy su mejor opción. Me como la cabeza pensando que soy un triste y que en lugar de apartarme, debería haber luchado por ella. Demostrarle que soy mejor que Ángel.

—Eres mejor que Ángel, Dani.

—No para ella...

—Yo creo que lo que haces es normal. Si no se decide, es que se queda con él.

—A eso me refiero. ¿Y si no decidirse es esperar a que le demuestres algo más?

—Tío, no te rayes tanto.

—La he vuelto a cagar, Jesús.

Le froto la espalda y me levanto lentamente porque no sé qué más decirle. Me quedo de pie un rato junto a su cama y acabo saliendo poco a poco. Por si me necesita de nuevo, por si se me ocurre algo más que pueda servirle. Porque soy consciente de que no le he ayudado. Ni he sabido consolarlo, ni he conseguido que deje de torturarse. De hecho, el que está dudando ahora soy yo.



¿Será cierto que le cuesta dar el paso final? ¿Será demasiado prudente con Baby? ¿Dejará que todo lo digan sus ojos o sus palabras pero no sus actos? Yo aprendí mucho con Robin. Me di cuenta de que si quieres a alguien tienes que dar el 200 por cien. Demostrar seguridad en uno mismo e iniciativa. Y por encima de todo, amar. Como nadie ha amado nunca a esa persona. Para convencerla de que te quiera tanto como lo haces tú. ¿Estará haciéndolo bien Dani? Porque me cuesta creer que Baby prefiera a Ángel. Yo la he visto mirar a mi hermano y no me engaña. Esa chica está loquita por él. Pero claro, Daniel no tiene una compañía de danza y no le puede dar trabajo. Quizá es eso...

Tras pasar el día nervioso, ha llegado la hora de la fiesta. Por fin. Son las ocho de la tarde y nos estamos terminando de arreglar. Dani está de mejor humor y yo deseo ver a Robin. No me ha querido decir qué se va a poner y me tiene intrigado porque solo anunció que me encantaría. Nosotros nos hemos puesto un traje de chaqueta negro con pajarita. Y es que el *dress code* de la fiesta es de etiqueta. Traje los chicos, vestido largo las chicas. Nos hacía gracia que todo el mundo se arreglara para el evento. Como en nuestro cumpleaños, el segundo que celebramos al volver de Milán y por todo lo alto en Madrid. ¡Hay que ver lo que nos gusta una fiesta!

—Jesús, el coche ya está aquí —me anuncia Dani.

—Voooy.

Me hago un *selfie* y se lo mando a Robin. «*I'll be there for you*», le escribo. Ahora más que nunca pega nuestra frase. Me manda un corazón como respuesta. ¡Un corazón! Pues sí que debe andar liada para no continuar nuestro ritual. Bueno, conociéndola seguro que ahora su casa es una batalla campal con ropa tirada por el suelo, esa que se pone y se quita porque no le gusta. Pintaúñas, maquillaje y demás cosméticos ocuparán el espacio hasta hacerlo insuficiente. Cómo me hubiese encantado que hoy nos hubiéramos arreglado juntos. Subirle la cremallera del vestido y pedirle opinión sobre si me queda bien o no la pajarita. Cuando soy totalmente sincero conmigo mismo, me permito reconocer que algo se apagó en mi interior cuando me dijo que no quería vivir conmigo. Mi cabeza entendía sus razonamientos. Era lo más lógico que me habían dicho nunca. ¿Cómo no iba a darle la razón? Si es lo que me decían mis padres, mi hermano y la dichosa prensa, que se metía en todo sin permiso. Pero mi corazón se derrumbó, en silencio, porque nadie me entendía y no quise sonar raro. Pero yo quería locura, riesgo, aventura. Si no eran todas estas cosas, ¿qué era entonces el amor? Si estábamos locos por estar juntos a pesar de la diferencia de edad, ¿por qué no podíamos rematar compartiendo un espacio al poco de conocernos? Pero esto solo lo sentía yo. Robin era más prudente o menos loca. A veces me daba por pensar que me quería menos. Y es que si me quisiera como yo la quiero a ella, no habría sensatez posible que hubiera frenado sus ganas de vivir conmigo.

Llegamos al local y bajamos justo delante de los fotógrafos que se han agolpado a la entrada para recibirnos. Como se ha enterado todo el mundo, la prensa ha venido a cubrir el evento. De hecho, para evitar que se queden toda la noche, hemos instalado un photocall para que el invitado que quiera pase por allí a enseñar su look y a contestar las preguntas que quieran. Nosotros, por supuesto, posamos para todos y nos dejamos entrevistar por las televisiones. Incluso por las que no estaban convocadas pero que han acabado colándose. Esas que no nos hacen más que daño al hablar de nuestra vida privada. Esas que al ponerme el micro delante, sin anestesia, me sueltan:

—Al parecer, Robin no se ha querido ir a vivir contigo, ¿no?

Pero como ya tengo callo y estoy acostumbrado a sus preguntas hirientes e inoportunas, ni me

inmuto y contesto de cachondeo.

—No, es que me voy a mudar al desierto.

—¿Al desierto? —dice sorprendida la periodista mientras se le dilatan las pupilas de emoción e interés pensando que le estoy dando una exclusiva.

—Sí. Lo dejo todo y me voy a meditar. Mi sueño es pasear en camello.

Y la dejo con la boca abierta y sin tiempo a que me dé la réplica. Doy un paso al siguiente set, y antes de que el presentador pueda contarme de qué medio se trata la veo entrar por la alfombra como a cámara lenta. Lleva un vestido dorado, e incluso a unos metros de distancia puedo intuir que debajo no lleva nada, que va totalmente desnuda. Es el típico vestido que cae sobre el cuerpo marcando todas y cada una de las formas delicadamente. Sin dejar nada a la imaginación. Lleva el pelo recogido con una trenza que acaba suelta, como en cascada, con los rizos cayendo sobre sus hombros. Sonríe tímida, sabiendo que todos tenemos los ojos puestos sobre ella. Entonces me mira y grito:

—Chicos, ahí viene la mujer más guapa que vais a ver hoy en esta fiesta. Dejad de hacernos fotos a nosotros, ella es la protagonista. ¡Te quiero, Robin!

Ella se tapa la cara, roja como un tomate, riéndose nerviosa, y viene hacia mí intentando caminar con los impresionantes tacones que se ha colocado. Conociéndola, seguro que llevan una buena plataforma. Los periodistas se ríen al oír mi declaración de amor y muchos maldicen no haber grabado el momento. Excepto los que tengo delante que se acaban de convertir en el único medio que ha captado el momentazo, que seguro que lo pondrán una y otra vez mañana en televisión. Pero me da igual. ¿Cómo iba a controlarme ante mi bella Robin? Cuando llega a mi lado me preocupo por el frío que debe de estar pasando. Es un vestido de tirantes finito y no parece abrigar absolutamente nada, claro. Le pido que pose sola y, tras hacerle unas cuantas fotos, los medios nos piden que nos pongamos los dos.

—¡Parejita, no nos hagáis esto! ¡Necesitamos una juntos!

Y aprovecho para decirle al oído que nunca había tenido tantas ganas de lanzar un vestido por los aires. Ella se ríe avergonzada y nos hacen unas fotos naturales y geniales. Intento evitarle el paseillo por las teles pero me dice Jorge que, por favor, lo haga aunque sea rápido, o se pasarán el resto de la noche quejándose.

—Sí, claro... No pasa nada, voy. —Y Robin se dirige atrevida hacia los micros.

Mientras tanto, decido pasar dentro y saludar a los invitados que han ido llegando. Como Rebeca, que ha venido con Robin.

—Cuñada, ven aquí —le digo divertido acercándome para darle un buen abrazo. Hace tiempo que le digo que si ellas son como hermanas, entonces nosotros somos como cuñados.

—¿Qué tal, Jesusito? ¿Nervioso por el viaje?

—No te voy a engañar... Mucho.

—Va a ir genial, ya verás.

—Eso espero —le digo separándome de ella y mirando lo guapetona que está.

—¡Menudo pibón!

—Gracias.

Saludo a unos cuantos amigos más que se han ido acercando y tenemos las típicas conversaciones del inicio de la noche. «Qué guapo». «Mira quién puede ser muy elegante si se lo propone». «Voy a por una copa que tanto saludo me deja la boca seca». Y, por fin, entra Robin. La han tenido como mil horas a la pobre. Me dirijo a la puerta a rescatarla. Mira a un lado y a otro, supongo que buscándome. Me abro paso entre la gente y cuando estoy como a diez pasos, veo que

se acerca a ella Agustín. Mi amigo, su «nuevo mejor amigo», como bromean ahora todo el tiempo desde que él perdió las llaves y ella lo invitó a dormir en su casa.

Volví de Milán y me encontré con que se habían hecho inseparables. Robin lo suavizaba diciendo que intenta liarlo con Rebeca. Yo no he podido decirle que me incomodaba porque, en realidad, no hay nada tangible que pueda achacarles y que esté mal. Es solo... esa mirada. Ese algo inclasificable y difuso que no acaba de estar pero que existe. Estoy loco, lo sé. He estado atento y analizo cada uno de sus encuentros, sus palabras, el tono en el que se las dicen, y nunca puedo echárselas en cara. Me aproximo a ellos un poco más, sintiéndome un estorbo, el tercero, el que sobra. Y entonces me quedo paralizado porque ellos siguen sin verme aunque estoy a dos pasos. Estoy tan cerca que puedo oírles. Agus lleva un traje como el mío pero sin pajarita ni corbata. Con camisa negra desabrochada enseñando prácticamente su pecho repleto de tinta. Con ese aire roquero que las vuelve tan locas. Sus ojos centellean mirando a Robin y puedo oír, como si fueran puñales, cada una de las palabras que le dedica justo antes de salir a por una copa y dejarla sumida en una burbujeante nube de emoción.

—Que te quede claro que el acuerdo de amistad que tenemos no incluye ese vestido. Lo lees, ¿no? —dice señalándola—. Pone claramente: «En la guerra, ni amigos ni treguas».

## Daniel

«Creo que es el hombre de mi vida». Esta frase se ha convertido en el pensamiento recurrente más insistente que he tenido nunca. Me viene a la cabeza cuando recuerdo su pelo sobre la almohada, su cuerpo extasiado de placer vibrando junto al mío, sus ojos llenos de culpa y dolor derramando lágrimas que no sé si eran falsas o la realidad más evidente que no ha querido reconocer. Le dije que no quería saber nada más de ella. Que nunca me volviera a hablar. Y no lo cumplió. Pero tampoco insistió. Me intentó explicar que se estaba escribiendo también con Nadia y que esa frase era una parte de un razonamiento. «¿Es cierto?», le pregunté sin estar preparado para escuchar su respuesta. «Sí, lo es, pero también que te quiero a ti. Os amo a los dos. Estoy hecha un lío, Dani», dijo ella. «Os amo a los dos». Cuando me lo soltó no me creí nada, la taché de mentirosa y la mandé a la mierda. Pero pasan los días y me siento estúpido. ¿Y si tenía razón? ¿Y si decía la verdad? ¿Se puede amar a dos personas a la vez? ¿Se puede tener un caos sentimental y no poder decidir? Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que he sido yo el que le he puesto en bandeja la opción más lógica. La más coherente. La del hombre que lucha por ella frente a la del chico que escurre el bulto y no pelea. Y se acabó. He tomado una decisión y la voy a llevar a cabo hasta su última consecuencia. Sin temblar, dejando que poco a poco sea consciente de que yo soy su única y verdadera elección. No tengo prisa. Tengo una vida entera para hacer que se enamore de mí y sé que lo conseguiré. El verdadero Daniel ha estado escondido, amordazado y perdido desde que me enamoré de ella. Pero no voy a consentir perderla una vez más. Soy irresistible con todas las mujeres que me rodean. ¿Va a ser ella la excepción? Me niego. No lo acepto. Y al menos si fracaso, no podré recriminarme que no lo intenté. No podré llorar ni sentirme estúpido, como me siento ahora. Así que voy a sacar el coraje necesario y hacer lo que debería haber hecho desde el primer día. Agarrar con fuerzas las riendas, sonreírle y demostrarle que conmigo encontrará la felicidad. Y si aun así prefiere a Ángel, si sigue pensando que es mejor para ella, no la molestaré más. Pero no se lo voy a poner tan fácil. Mientras me siga diciendo que me quiere, mientras desee mecerse entre mis brazos y besar mis labios, es que algo siente. Hasta que no me diga que no quiere estar conmigo, tengo la puerta abierta para intentar que su mundo gire en torno al mío y que no tenga necesidad de buscar nada en otro cuerpo. Estoy en la fiesta, sonrío y hablo de un modo automático con la gente, pero en mi interior planeo cómo me puede seguir para siempre. Estudio los pasos que debo dar para conseguir que deje atrás sus miedos, sus dudas, sus inseguridades. Sí, me voy a California. Y va a ser una experiencia increíble. Pero incluso desde allí voy a trabajar duro para demostrarle que soy la clase de hombre que quiere para su vida. Su salvavidas y su refugio. Su alegría y su luz. La gente me va felicitando por el año tan bueno que estamos viviendo, por lo que viene. Familia, colegas, muchos buenos amigos... Incluso los sevillanos, a los que finalmente acabé entendiendo y con los que he aceptado que nunca nada volverá a ser igual pero

que eso no quiere decir que no nos sigamos apreciando. Pero apenas puedo vivir el presente, el instante. No consigo mantener una conversación mínimamente sensata. Solo puedo pensar en que por fin he dado con la solución. Daré los pasos adecuados, planificaré las sorpresas y cruzaré los dedos para acertar. Así será, seguro. Sonríó al darme cuenta de que buscaba la solución en el lugar equivocado. Le dejaba a ella todo el peso, como si yo no tuviera nada que ver. Como si ella contara con las suficientes herramientas para saber si el amor que siente por mí es bastante para dejarlo todo. ¿Y yo? ¿Qué garantías le daba? ¿Cómo podía ella dejar escapar al que podría ser el «hombre de su vida» por el que podría ser solo un caprichoso consentido al que se le había antojado una chica más? De pronto, todo estaba tan claro y era tan fácil que me parecía hasta divertido. Ella me daría las gracias y yo simplemente la amaría. Con todo mi corazón. Convirtiéndola en la mujer más feliz del mundo.

Por fin he podido dejar de pensar en ella y disfruto con toda la gente bonita que ha venido a desearnos un feliz viaje. Es un poco estúpido, sé que algunos lo piensan: «¿Se van dos meses y hacen una fiesta?», pero por otra parte, ¿por qué no? Si a nosotros nos apetecía y queríamos quedar con nuestros amigos, pues montamos un fiestón y arreglado. Mi radar de hermano gemelo me dice que algo no va bien con Jesús. Me acerco y le pregunto bajito si quiere que hablemos.

—No, tranquilo, estoy bien.

—¿Seguro?

—No, pero no quiero hablar ahora. Ya te contaré.

—Lo que tú digas.

—¿Y tú?

—Yo estoy mejor que nunca. He pensado mucho y, de pronto, he visto la luz. Ya te explicaré la conclusión a la que he llegado.

—Vale, hermano.

—¿Chupito?? —grita Robin desatada. Y Rebeca y Agus la siguen divertidos ante la atenta y seria mirada de mi hermano.

—Tío, no te rayes. Que te veo venir...

—He querido no creerlo todo este tiempo... Pero me temo que mi olfato no me engaña.

—Jesús, que nos quedan dos meses muy largos por delante, no te vuelvas loco.

Robin, apoyada en la barra, busca divertida a Jesús con la mirada. Este finge estar pasándose lo igual de bien que ellos y me arrastra a tomarnos un chupito.

Unas cuantas horas después lo hemos dado todo. Hemos bailado, cantado, reído e incluso he hecho de DJ. Está feo que lo diga, pero he sido el alma de la fiesta. Aunque Robin ha intentado hacerme sombra. Casi me supera a divertida cuando se ha subido a la barra, ha pronunciado un discurso que apenas hemos entendido y ha terminado cayéndose a plomo ante las risas y la preocupación (por ese orden) de todos. Pero luego me he puesto a animar por el micro pinchando canciones que todos recibían con una ovación y me los he metido en el bolsillo. Y lo mejor ha sido cuando he tonteado con una de las amigas de Robin. Llevaba toda la noche mirándome con ojos golosones y estaba buenísima. Sonaba la canción de Narcos, las luces se encendían y se apagaban porque nos estaban echando, y todos me habían hecho un corrillo para animarme porque lo estaba dando todo y cantaba el tema como si me fuera la vida en ello. Entonces, de pronto me sentí actor, cogí a la niña de la mano, la atraje hasta el centro del corro y, como en una película, bailé con ella de un modo sugerente que todos aplaudieron.

—Cómo te gusta dejarlas ahí babeando, ¿eh, cuñado?

—A ver si es que tú también quieres probarme, Robin...

—¡Eh! Aléjate de mi novia —me grita Jesús.

—Sabéis tan bien como yo que un día te confundirás de gemelo y yo me callaré para que nos riamos después. —Y lo digo totalmente en serio.

Mi hermano y Robin se despiden de mí con un abrazo a tres.

—Nos vemos mañana, hermano. Me voy a dormir con Robin.

—Sí, ahora lo llaman «dormir», ¿verdad, Agus? —Y él me ríe la gracia como si nada.

La verdad, intento estar alerta y observar algún comportamiento extraño, pero lo veo todo normal. Mañana le insistiré a Jesús en que no debe ver cosas donde no las hay. Especialmente ahora que nos vamos a Cali. Paso de dramas.

Me despido de los que quedan negándome a acompañarles al karaoke de enfrente y me subo al primer taxi que veo libre. Saco el móvil y, aunque son las cinco de la mañana, decido que esta puede ser la primera de muchas sorpresas. El primer detalle de un cambio.

Hola, pequeña. Lo he estado haciendo muy mal, pero he encontrado la solución. Estoy feliz porque, aunque tú aún no lo sabes, lo nuestro acabará bien. ✓✓

Enviar.

**Robin**

Me da pena que no sigamos la fiesta con los demás. Seguro que ahora llega la mejor parte. Siempre pasa lo mismo. Puedes estar mil horas con tus colegas, incluso aburriéndote con ellos, y justo cuando tú te vas, de pronto, surge la magia y ocurre lo mejor de la noche. Algo tan genial y maravilloso que nunca jamás vuelve a repetirse. Sí, has estado prácticamente toda la noche con ellos. Algo así como unas siete horas. Y al día siguiente todos hablan del «mejor momento de la noche» que, justamente, ha sido en ese ratito de unos diez minutos en el que tú ya habías cogido el taxi. Toda mi vida recordaré unas vacaciones en las que habíamos alquilado una casita un grupo de amigos. Todos los días íbamos a la playa. Intentábamos surfear y no había olas. El agua estaba sucia y llena de medusas. El sol y el calor hacían que comer en la playa fuera un reto imposible y asfixiante. Una mañana me desperté con la regla. Me dolían muchísimo los ovarios y no me apetecía nada bañarme. Así que decidí quedarme en casa. Mis amigos se marcharon y volvieron como a las cuatro horas. Ese día había sido mítico. Olas perfectas, agua cristalina, temperatura ideal. Llegaron y no hablaban de otra cosa. La de veces que escuché: «¡Tenías que haber venido!». Desde entonces odio irme la primera de los sitios o perderme quedadas. Pero Jesús había insistido tanto... Eso es lo malo de salir con tu pareja, que te tienes que adaptar. Bueno, en realidad eso es lo malo de tener pareja, así en general.

—Todavía no me has dado la buena noticia.

—¿Qué buena noticia? —Me hago la loca.

—Venga, Robin, dímelo ya. Dime que vendrás a verme.

—Espero que me hagas un hueco... la última semana.

—¿Sí?

—¡Sí! He convencido a Félix.

—¡Bien! Pues sí que te haces de rogar, ¿eh? La última semana... Pero, bueno, así ya lo conoceré todo bien y te podré hacer de guía.

Llegamos a mi calle y bajamos del coche, tranquilos, cogidos de la mano. Ya no tenemos esas ansias de comernos a besos como antes. Ahora es todo más adulto, más tierno. Subimos en el ascensor en silencio. Jesús está serio, concentrado, mirándome con amor. Lo quiero tanto. Se acerca despacio sin dejar de mirarme y me da un beso. Como si de un calambrazo se tratase, me pasa una descarga eléctrica de pasión. Entramos en casa y antes de cerrar la puerta se abalanza sobre mí. Me gira y, estando uno frente al otro, me devora con la mirada. Ese traje le queda tan bien. Lleva la pajarita colgando y la camisa desabrochada. Ha lanzado la chaqueta sobre el sofá y amenaza con que yo sea la siguiente. Pero me anticipo y lo beso. Sus labios carnosos recorren los míos con necesidad. Quizá lo de que «ya no tenemos esas ansias de comernos a besos» no iba con él. Baja a mi cuello y se hunde en mi pecho. Mete su mano entre mi pelo trenzado y me acaricia la

nuca. Baja hasta mi espalda y me abraza con todas sus fuerzas, como queriendo fundirse conmigo.

—Nunca había querido a nadie así —me dice. Y me vengo abajo. ¿Cómo se puede ser tan bonito?

—Mi niño.

—Tu niño. Siempre. Aunque la distancia nos golpee.

—Aunque en unas semanas me sienta tan sola que te odie fuerte.

—Siempre te querré.

—Y yo a ti, pequeño.

Nos besamos hasta que nos escuecen los labios y nos entregamos sin medida, buscando estar lo más cerca posible. No pienso. Solo disfruto del roce de su piel desnuda en contacto con la mía. Él, cada vez más guapo, más rotundo, más atlético. Su olor me hace perder la cabeza. Aunque también me hace pensar un momento en Agus, una cuestión que me incomoda. Consigo expulsarlo rápido de mi mente para volver a centrarme en Jesús. Porque no solo huele al perfume que comparten. Se mezcla con su olor personal y se reavivan todos los instantes bonitos que hemos vivido. Lo adoro. Estar con él es un regalo que no puedo dejar de agradecer al universo. Me sorprende que me haya tocado vivir algo tan especial, tan real. Haber tenido tan buena suerte. Lo sé, Jesús no es un novio normal y yo no quiero que lo sea. No puede esperarme cada día a la salida del trabajo, ni llevarme los domingos al cine. Jesús es un alma libre, un artista. Y nunca podrá hacer planes ni prever dónde va a estar. Pero yo tampoco tengo un trabajo fácil, no puedo quejarme. De hecho, lo que pienso es que quizá está hecho a mi medida. Aunque unos cuantos años menor... (Me intento convencer a mí misma).

—Iré a verte y ya no me querrás —le digo en broma, y temo que sea una premonición.

—Lo mismo eres tú la que deja de quererme —me contesta él, serio, con los ojos clavados en los míos y los morros de niño con berrinche.

Me río y le muerdo el labio inferior. Acaricio todo su cuerpo intentando memorizar cada centímetro. Procurando grabar en mis huellas dactilares cada recoveco, peca, mancha o cicatriz. Él se deja hacer y va soltando gemiditos de placer por las cosquillas que le produce el paso suave de mis dedos. Nos damos una buena sesión de despedida que no solo no nos sacia, sino que nos deja más sedientos. Hay gente que dice que la distancia no es más que una circunstancia física. Que si te concentras y eres consciente de que estás con la persona adecuada, llegas a sentir que está a tu lado y se te pasan rápido los días. Yo no lo vivo así. Yo me voy acostumbrando a la soledad, al silencio. Me cuesta contarle por teléfono las cosas que le diría cenando. Y encima se marcha a Los Ángeles. ¡LA! Con la de experiencias que le esperan allí. Y solo tiene 18 años. Me siento estúpida al haberme enfadado alguna vez porque viajaba demasiado. Es absurdo quererlo solo para mí. Y muy injusto. No soy así. Precisamente porque lo quiero mucho, me preocupa que pierda sus días enamorado de una chica mayor a la que apenas ve. Pero mientras él quiera seguir a mi lado, no seré yo la que le ponga barreras a nuestros sentimientos. Ya lo probé y no salió bien.

Nos dormimos abrazados. No sabría decir dónde acaba mi cuerpo y dónde empieza el suyo. Me muevo despacio para no despertarlo. Pero gruñe suave y vuelvo a quedarme quieta. Es imposible no molestarlo. Su piel está pegada a la mía. Es la sensación más agradable del mundo. Así que aprovecho y la saboreo, sabiendo que no volveré a sentirlo hasta dentro de muuuucho tiempo. Porque casi dos meses son muchos días, muchas horas y demasiados segundos cuando estoy sin él.

—Te tendrás que despedir también de Madrid, ¿no? —le susurro al oído cuando considero que ya son muchas horas vagueando.

—Claro. Me quiero despedir de esta cama, de esa silla, de esa ventana, de ese armario



destartalado, de esa lámpara sin bombilla... Vamos, de mi sitio favorito de Madrid. —Tiene la voz ronca de cuando se acaba de despertar.

—No, va... En serio... —Me subo a horcajadas sobre él y lo zarando.

Cierra los ojos y se hace el dormido. Me ignora con media sonrisa. Creo que le gusta obligarme a estar encima de él, que le insista y darme largas. Pero acabo convenciéndolo de que deberíamos desayunar en alguna terracita al sol. Nos pegamos una ducha de domingo. Larga, sin prisas y en pareja. Nos vestimos con pitillos, camisetas, zapatillas de deporte y chaquetas vaqueras. Nos encanta ir conjuntados. Y encima nos han regalado unas truckers de Levi's customizadas en las que encargamos que pusieran nuestras frases. Él lleva en la espalda «*Are you shining just for me?*», y yo pedí que escribieran «*You never shined so brightly*». Además, en la parte delantera, me pintaron una ola. «¡Como sé que eres surfera!», me dijo supermono el artista que lo hizo. Jesús lleva en la solapa dos estrellas. «Una por Dani y otra por ti», le explicó a él. Tras el desayuno tardío o brunch, porque hemos engullido como auténticas bestias: tostadas de aguacate, zumo, café, huevos revueltos, bizcocho casero de naranja, beicon, tomate, más tostadas, yogur con fruta, granola, miel..., paseamos para bajar un poco el atracón. Hace un día precioso. El típico día primaveral madrileño en el que el sol es el protagonista y es muy agradable pasear o hacer ejercicio al aire libre. Nos vamos hasta el Retiro andando. Sin prisa, parándonos para besarnos. Cogidos de la mano, haciéndonos *selfies*... Hay mucha gente pero va todo el mundo a su bola y la mayoría son extranjeros, así que solo nos piden unas cinco fotos. Un gustazo no sentirnos observados en un paseo tan íntimo. Me vibra el móvil en el bolsillo del pantalón. Lo saco y es un mensaje de Rebeca.



¿Qué hacéis, tortolitos?

Y le contesto mientras le cuento a Jesús que estoy hablando con ella.

Pues cosas de tortolitos. ¿Cómo acabasteis vosotros?



Buf... ¡Del revés! Pero fue muy divertido. Tendrías que haber visto a Agus cantando Amiga mía de Alejandro Sanz. No me he reído tanto en mi vida.

Y ahí estaba. Ese gran momento increíble que me había perdido. La exageración de Rebe haciéndome pagar que me fui pronto.

¿No lo grabaste?



¡¡Sí!! Pero no sé cómo lo hice que solo se ve mi pie y no se oye nada...

Y rellena todo el chat de la caca con ojos. Entonces me pregunta:



Bueno, ¿comemos? Agus tiene la nevera vacía. Ni un café me he podido hacer...

¿¿¿Cómo??? ¿Estás en casa de Agus?



Relaja la raja, bonita, que te veo venir...

¡Quiero todos los detalles, golfita!



No hay nada que contar... Mi casa está lejos y soy una miedica... Fin de la historia.

¡No me creo ni una palabra! ¡Lo vuestro está escrito! Desde el primer día he intentado que os lieis.



Ay, Robin, qué ingenua eres a veces... Bueno, ya hablaremos. Pasáis de nosotros entonces, ¿no?

—Jesús, Rebe me dice que si comemos juntos. Está con Agus...

—¿Están juntos?

—Sí, al parecer se quedó en su casa a dormir pero le he preguntado en plan cotilla y me ha dicho que no pasó nada... No sé si creérmelo...

—Ya. —Se queda muy serio.

—¿Entonces? ¿Qué les digo?

—No sé...

—Mejor no. Estamos solitos hoy, ¿te parece? —Sé que está deseando pasar el día a solas conmigo.

—Sí, por fa.

—Claro, ahora se lo digo.

Le mando un mensaje a Rebe y le explico que mejor no quedamos, que preferimos estar a solas. Nos sentamos en la terraza de un restaurante de la calle Alcalá de vuelta a casa. Dejo mi móvil y mi chaqueta y entro al baño. Cuando salgo, Jesús me dice que he recibido un mensaje.



Rubita, anoche te eché de menos en el karaoke y hoy pasas de comer con nosotros... Vale, vale... Luego me pedirás que te lleve a sitios molones a cenar y pasaré de ti. A no ser que te pongas el vestido de ayer, que entonces haré cualquier cosa que me pidas, claro.

«Por favor, que no lo haya leído», pido para mí sin atreverme a preguntárselo para no darle mayor importancia de la que tiene. Qué pavo está Agus...

## Baby

Di por hecho que estaba de fiesta y no decía en serio lo que me envió en el mensaje a las cinco de la mañana. Sabía que estaban de celebración, por lo que vi en sus cuentas de Instagram. Estaba guapísimo con traje de chaqueta, por cierto. Soñé un par de noches con él y hasta ahora he dudado en si contestarle algo o no. Pero no sé qué decir ante esa maldita advertencia. «Hola, pequeña. Lo he estado haciendo muy mal, pero he encontrado la solución. Estoy feliz porque, aunque tú aún no lo sabes, lo nuestro acabará bien». ¿Qué querría decir con eso? ¿«Lo he estado haciendo muy mal»? Pero sí, hasta donde yo sé, la que se ha comportado fatal he sido yo. ¿«Lo nuestro acabará bien»? Yo había deducido que no querría volverme a ver nunca más. Así que estoy totalmente desconcertada. Y más aún cuando hace un rato me han llamado de la residencia para avisarme de que ha llegado un paquete a mi nombre. Lo han dejado en mi habitación. Como mi compañera, Gema, no ha ido a clase, lo ha recogido ella. Le he preguntado pero solo me ha dicho que era de un tal «hombre nuevo». Me tiene muy mosqueada todo este tema. No veo el momento de llegar a la residencia y averiguar qué es lo que me ha mandado. Intento sacarlo de mi cabeza y me paso la mañana distraída. Hoy tenemos ensayos intensivos porque, aunque ya hemos estrenado la obra hace semanas, hay cosas que no le acaban de gustar a la jefa y quiere que las cambiemos y las perfeccionemos. Es implacable. Ángel anda un poco decaído porque lo está volviendo loco. No le da la enhorabuena por su trabajo y solo recibe críticas. Dice que ya está acostumbrado pero yo sé que siempre confía en que las cosas cambiarán. He hecho varias amigas nuevas en la compañía. Me caen genial y no han sido tan intransigentes ni duras por el hecho de que sea la novia del hijo de los dueños. Quizá como venía con ellos cuando me conocieron, lo asumieron desde el principio. Paramos a comer media hora y Ángel me propone que demos una vuelta, que nos dé el aire. Nos ponemos a andar en silencio. Intento sacarle alguna palabra, para que se desahogue conmigo, pero no hay manera. No consigo ni que hable ni que vayamos a comer. Está como ido y al final me canso.

—Ángel, no voy a dar ni un paso más. Me estoy cabreando —le digo seria.

—¿Perdona? —Se gira indignado.

—Sí, tío. Estás enfadado... ¡Pues cuéntamelo! Pero no puedes guardártelo todo y no dejarlo salir. No sé si te has dado cuenta, pero llevamos un rato andando por andar. Y te pregunto pero no contestas. Tengo hambre y estoy cansada. Esto era un descanso, no una maratón.

Ángel aprieta los labios. Me mira furioso y, por fin, se derrumba.

—Intento hacerlo todo bien. Soy buena persona. Trabajador, perfeccionista... Tú sabes cuánto me esfuerzo... Y sigue sin ser suficiente. Estoy hartó.

Me siento la peor persona del mundo, porque encima yo le he engañado. El dolor me destroza por dentro.

—Estoy segura de que están orgullosos de ti.

—Sí, ya... Pues ya podrían demostrarme un poco de agradecimiento.

—Son así. Tu madre tiene fijación con los errores, le cuesta ver lo que está bien y alabarlo. Sabes que es habitual en esta profesión. Nos convertimos en obsesos de la perfección. Y para conseguirla, vamos puliendo los errores, los fallos, que lo acaban ocupando todo. —Me acerco poco a poco y acabo abrazándolo.

Él se resiste pero termina cediendo.

—¿Y a ti, Bae? ¿Qué te pasa?

Me pillaba totalmente por sorpresa. Sus ojos claros, tristes y apagados, me desgarran algo más de lo que ya estoy. No contesto.

Me he quedado muda, pero explico tanto con mi silencio que me da miedo. ¿Me estoy confesando? ¿Estará notando todo lo que llevo dentro? ¿O solo sospecha que las cosas no van bien? No puedo soportar mantenerle la mirada. Con lo hecho polvo que está, solo falta que le diga que no estoy segura de querer estar con él. Que he dudado y dudo de un «nosotros» que no acaba de coger forma, especialmente cada vez que llega Dani y lo destruye todo con una simple sonrisa. Me hundo en su pecho y lo abrazo fuerte pero Ángel no me corresponde. Es como si se hubiera rendido. El abrazo de alguien que empieza a resignarse y que se siente perdido. Me quiere tanto que no sé cómo me atrevo a hacerle todo esto. Debo obligarme a hacerle feliz. Si lo he escogido a él tiene que ser porque lo voy a cuidar y, de momento, no lo estoy haciendo bien.

Volvemos al ensayo tras los abrazos, la emoción y un yogur natural con frutos secos y cereales que nos da la energía suficiente para seguir trabajando con nuestro cuerpo. Está serio conmigo pero, al menos, ha recuperado la sonrisa y vuelve a ser el de siempre con los compañeros. Terminamos de ensayar y me lleva en moto a la residencia. Pasear por la ciudad con su Wendy me recuerda mucho a los días felices que pasamos en París. Seguro que a él también le invaden imágenes de nuestros días por allí. Al parar frente a la residencia, me bajo; nos quitamos los cascos pero él sigue subido a la moto. No parece tener intención de acompañarme a la habitación ni de estar mucho rato hablando.

—Antes te hice una pregunta.

—Lo sé... —Y de pronto vuelve a faltar oxígeno en el ambiente.

—No voy a insistir porque no quiero empujarte a decir algo que no tengas claro y que me haga daño... Pero, por favor, Bae, piensa bien y reflexiona.

—Créeme, me paso el día entero pensando...

—¿Y entonces?

—Pues supongo que nada es perfecto, que todo cambia, fluctúa y se transforma...

—¿Crees que el amor es algo que cambia constantemente?

—Puede.

—¿Y ahora ya no me quieres como antes?

—¿Y tú? ¿Me quieres como antes?

Se queda pensativo y luego contesta:

—No. Te quiero más.

Suena muy bonito pero me golpea duro en el estómago. Hubiera preferido que me dijera que él también duda, que no es fácil estar enamorado y que a veces es normal sentirse perdido. Que no me preocupara porque le pasa a todo el mundo. Que una relación siempre tenía altibajos. Pero ser la única que lo piensa me hace sentir peor persona.

—Yo solo digo que quizá es normal sufrir altibajos... Milán no me ha sentado tan bien como yo

creía...

—No sé si es normal o no... Pero sé siempre sincera contigo misma. Y cuando tengas algo claro, dime si estoy perdiendo el tiempo o si debo seguir luchando por lo nuestro.

Tras sus contundentes palabras, me da un beso y se despide de mí hasta mañana. Me voy arrastrando los pies hasta mi habitación. Soy mala persona. Lo sé. Pero dejo de pensar rápido en todo lo que nos hemos dicho para dedicarle todo mi pensamiento a ese misterioso objeto que ha llegado. Abro la puerta y el paquete está sobre mi cama. No es muy grande, diría que tiene el tamaño de una pecera mediana rectangular. Dejo las cosas y saludo por si Gema está en el baño. Pero no recibo respuesta, así que deduzco que ha salido y que estoy sola. Mejor. Así podré deleitarme y emocionarme si es necesario con el regalo de Dani. Porque es de él, seguro. Un «hombre nuevo». Dos palabras que no ha escogido al azar. Dejándome claro que ha madurado y que ha cambiado. Pero ¿qué querrá hacer? Porque él ha sido siempre muy bueno conmigo. Especialmente estas últimas semanas. He sido yo la loca que lo ha «manipulado» y lo ha llevado a situaciones incómodas presentándose en su hotel sin avisar, por ejemplo.

Me siento en la cama y coloco el paquete sobre mis piernas. Paso los dedos por el papel marrón del envoltorio, atado con un cordel. Vamos, el típico paquete antiguo. Podría venir de la montaña, estar repleto de mermeladas y miel, y no me sorprendería. Lo abro delicadamente porque quiero estirar al máximo este momento. Deslizo el cordel y poco a poco retiro el papel sin romperlo. Es una caja de cartón. Y tiene estampadas imágenes que me resultan familiares. Las miro atentamente y veo que son fotos de lugares que hemos compartido. El antiguo cauce del río de Valencia; El Saler; el restaurante en el que comimos paella; Nemiña; Madrid; la radio, que es donde nos conocimos; el Hard Rock Café; Pavía... Y tengo que parar de mirar porque las lágrimas no me dejan ver con claridad. Cierro los ojos y dejo que caigan por mis mejillas. Cuando recupero la visión, miro de nuevo con atención cada una de las imágenes que ha elegido para decorar la caja. Una de esas fotos me llama especialmente la atención. Es *Danisú*. Mi querido *Danisú*, a lo lejos, sobre una de las dunas que tanto le gustaban de El Saler. ¡Me acuerdo tanto de él y le echo tanto de menos! Me emociono y dejo de reprimir las lágrimas para que se desborden sin control. Me desahogo y me limpio con el dorso de la mano como puedo. Abro la caja y me encuentro una carta sobre un montón de libros. Está escrita a mano. Antes de empezar a leerla me la llevo a la nariz y aspiro el aroma que ha dejado al tocarla. La coloco de nuevo a la vista y me derrito con lo que ha escrito:

Todo se me ha hecho corto y efímero a tu lado, pero siendo positivo me he dado cuenta de que tenemos un buen puñado de recuerdos juntos. Calles que nunca más van a ser otra cosa que el lugar por el que paseé contigo, restaurantes que me saben a ti, paisajes que solo cuentan que te tuve entre mis brazos. Esta caja simboliza con el exterior todo lo que hemos sido, imágenes de los sitios que ya hemos hecho nuestros. Y con el interior, las sorpresas y aventuras que nos esperan, todo lo que podemos llegar a ser y seremos. Te quiero, princesa.

Me vuelvo a secar las lágrimas, ahora sonriendo por el detalle tan bonito que ha tenido. ¡Vaya día de emociones! Primero mi conversación con Ángel y ahora esto. Tan inesperado, tan especial. Me concentro en los libros que hay dentro y descubro que son todo guías de viaje: San Francisco, Buenos Aires, Manhattan, Cádiz, Berlín y Ámsterdam. Una de ellas lleva un post it encima en el que pone: «Quiero seguir construyendo un mundo de lugares que lleven tu nombre».

## Jesús

Y el avión despegando dejando tanto atrás... a Robin, y en mi mente se repite una y otra vez su imagen despidiéndose con la mano y una sonrisa triste. Se quedan también en tierra los miedos de ser artistas de un solo éxito, un grupo temporal que no acaba de despegar. La inseguridad de si valemos lo suficiente como para que la discográfica nos apoye todo lo que necesitamos para terminar de despuntar. Le decimos hasta pronto a un montón de fans maravillosas que han venido hasta el aeropuerto a desearnos suerte en Los Ángeles. Y a una familia orgullosa de sus pequeños, que ve cómo nos hacemos mayores y tenemos que enfrentarnos a un futuro inquietante y con muchas posibilidades. Porque no es solo un viaje más. Vale que hemos viajado mucho y que no es la primera vez que nuestra carrera da un paso de gigante hacia el éxito. Pero no sé bien por qué tenemos la sensación de que es EL VIAJE en mayúsculas. El que nos cambiará la vida y para el que no sé si estamos preparados. El momento clave en el que nuestra carrera dará un giro.

Una vez que ya estamos arriba y se estabiliza el avión, nos avisan de que podemos quitarnos el cinturón. Me reclino el asiento y me pongo cómodo. Nos quedan muchas horas de vuelo hasta Chicago. Y luego haremos escala y ya cogeremos el segundo vuelo hasta Los Ángeles. Buceo en las películas que tenemos y me encuentro con la nuestra. Con *La La Land*, que precisamente está ambientada en Los Ángeles. Me descalzo, me pongo el almohadón entre la cabeza y la ventanilla y la veo una vez más. Cada vez que lo hago encuentro nuevos matices, detalles que se me habían pasado por alto y que son sublimes. Una buena historia muy bien contada. El éxito como elemento principal. Perseguir los sueños. Algo que a veces nos nubla la razón y que en realidad es compatible con cualquier relación si te lo propones. Lo que estamos intentando Robin y yo. No poner freno a nuestros objetivos laborales, cruzar los dedos y poner cuanto podemos de nuestra parte para seguir juntos a pesar de que nuestros caminos nos obliguen a estar separados. ¿Funcionará? Entre manos tenemos una nueva prueba de fuego. Y he de reconocer que tengo un mal presentimiento... Pero no quiero dejarme llevar por él. No me precipitaré en sacar conclusiones. Hasta donde sabemos, el punto en el que estamos es que nos queremos cada día más y más. Estamos bien. Y que Agus esté ahí, mareándola, puede que haga más fuerte nuestra unión al no sucumbir a la tentación. Pero la verdad, espero que para ella no sea una tentación. Sacudo la cabeza evitando pensar en ellos. No sirve de nada que lo haga. Lo que tenga que pasar, pasará. Y yo solo puedo confiar. Ese es el camino que he elegido. El de estar fuera, el de hacer realidad mis sueños. Mi sacrificio es ese. Lo que dejo atrás. La realidad que debe continuar sin mí. Adaptándose a mis ausencias, pues si consigo mi objetivo cada vez serán más largas y continuas. Si quiero llegar lejos con mi trabajo, si quiero triunfar en más países, la otra cara de la realidad es la soledad de los hoteles, la cama fría y la vida sin los tuyos.

Se me pasa rápido el vuelo hasta Chicago. Bajamos y aprovechamos para comprar algo decente

de comer. Dani encuentra fideos de los que le gustan y se entusiasma como un niño pequeño. Lo veo cambiado, diferente, como si me escondiera algo.

—Hermano, te envidio. Te veo resplandeciente.

—Estoy feliz.

—¿Por algo más que el viaje a California?

—Sí. He empezado a desarrollar mi plan.

—¿Tu plan?

—Sí, voy a conquistar a Baby. Me cueste lo que me cueste.

—Pero...

—Jesús, me he dado cuenta de que si quiero algo, no va a estar ahí para mí porque sí. Que nosotros, precisamente, por nuestro estilo de vida, quizá tengamos que demostrar el doble para compensar las ausencias y las inseguridades de nuestras parejas. ¿No crees?

—Puede... —Y me quedo en silencio reflexionando sobre lo que ha dicho. ¿Cuáles serán esos planes que ha puesto en marcha para conquistar a Baby? Ya me dirá...

La segunda parte del viaje se hace más pesada. Cuando por fin llegamos a Los Ángeles, no puedo creerlo. Estamos emocionados, deseando ver el cielo, los coches, el color del mar. Lo primero que nos llama la atención es el calorcito pegajoso que hace. Se nota que estamos en la costa. Nos recoge un cochazo enorme. Uno de esos 4x4 americanos. Es negro y tiene como siete plazas. Casi necesitamos una escalera para subir. Como si fuéramos dos niños pequeños vamos dando grititos de emoción mientras lo cotilleamos todo. Es automático y tiene los asientos de piel, negros también. El chófer se llama Felipe. Es un mexicano que lleva diez años viviendo en California. Nos cuenta que han contratado el *transfer* desde España, desde la discográfica, y Jorge, que se ha subido de copiloto, confirma con él la dirección a la que nos dirigimos. Vamos a alojarnos en una casa que tendremos para nosotros durante dos meses en Marina del Rey, cerca de Venice Beach. Hemos llegado al atardecer y recorreremos la autopista repleta de coches, mientras no perdemos el tiempo y miramos por la ventanilla la puesta de sol, que ha dejado un cielo pintado de tonalidades naranjas. Una escena que es como si ya la hubiera visto. Las míticas palmeras bordeando el camino pasando rápidas y, por encima de ellas, un cielo impresionante. Y es que parece que ya conozco todo lo que veo. Lo he visto en películas, series y fotos de Instagram. Es como si volviese a un lugar en el que ya he estado y lo encontrase algo más viejo y polvoriento pero con la misma esencia. En la radio suena *Wild Thoughts* de DJ Khaled y Rihanna. Se me ocurre imaginar la de veces que habrá recorrido ella esta misma carretera y sueño con encontrármela en alguna de las fiestas a las que espero asistir. ¿Por qué no? Estamos en Los Ángeles. Mi hermano se pasa el rato llamándome la atención para que mire cosas que quiere compartir conmigo. Como cuando éramos críos y llegábamos a un sitio nuevo durante las vacaciones con nuestros padres. «Mira qué cochazo». «¿Has visto qué casa?». «Pero qué bonito está el cielo». Jorge se ríe al vernos tan emocionados y Felipe, el chófer, del que ya nos hemos hecho amigos, nos va contando cuáles son los sitios imprescindibles que hay que ver. Los mejores garitos, dónde comer... Yo voy anotando mentalmente e intentando retener cada nombre o lugar en la memoria. Porque prefiero arriesgarme a olvidarlo que perderme las vistas por ir apuntando en el móvil lo que nos dice. Estoy totalmente hipnotizado con el paisaje. Llegamos a una avenida muy grande que nos dice Felipe que está muy cerca de nuestro alojamiento. Me decepciona un poco que sea allí porque pasan muchos coches, hay mucho ruido, restaurantes, bullicio... Pero, de pronto, abandonamos esa gran vía para adentrarnos en una callecita que lleva a una zona residencial. Aquí no se oye prácticamente nada. Solo hay casitas de dos o tres plantas, coches



aparcados fuera y un montón de palmeras y verde alrededor de cada casa.

—*Welcome to Marina del Rey*—dice Felipe.

Nos explica que es un barrio genial y que está muy cerca de Venice Beach. Bajamos del cochazo de un salto y nos estiramos y desperezamos a la vez. Entre los cuatro cargamos las maletas y vamos a la casa que nos señala Felipe y que tenemos justo delante. Es blanca y sencilla, moderna. Desde fuera parece inmensa. Entramos y se confirman las sospechas.

—Cabén nueve personas—nos dice Felipe mientras nos cuenta que tiene cuatro habitaciones dobles y que en una de ellas hay una cama nido.

Flipamos muchísimo con lo bonita que es. La cocina está abierta al comedor creando una sensación de amplitud brutal. Además, toda la estancia se hace aún más grande con una terraza preciosa, que tiene unos ventanales que se agolpan a los lados con unos raíles que apenas se notan en el suelo, dando la sensación de ser un mismo espacio todo: la cocina, el comedor y la terraza. Las paredes, los muebles de la cocina y las sillas de la mesa son blancas; el suelo y el techo de madera; los dos sofás inmensos, que tienen todo el protagonismo del salón y que parecen comodísimos, son grises y hay muy pocos elementos de decoración que molesten o distraigan. Todo parece nuevo, con mucha luz, ventanales por todas partes y unas barandillas metálicas para las escaleras que son el único color oscuro de la casa. Me siento a gusto y cómodo desde que he entrado por la puerta.

Felipe se pone a hablar por teléfono. Al colgar nos cuenta que acaba de hablar con Gabriel, supongo que será alguien de la discográfica, y que vendrá en unos minutos para contarnos un poco el *planning* de estos días. Nos invita a que nos demos una ducha tranquilos y dice que no quiere molestar demasiado ya que imagina que estaremos agotados. Y acierta. Nos despedimos cariñosamente de él y, en cuanto sale por la puerta, gritamos de emoción. Hago un fotón de la puesta de sol desde la terraza y la subo a Instagram. Recorro una y otra vez todas las habitaciones. Elijo la que está arriba del todo y que tiene mejores vistas. Me lanzo sobre la cama rebotando varias veces y Dani se tira encima de mí. Deshago un poco la maleta. Solo lo justo para poder cambiarme de ropa. Me voy al cuarto de baño que está junto a mi habitación y me quedo un rato mirándolo. Tiene una ducha con mampara, unos muebles marrones claritos muy molones y un azulejo color crema. Todo muy sencillo pero superbonito. Me pego la ducha del siglo. No sé cuánto rato estoy. Me relajo sintiendo el agua calentita en mi cuerpo. Ha sido un viaje largo y tengo el estómago chispeando de emoción. Estoy deseando salir a tomar algo para conocer un poco la ciudad.

Cuando termino, me visto y bajo a la terraza en la que ya me esperan arreglados Jorge y Daniel. Han encendido las velas y una ristra de bombillas de colores que cruza la terraza, un recurso de decoración «muy californiano», según nos dice Jorge. Está todo precioso. Hablamos de que necesitaremos un coche de alquiler, aunque probamos cómo funciona Uber y vemos que hay muchos coches disponibles, así que imagino que tiraremos de ellos. Nos servimos unas bebidas fresquitas y analizamos la calle, vemos Google Maps para situarnos y trazamos algunos objetivos. No nos queremos ir sin ver Santa Mónica, Malibú, Hollywood, Beverly Hills... Creamos con ansia una ruta para los próximos días y llaman a la puerta. Voy a abrir yo, mientras le doy golpecitos a mi tupé para que se quede como me gusta. Me echo un vistazo antes de abrir y superviso que está perfecto. Me estiro la camiseta, que de estar doblada en la maleta se ha quedado un poco arrugada, y me coloco bien el pitillo que me aprieta un poquito. Lo quiero siempre tan estrecho que a veces se me va la olla. Doy por hecho que quien ha llamado es el tal Gabriel que nos decía Felipe. Abro la puerta y me quedo como un pasmarote. Creo que hasta

tartamudeo al saludar. Me ha dejado completamente embobado la que quizá sea la chica más increíble que he visto nunca.

—Hola, ¿eres Jesús o Daniel? —me dice.

Y yo que por el nombre de Gabriel me esperaba a un chico...

**Robin**

Me he aguantado las lágrimas mientras me miraba. He sido fuerte y me he contenido hasta que él se ha dado la vuelta por última vez. En ese momento, me he desmoronado como hacía tiempo que no me ocurría. Me he ido al cuarto de baño deprisa y he conseguido parar la «hemorragia» a tiempo, antes de parecer un mapache con el rímel corrido. Por mucho que recompongo el maquillaje, me miro al espejo y no me reconozco. Estoy muy triste. Demasiado. Es como si algo más se hubiera subido a ese avión con Jesús. Algo más que él y sus abrazos. Algo que no sé explicar pero que mi intuición me dice que no volverá jamás. Me obligo a no dramatizar. Es lógico que me dé bajón, y seguro que cuando pasen siete semanas y vuelva al aeropuerto para volar a California me reiré de esta sensación tan tonta, todo por miedo a perderle. Voy a casa y cargo las cosas en el coche. Quiero salir lo antes posible para llegar pronto a Ribadesella. Estoy deseando volver a Santa Marina Surf Camp, la escuela de Fran Alfonso. Mi gran amigo, al que echo tanto de menos y al que llevo tanto tiempo sin ver. Sí, el ex de Rebeca. Dicen ambos que ya están bien, que lo han superado. Que están preparados para volver a verse. Así que ella se viene conmigo y también Agus. Últimamente somos inseparables los tres. Veremos si no se presenta ninguna situación incómoda entre Rebe, Agus y Fran, porque aunque insisten en que no hay nada entre ellos, yo creo que se gustan. El primero que llega es Agus y le pido que me ayude a subir mi tabla de surf a la baca del coche.

—¿Me dejas verla antes?

—Claro. —Abrimos juntos la funda y le muestro mi tesoro más preciado.

Le explico sus cualidades, cuánto tiempo tiene y el único golpecito que le hice un día tonto bajando un acantilado con la tabla en brazos. Parece que entiende lo mucho que me dolió hacérselo. Sobre todo de esa manera tan estúpida. Pasa sus dedos suavemente por el golpe y continúa acariciando con dulzura el canto de la tabla. Lo hace entrecerrando los ojos y observando concentrado el material, como si fuera un entendido.

—¿Me la dejarás probar?

—Pero... esta tabla es muy pequeña para ti. —Le cuento que es para alguien que controla de surf, no para principiantes. Y menos para alguien de su estatura—. En Santa Marina, Fran tiene tablones con los que podrás empezar.

—Ah, vale... —contesta feliz.

Rebeca llega tarde y hecha un manojo de nervios. Habla sin parar, además cosas sin sentido, atolondrada y desquiciada.

—¡Rebe! —le digo frenándola mientras sujeto sus muñecas—. Relájate. Entiendo que estés nerviosa, pero tienes que intentar controlarte o lo pasarás mal y será una experiencia terrible.

—Ay, Robin, es que no sé cómo reaccionaré al verlo. ¿Y si me hundo en la miseria? ¿Y si

quiero salir corriendo y no aguanto estar a su lado?

—Pues si pasa eso nos iremos. Y punto. Pero si crees que necesitas verlo para terminar de superar vuestra ruptura, no debes echarte atrás. Eso sí, si no estás preparada, aún estás a tiempo de quedarte en Madrid.

Me mira con ojos de gatito de Shrek y le doy un beso en la frente. Agus, que se había hecho un poco el loco y se había apartado para que hablásemos tranquilas, se acerca y abraza a Rebeca. «Todo irá bien y nosotros estaremos contigo», puedo escuchar que le susurra. Qué mono. Y luego dicen que no hay nada entre ellos. Claro. Y yo voy y me lo creo. Pero, bueno, es normal que vayan despacio teniendo en cuenta que Rebeca aún siente algo por Fran. Espero que sea buena idea que vayamos todos a visitarlo. He hablado con él para reservar dos habitaciones y aunque ha negado haberlo pasado mal, a mí no me engaña. Creo que tiene tantas ganas de que vayamos como miedo de sufrir al encontrarse de nuevo con Rebe.

Llegamos a Ribadesella tras parar un par de veces y muertos de risa escuchando algunos de nuestros programas favoritos, *Ilustres ignorantes* y *La vida moderna*. Se nos ha pasado el trayecto volando. Llegamos a la calle de Santa Marina Surf Camp y reduzco la velocidad. Aún no he aparcado cuando vemos a Fran, descalzo, hablando con un chico que ha venido a la escuela para perfeccionar su surf. Lleva el neopreno a medio poner, colgando la parte de arriba a la altura de la cintura. Cuando nos ve, le pide disculpas al muchacho y se acerca a saludarnos con una sonrisa y los brazos abiertos.

—¡Bonito! —le grito desde el coche.

—¡Bienvenidos a Santa Marina! Qué ganas tenía de veros.

Se asoma por la ventanilla y, tras acariciar mi brazo, mete la mano ofreciéndosela a Rebe. Ella le da un apretón de manos que dura solo unos segundos, pero puedo sentir la electricidad que emiten al tocarse. Acto seguido nos señala dónde podemos aparcar.

—Venga, daos prisa que llegáis a tiempo de daros un bañito.

Y yo me empiezo a poner nerviosa. ¡Tengo tanto mono de surf que no veo! Aparco rápidamente, salimos del coche y les digo que me voy a acercar a la playa a ver las olas. La escuela de Fran está en segunda línea de playa. Desde su calle, que da al paseo, se ve el mar. Disfruto del olor a sal y de la humedad que de pronto me envuelve. Saboreo las sensaciones del norte. Amo Asturias. Un simple vistazo es suficiente para que aumente mi *hype*. Grito y salto de emoción.

—¡Vaaaaamos! ¡Que se acaban!

Me pongo el neopreno en el precioso jardín de la casa mientras voy admirando lo bonitas que están las plantas en esta época. Le pongo parafina a la superficie de la tabla para evitar resbalones en el agua y me despido de los chicos, que van más lentos por la falta de costumbre. Se van a unir a una clase de principiantes que va a empezar ahora. Hace sol pero no calienta demasiado y a pesar del neopreno se me eriza la piel al meterme en el agua. Remo rápido y con energía, para entrar en calor lo antes posible. La sensación es tan maravillosa que siento que voy a llorar. El cielo está precioso, las olas tienen el tamaño perfecto. Rompen dulces, abriendo a derecha y a izquierda, con la fuerza suficiente como para llevarme con facilidad, sin necesidad de agotarme remando. Me cojo un par y me relajo un poco. No quiero que me llamen la atención. Se me nota el ansia de que vivo en Madrid, lejos del mar. Observo un poco mejor el pico y me encuentro con un par de amigos. Ni siquiera había reparado en ellos de lo desesperada que he entrado.

Me encanta este sitio. Aquí he cogido algunas de las mejores olas de mi vida. Aquí he pasado tantas horas subida a mi tabla esperando la ola perfecta que he podido agradecer al universo lo mucho que amo la naturaleza. Me cojo una ola de esas que te provocan incluso lágrimas de

felicidad y vuelvo al pico, al lugar donde se coge la ola, muy emocionada. Ha sido increíble. De camino, miro a los demás surfistas. Me llama la atención el estilo de uno de ellos. No es muy pro pero tiene esa gracia natural que no todos poseen. No sé quién es, pero sí me parece reconocer la tabla. Juraría que es una de las de Fran. Me fijo mejor en él y veo que tiene el pelo larguito y que se parece a... ¡Agus! Me quedo loca. ¿Es Agus? ¿Sabe surfear? Me quedo detrás de la rompiente, sin coger ninguna ola, esperando a que el misterioso chico suba. Cuando se acerca, veo que efectivamente es Agus.

—Pero ¿cómo no me lo habías dicho? —le suelto medio indignada, medio sonriendo.

—Bueno, es que no tengo ni idea...

—¿Cómo que no?

—Cuando era pequeño veraneaba en Cantabria y mi madre me apuntaba todos los veranos a campamentos y escuelas de surf. Pero ahora hace mucho tiempo que no surfeo.

—Pues tienes un estilo supermolón.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—¡Sí! Muy elegante. Me sorprende que sabiendo no necesitaras practicarlo.

—Ya, la verdad es que lo echaba de menos.

—Agustín, eres una caja de sorpresas, amigo —le digo remando para coger un olón que se acerca a nosotros.

Exprimimos hasta el último momento en el agua. Hasta que el mar se hincha invadiendo la arena con la marea alta. Ha sido genial volver a surfear, especialmente aquí y con Agus, que es un auténtico crack. Da gusto verlo. Y qué buena la sorpresa que me ha dado, me ha dejado loca. Al final hasta le he dejado mi tabla. Se ha cogido unas cuantas olas con ella. Al acabar, de cachondeo, me la ha devuelto diciendo «boom». Me lo merezco por bocazas, por decirle que no era para su nivel. Pero claro, ¿cómo iba a saber yo que surfeara si no me lo había contado!

Salimos del agua hambrientos. Nos pegamos una ducha calentita y sacamos nuestras cosas del coche para subirlas a las habitaciones. Cada una tiene el nombre de una playa de por aquí y a Rebe y a mí nos ha tocado Bayota, una playa preciosa a la que tengo que llevarlos porque me dicen que no la conocen. Agus está en la habitación de al lado, y se pasea arriba y abajo emocionado con lo mucho que le gusta la casa. La verdad es que nosotras ya estamos acostumbradas, pero la primera vez que la ves impacta. Es tan bonita. Una antigua casa indiana de la primera mitad de siglo con una preciosa escalera de madera en el centro que divide la segunda planta en dos. Con zonas comunes y acogedoras, habitaciones que dan al jardín o a la parte trasera de la casa, que da al paseo del Malecón. Unas vistas idílicas. No puedo esconder que estoy enamorada de cada rincón de esta casa.

—Hoy hacemos barbacoa para celebrar que habéis venido —me dice Fran cuando nos cruzamos en el jardín mientras se le pierde la mirada tras Rebeca.

Ella juega divertida al ping-pong con Raúl, otro amigo que también es profesor de la escuela. Está resplandeciente. Le ha sentado genial el baño. Lleva su preciosa melena suelta, un vestido largo y una chaqueta vaquera. No sé qué es exactamente, pero tiene una luz especial. Se ríe a gusto cada vez que lanza demasiado fuerte la pelota, captando la atención de todos. Yo la observo divertida sentada en un banco mientras me tomo un plátano que me sabe a gloria, recuperándome de la sesión de surf.

—Gracias por traerme, rubita —me dice Agus al sentarse junto a mí.

—De nada.

—En serio, me encanta. Todo un descubrimiento.

—¡Y eso que aún no has probado el cachopo!

—¡Ni la fabada! —dice Fran al pasar por nuestro lado. No para de un lado a otro, recogiendo y organizándolo todo.

Nos reímos de lo gochos que somos. Lo cierto es que surfear aquí está íntimamente relacionado con comer bien. Normalmente, demasiado. Han empezado a hacer las brasas para la barbacoa y la mezcla de olores que me llega me hace sentir que estoy en casa.

—Algún día me vendré a vivir por aquí.

—Otra. —Se le escapa a Rebeca.

Fran clava su mirada triste en ella.

—¿Os ayudo a algo? —pregunto para cambiar rápido de tema.

—Pues la verdad es que nos hemos olvidado del pan... Iba a ir yo, pero si me haces ese favor... —dice Fran.

—¡Claro!

—Voy contigo —dice rápidamente Rebeca.

Nos metemos en el coche y la miro interrogante.

—¿Qué? ¿Cómo te sientes? —le pregunto cuando veo que no se anima a decirme nada.

—Bueno...

—Ay, no te hagas tanto de rogar.

—¿Qué pesada, Robin! Es que..., no sé... Estoy bien, puedo aguantar...

—Pero ¿se han avivado tus sentimientos o crees que lo tienes superado?

—No te puedo decir aún...

—¿Y Agus?

—Agus, ¿qué?

—Pues eso... Que qué tal con él. Hija, te lo tengo que sacar todo con sacacorchos...

—Pero ¿de verdad eres tan ingenua?

—¿A qué te refieres?

—Robin, Agus está coladito por ti. ¿Cómo puede ser que no te hayas dado cuenta?

**Daniel**

California me está enamorando. Llevamos solo unos días pero ya estoy familiarizado con la calle en la que vivimos. Las palmeras, la casa blanca, los adosados marrones, esa señal de tráfico que tanto llamó mi atención el primer día, la ranchera de los vecinos aparcada junto a nuestra puerta y el olor a césped recién cortado cada día del terreno de nuestra casa. Tenemos una guía maravillosa. Se llama Gabriel, así, sin la otra «ele» ni acabado en «e». Gabriel y no Gabrielle, como yo creía que era el nombre en femenino. Nos lo ha contado en modo automático. Imagino que estará cansada de hacerlo. La típica pregunta que le hace todo el mundo. Dice que es cosa de su padre, que se empeñó en que fuera así. Tiene 18 años y trabaja para nuestra discográfica. Lo cierto es que está de becaria y lo hace para ahorrar y poder ayudar a su familia con los gastos de sus estudios. Como quiere dedicarse a la industria de la música, está encantada con este trabajo. Es como nuestra asistente, la que lleva nuestra agenda aquí y nos acompaña a las diferentes reuniones y grabaciones que tenemos planificadas. Además, está la compañía entera volcada con nosotros y hemos conocido prácticamente a toda la plantilla de Los Ángeles. Pinta genial el futuro que nos espera.

Hoy tenemos la tarde libre y nos hemos venido a pasear por Venice. Tras ver el paseo de la playa, tan peculiar y entretenido, estamos por las calles de la zona. Están repletas de tiendas de ropa impresionantes y de restaurantes molones. En uno de los escaparates veo un *outfit* en el maniquí que me recuerda al estilo de Baby. Una camiseta que deja al aire toda la tripa, un pantalón vaquero megacorto, una especie de batín de esos que llevan las chicas últimamente y un collar de plumas. Seguro que si estuviera aquí, ella diría un montón de nombres técnicos para describirlo todo. Entro, pregunto el precio y lo compro. El look entero. Además cojo unas sandalias que dice la dependienta que le pegan mucho. Le pido que me lo envuelva y organizo el envío a España. Jesús, que había parado a comprar un *smoothie* de fruta, está con el ceño fruncido buscándome de un lado a otro de la calle.

—¿Dónde estabas?

—Comprando.

—¿Qué te has comprado?

—Todo eso. —Y señalo la ropa del escaparate. Me entra la risa al ver la cara de loco de Jesús, que no entiende nada—. Mi plan, acuérdate... —digo sonriente.

—Tú estás tarado.

—Lo que estoy es enamorado. —Y suspiro mientras se me escapa una sonrisa.

Sé que va a suceder. Es como si lo hubiera visto. Como si desde aquel día entendiera que no hay nada que pueda parar algo tan bonito. Que nos pertenecemos y solo es cuestión de tiempo que ella lo descubra. Me doy la vuelta y veo a Jesús con la mirada perdida, sumido en sus

pensamientos.

—Por cierto, ¿tú qué tal? ¿Cómo llevas la distancia? No te estás quejando nada... —Estoy un poco mosqueado ante su actitud. Algo no me cuadra.

—¿Yo? Ah... Ya... Supongo que nos vamos acostumbrando.

—¿Los dos?

—Sí... Fíjate que hemos pasado varios días sin escribirnos.

—¿Y eso?

—No sé. Estuve tan ocupado y tan emocionado con todo lo que veía que se me olvidó avisar a Robin de que había llegado.

—¿Y ella?

—Se fue a surfear. Tenía tanto mono que ni cayó en llamarme.

—Ajá... —Qué raro todo.

—A ver, Dani, no te rayes, que simplemente somos una pareja estable que asume la distancia con madurez.

—Ok, bro. —Y lo dejo estar. No seré yo el que genere un malestar en mi hermano.

Nos pasamos la tarde comprándonos ropa que nos viene de coña para los eventos y fiestas que tenemos en los próximos días. Entre ellos, el fiestón en casa de Ariana, que nos ha dicho que será dentro de dos semanas. Pasamos por delante de una pizzería muy pequeña, pero de la que no para de salir gente con una porción de pizza que nos llama muchísimo la atención. Es como una ensalada picada, enorme, sobre la masa.

—¿Cenamos aquí? —me propone Jesús.

El sitio se llama Abbot's Pizza Company.

—Vale. Tiene buena pinta y está a tope.

Entramos en el pequeño local y conforme abrimos la puerta, nos golpea un olor delicioso. ¡Qué hambre! Suena Enrique Iglesias con *Súbeme la radio* y al acabar nos quedamos sorprendidos con la voz del locutor: es una emisora latina. Preguntamos si hablan español y nos contestan con una amplia sonrisa que sí. Les pedimos recomendación y nos señalan la pizza de ensalada. De cerca tiene aún mejor pinta, y la sirven con aguacates frescos de California por encima.

—Dos de esa, entonces.

—¿Chicos? —Escucho a mi espalda.

Me giro y me encuentro con Gabriel saludándonos con emoción.

—Eh, ¡hola! ¡Qué casualidad! —Golpeo a Jesús en el hombro para avisarle de que está aquí Gabriel.

—¡¡Hola, Gabri!! —dice supercontento.

—Veo que no necesitáis guía... Habéis venido a la mejor pizzería de Los Ángeles.

—¿Sí?

—Totalmente. ¡Ya veréis! —Se aparta un poco y deja a nuestra vista a una amiga suya—. Esta es Karen. Karen, Jesús y Daniel.

—Encantado de conocerte, Karen —le digo en plan educado.

—No habla español... —me avisa Gabriel.

—¡Ah! ¡Perdona! Hay tanta gente que habla español que ya empezaba a dar por hecho que todos lo hacían —digo en inglés para que pueda entenderme Karen.

—Si queréis nos tomamos las pizzas juntos —propone Gabri.

—¡Ok! —dice rápidamente Jesús.

Nos sentamos en un lateral del local que se ha quedado libre. Justo al lado de la radio, que está



altísima, así que para hablar tenemos que gritar bastante y nos parece divertido. Las pizzas están aún más buenas de lo que imaginábamos, pero son muy difíciles de comer y protagonizamos un par de momentos de risa cuando se nos cae todo al darle un mordisco. Aun así, decidimos repetir. Después las chicas nos llevan a un garito muy *cool* donde nos sentamos otro rato a hablar y a tomar algo. Estamos muy a gusto con ellas. Karen es un poco más infantil, pero Gabriel es una chica superinteresante, llena de vitalidad y da muy buen rollo escucharla. Nos cuenta mil anécdotas surrealistas que yo creo que exagera o medio inventa para divertirnos más. La mejor, la que nos relata con todo lujo de detalles sobre nuestro ídolo Martin River. Cuando ha visto que abríamos los ojos como platos y la hemos dicho que amábamos su música y su forma de cantar, hasta se ha puesto cómoda. Ha cogido aire y nos ha contado que coincidieron en una fiesta de la discográfica.

—Estábamos en una mansión con piscina, catering, música en directo... Martin había llegado con su séquito formado por enormes gorilas y raperos. —Lógico, pensé yo, es uno de los artistas más importantes del planeta—. Todas las chicas de la fiesta se pegaron a él como moscas cuando lo vieron llegar, pero Martin no parecía interesado en ninguna de esas bellezas impresionantes que pululaban en biquini intentando captar su atención.

Conforme lo cuenta, casi puedo verlo. Martin, con esa actitud de sobrado, perdonándole la vida a todo el mundo, harto de ser el centro de atención y encantado al mismo tiempo de ser el protagonista de la noche.

—Entonces —continúa explicando Gabri—, yo veo que mi amiga Rachel, a la que yo había invitado prometiéndole a mi jefa que se comportaría, corre hacia él con el móvil en la mano. En ese momento ato cabos. Una riviber como es ella y un teléfono móvil suponían una petición de foto. Así que me fui como una loca hacia ella. Conseguí cogerla del pescuezo justo cuando estaba a punto de pedirle una foto a Martin y él, que debió escuchar cómo la maldije, se giró hacia nosotras y lo golpeamos sin querer con nuestro forcejeo. Él perdió el equilibrio, con tan mala suerte que estaba en el borde de la piscina y se cayó al agua. La superestrella de la música, cansado de aguantar a las pesadas que se le tiran al cuello, en una fiesta privada, delante de los más influyentes de la industria, estaba en el agua, empapado con toda su carísima ropa. Cuando salió y nos miró yo aún tenía las manos tapándome la boca. Todo el mundo se quedó en silencio sin saber cómo reaccionar. Martin subió rápidamente al bordillo y se metió la mano en el bolsillo. Sacó su teléfono móvil, lo conectó y gritó: «Funciona». Entonces, un colega suyo empezó a reírse y desencadenó una carcajada en grupo con la complicidad de Martin. «Tú», me señaló delante de todos. Y yo corrí como si me persiguiera el demonio, sin mirar atrás, hasta desaparecer de su vista. Desde entonces temo encontrármelo por si le pide a mis jefes que me despidan o algo.

Definitivamente, Gabri está muy loca. Jesús se lo está pasando como nunca. Creo que si fuera por nosotros estaríamos toda la noche con ellas. Pero no es tan fácil en su caso. Viven con sus familias y tienen obligaciones, así que, al cabo de unas tres horas juntos, volvemos a la calle. Tras otro paseo, reservamos un coche de Uber para regresar a casa.

—¿Echas de menos que la gente te reconozca? —le pregunto a Jesús. Me he sentido raro al pasar toda la tarde en la calle sin que nadie nos pidiese una foto ni nos dijese nada.

—¿La verdad? Ha sido agradable no sentirme observado en todo momento.

—¿A que sí? No es que quiera que sea siempre así, ni mucho menos, amo nuestra vida como es, pero... es un respiro no haber estado pendientes de los comentarios y miradas de la gente.

Me vibra el móvil y lo saco. ¡Es Baby! Sé que mi estrategia acabará funcionando. Lo sé. Y aquí la primera señal. Su primer mensaje desde que he empezado a conquistarla de verdad.



Esta vez te has pasado, Dani.

## Baby

He de reconocer que me siento la protagonista de una historia romántica. Bueno, una protagonista atípica, que en lugar de ser la víctima, defraudada y engañada por el amor de su vida, es la «mala» de la película y la que traiciona la confianza de dos hombres maravillosos. En lo que sí se parece la historia a una de esas películas de Keira Knightley o Anne Hathaway es que el chico se curra unas declaraciones de amor increíbles. Primero fue la caja con las fotos de los sitios en los que habíamos estado y las guías con los lugares que podríamos conocer juntos. Luego, entre otros regalos, llegó un paquete con una sudadera suya y un manual de instrucciones.

Mi niña, anoche me duché y recién perfumado me acosté con esta sudadera. No te voy a engañar, me recreé rozando mi piel con la prenda, imaginando que pronto te la pondrás tú y que es lo más cerca que podré estar de tu piel. Algo así como un abrazo a distancia. Póntela esta noche para dormir. Túmbate en la cama y respira profundamente mi aroma. Siente cada centímetro de mi piel a través de la sudadera. Cuando te levantes por la mañana, si no sientes nada por mí, házmelo saber. Si te mueres por volver a dormir con la sudadera, no hace falta que me digas nada.

Y, claro, no le dije nada. Desde entonces duermo con su sudadera, que aún huele a él. Después me envió una caja llena de libros. Esta vez no había carta, ni post it. Observé intrigada ejemplar a ejemplar sin entender el porqué de la elección de esas historias, más allá de que eran libros que le había contado que me había leído. La trilogía de *El club de los incomprensidos*, la saga *After*, la de *Crepúsculo*, *Play*, *Show* y *Live*, *El principito*... Estuve tentada de llamarle para preguntarle desesperada qué narices intentaba decirme con todos esos libros. Miré una y otra vez si había una carta que se hubiera quedado enganchada en la caja y que no hubiese visto. Pero nada. Los coloqué en varias columnas sobre mi escritorio y me di por vencida. Pero no fui capaz de preguntarle nada. Me había prometido que al escoger a Ángel le sería fiel y no andaría con Daniel, por mucho que él insistiera en meterse de nuevo en mi vida. Una noche llegué agotada y me quedé sentada en la cama tal cual, vestida, con la mochila colgada y la mirada perdida en mi escritorio. De pronto fue como si un letrero luminoso me señalara algo que llevaba ahí desde el principio y que no había descubierto hasta ahora. Los libros estaban colocados con el lomo hacia la ventana y, por tanto, yo tenía de cara la parte de papel. Me llamó la atención un color rosa que salpicaba algunas páginas. Cogí un libro rápidamente y lo abrí por la página que parecía tener una marca de un subrayador rosa y ¡bingo! Daniel había marcado un montón de frases de cada libro. Frases que encajaban con posibles sentimientos suyos, con nuestra historia. La declaración de amor más bonita que había visto nunca. Y empecé a leer; lo fui haciendo sin orden, bebiéndome las palabras; un bombardeo caótico de sentimientos que había tomado prestado de otras voces. Personajes que yo conocía bien porque eran algunos de mis libros favoritos pero que se diluían dejándole a él

todo el protagonismo. Daniel se hizo fuerte en mi interior. Un discurso claro y contundente. Consiguí que entendiera mejor cuánto amor sentía por mí. Sin dramas. Sin prisas. Lo imaginé paciente, reflexionando sobre cada frase, y sintiéndose identificado con sentimientos ajenos que hacía suyos en el momento en el que los marcaba con ese rotulador fluorescente.

Eso sí, su último regalo es demasiado. Me siento muy halagada y estoy disfrutando en silencio de todo su romanticismo. De ese despliegue increíblemente delicado y especial que ha puesto en marcha para decirme que me quiere. Me lo imagino sonriendo, seguro de sí mismo. Confiando en que es cuestión de tiempo y que acabará recorriendo todos los kilómetros de esta carrera de fondo que ha emprendido hasta alcanzar la victoria, llegar a mi corazón. Pero sigo hecha un lío. ¡Está en California! Su vida es una locura y si estuviera con él... probablemente sería como ahora. Me llenaría de regalos y promesas. Me haría vivir de recuerdos e ilusión. Pero nada sería real. ¿O me equivoco?

Lo último que me ha mandado no sé bien cómo valorarlo. Si es lo que creo que es, me asfixia un poco y me hace sentir bastante presionada. Ya no va tan despacio como parecía. Pero, claro, supongo que no puedo alargar esto hasta el infinito. Algo debo decirle. Sí o no. Que siga o que pare. Que está funcionando su estrategia o no. Pero de momento sigo muda, perdida. Por otra parte, puede que sea el regalo más bonito que me han hecho nunca. Se ha pasado. Es demasiado. Un atrevimiento por su parte. Pero si es lo que creo que es, voy a morir de amor. Voy a derrumbarme.

Al principio me decepcioné un poco al ver que lo único que había llegado esta vez era una carta. Pero al abrirla descubrí la sorpresa. Me había mandado un tarjetón con unos números escritos a mano y un mensaje.

*A veces, es importante perder para encontrar.*

Estuve dándole mil vueltas. ¿Qué podrían ser esos números? Pero tampoco me atreví a escribirle. Dejé el tarjetón guardado en un cajón. Una tarde, Ángel me mandó su ubicación para que me acercara al restaurante que había elegido para cenar. Al abrir la ubicación en Google Maps vi un montón de números que me resultaron familiares y se me encendió la bombilla. Pasé toda la cena deseando llegar a mi habitación para copiar esos números en Google y verlos en Google Maps. Efectivamente correspondían a un lugar. Un sitio en el que me encuentro ahora mismo. He venido muerta de curiosidad. Llevo un rato en la puerta y no sé si entrar. Estoy tan indecisa que le acabo de escribir. Sí, finalmente he roto mi silencio. Y es que estoy rabiosa y emocionada a partes iguales.

Esta vez te has pasado, Dani. ✓✓

✓✓ Pregunta por Mari Carmen, te están esperando.

Me escribe el muy idiota.

Nada, voy a tener que dejarme llevar y ver cómo me sienta y qué me encuentro. Me prometo a

mí misma salir corriendo a la mínima cosa rara que note en mi interior, porque intuyo que no será fácil. Llamo a la puerta y me abre una señora fuerte y cariñosa que me hace sentir cómoda al instante.

—Tú debes de ser Baby, pasa.

Me acompaña hasta un salón repleto de sofás. Dos nuevos y muy bonitos, y otros dos cubiertos con una sábana y unos cuantos perros durmiendo encima que ni se han inmutado al verme. Me pregunta si quiero tomar algo. Le digo que no y me dice que lo entiende, que debo estar ansiosa por verlo. Yo levanto los hombros un poco confundida. ¡No tengo tan claro que me muera por verlo! Me pide que la siga y me lleva hasta un pasillo. Mari Carmen parlotea alegremente pero apenas consigo concentrarme en lo que me dice. Mi cerebro está intentando asimilar todo lo que está ocurriendo. Abre una habitación y entra decidida. Yo me quedo fuera, dudando sobre si debo o no cruzar el umbral. Será un antes y un después. Empieza a llegarme un gemidito que me resulta familiar y entrañable. Desde donde estoy, también puedo percibir el olor. Lo reconozco enseguida y me doy cuenta de que casi había olvidado lo bien que me hace sentir. Ese aroma tan característico, que se te impregna al momento y que me trae bonitos y dolorosos recuerdos. Estoy empezando a emocionarme. Cierro los ojos para coger fuerzas y me llega su imagen. Sus ojos clavados en mí, como la última vez que me miró en el pasillo de mi casa, cuando se tumbó en mi regazo despidiéndose para siempre. Tengo el corazón en un puño, el estómago encogido. No sé si estoy preparada para volver a empezar. Mari Carmen me devuelve a la realidad.

—Cariño, ¿estás bien? —me pregunta con la dulzura de una madre.

Una muy distinta a la mía, claro. Me armo de valor y me decido. Voy a entrar. No he llegado hasta aquí para quedarme en la puerta. La luz es muy tenue, para no molestarlos. Solo hay un flexo enfocando a una de las paredes que ilumina suavemente la habitación. Apenas llega a la caja de madera grande que hay justo en el centro de la habitación. Una caja que contiene pequeños seres que se mueven sin parar. Una caja que rebosa de cachorros blancos y negros. ¡Son... pequeños border collies! ¡Pequeños *Danisú*! Mari Carmen rebusca entre ellos y coge uno. Me lo acerca.

—Te presento a *Bing Bong*. Así lo vais a llamar, ¿no?

*Bing Bong*, como el amigo invisible de Riley, de la película de animación *Del revés*. Nuestra peli. Me lo coloca entre los brazos mientras reflexiono en el mensaje que incluía la tarjeta. «A veces, es importante perder para encontrar». Y, sí, me derrumbo.

## Jesús

Llaman a la puerta y voy corriendo.

—Será Andy —le grito a mi hermano para que se dé prisa y no nos haga esperar mientras se tira una hora eligiendo qué ponerse.

Luego dice que soy yo el tardón, pero de eso nada. Mientras nos arreglamos, ponemos la maqueta de la canción que estamos preparando. Una colaboración con la *girlband* colombiana Ventino. Suena de lujo y estamos superemocionados. Se va a llamar *Duele* y estoy convencido de que será un éxito este verano. La vamos cantando ante la divertida cara de Andy, que conforme ha llegado se ha tumbado en el sofá con los pies en alto como si estuviera en su casa mientras teclea como un loco por WhatsApp, para quedar con el resto. Vamos a dar una vuelta por la playa con algunos de los colegas que hemos hecho por aquí. Es increíble que ya tengamos tan buenos amigos. Bueno, o quizá no tan buenos. Eso no se sabe hasta que pasa el tiempo, claro. Pero sí impacta que es como si los conociéramos de toda la vida. Como si lleváramos años quedando en el local de la esquina, paseando por Venice juntos o enseñándonos trucos en el Skate Park del paseo. Hemos adoptado con una normalidad brutal unas costumbres que no nos pertenecen, unas rutinas que tomamos prestadas de nuestros nuevos amigos y que asumimos como lógicas desde que llegamos.

Parece que llevamos meses viviendo en esta casa que ya he hecho completamente mía. Como si los días se dilatasen, multiplicados por dos. Me da vértigo cuando cuento lo que queda para volver porque... no quiero marcharme. ¿Y si nos quedáramos a vivir aquí? Me imagino levantándome cada día temprano para correr por Venice unos kilómetros, como he hecho muchos días, en ayunas. Solo una carrera para estar en contacto con la naturaleza, admirar el mar, sudar un poquito y ganarme el desayuno. Podría acostumbrarme a esta vida. Y es que no podemos estar mejor. Cada día a las nueve de la mañana recibimos la visita de un repartidor. Café recién hecho, leche, tostadas (aún calentitas), bizcocho casero y sin azúcar, endulzado con sirope de agave (dicen), unos huevos revueltos, fruta, zumo de naranja natural, mantequilla casera y mermeladas. Peter, a quien ya sentimos también como parte de la nueva vida que estamos creando aquí, nos lo coloca todo perfectamente ordenado sobre la mesa de madera maciza que separa la cocina del salón. Le insistimos en que podemos colocarlo nosotros mismos, pero él se empeña en dejarlo todo precioso antes de irse cada mañana. Y Jorge, que suele estar consultando las noticias de España desde el portátil, nos hace un gesto para que disfrutemos de que nos lo sirva. Igual que cuando vienen a hacernos las camas, recoger y limpiar. Esta casa es como un hotel. Es una pasada. Nosotros intentamos tenerlo todo más o menos ordenado, pero lo gordo lo hace cada día una persona de la empresa de limpieza que tienen contratada. Sí, evidentemente, podría acostumbrarme a una vida así.

Echo de menos cosas de Madrid, claro. A mis padres, a Robin... Pero estamos de lujo. Normalmente a las diez llega puntual Gabriel, inundándolo todo de luz. Me encanta estar con ella. ¡Es tan positiva y alegre! Y no puedo engañar a nadie, me deja bizqueando con cada uno de sus modelitos. Y no viste como la mayoría de las chicas de aquí, con pantalones vaqueros supercortos, camisetas que dejan a la vista la barriga, sandalias y todo en plan sexi. Para nada. Ella... es especial. No parece preocuparle su apariencia. Nunca se maquilla, o si lleva algo es tan sencillo que ni lo detecto. Suele llevar sudaderas grandotas y pantalones de deporte. Es corredora y supongo que está acostumbrada a llevar ropa deportiva. Se la ve tan a gusto, tan relajada, tan poco preocupada por gustar... Es como una muñequita, con sus expresivos ojos color miel enormes, siempre alegres. Su ingenio lo acapara todo, siempre está lista para soltar alguna perla divertida sobre nosotros para picarnos. A mí me encanta hacerla rabiarse diciéndole que le puedo prestar un cepillo de pelo porque viene como sin peinar. Tiene una melena oscura, cortita, por los hombros. Y siempre lleva unas ondas naturales que le dan un aspecto relajado, como de recién salida del mar. Hay días que llega con una sonrisita picarona, incapaz de esconder una sorpresa. Y esos días son los mejores. Una excursión que nos ocupará toda la jornada y en la que conoceremos a gente superinteresante. Como cuando nos pasamos el día en Malibú, en casa de uno de los jefazos de la compañía, o cuando fuimos a Pismo Beach. ¡Qué lugar tan especial! Gabriel nos llevó a comer a Splash Café, un sitio con un ambientazo increíble muy cerca de la playa. La especialidad de este restaurante es algo que jamás había visto: algo así como una salsa de pescado tipo bechamel que meten dentro de un pan redondo al que le quitan la miga, consiguiendo que el pan sea el recipiente, como si fuera un bol comestible. Me recordó a los helados que meten dentro de las piñas o los cocos que sirven en algunos sitios con yogur y frutas, pero en gocho. Otro día fuimos a San Diego, a casa de un artista de éxito en Estados Unidos que aún no ha triunfado en España pero que lo peta en Latinoamérica. Malmen, un tío joven, de unos 25 años, con el que congeniamos al instante. Nos contó lo bien que vive en el loco San Diego, cuando no tiene actuaciones fuera y puede aprovechar las olas para surfear. No debe de ser nada barata la casita tan ideal que tiene con acceso directo a la playa. Según nos contó, desayuna observando el mar y organiza su día en relación a las olas que haya. De hecho, cuando llegamos, se quedó de pronto como hipnotizado mirando hacia la playa.

—Llevamos varios días sin buenas olas... Pero parece que están entrando de nuevo —nos dijo. Acto seguido, nos animó a coger una de sus tablas y entrar a darnos un baño con él.

Ese día le mandé una foto a Robin. Al compartirla en el chat que tengo con ella, me di cuenta de que solo le había mandado dos fotos en todo este tiempo. De las muchísimas cosas que me habían impresionado de California, de todos los momentos que había vivido, solo en dos ocasiones tuve la necesidad de compartirlo con Robin. Ese día que surfeamos y otro día que me tomé un té chai delicioso, como le gustan a ella. Pero no me permito pensar mucho en lo mal novio que soy por no echarla lo suficientemente de menos, por no acordarme de ella a cada instante. Es lógico, ¿no? Este viaje es para mi carrera, una experiencia vital que nos debíamos Dani y yo después de tanto esfuerzo, después de tanto trabajo desde que somos pequeños. Y ella vendrá la última semana de nuestra estancia aquí. He de confesar que se me hace un nudo en el estómago al imaginarla paseando conmigo por Venice, desayunando con nosotros en nuestra nueva casa o saliendo con mis nuevos amigos y compañeros de trabajo... Es como si no pegara. Siento que estamos en un universo paralelo y que aquí la vida es así, sin ella. Soy lo peor al pensar algo tan egoísta, lo sé. Pero no puedo controlarlo. Me recuerda a cuando alguno de mis amigos de Sevilla se viene a Madrid y quedamos con mi gente de la capital. Al final me acabo acostumbrando, ellos se llevan

de lujo y todo sale bien, como pasará seguro con Robin cuando venga a visitarnos. Pero al principio siempre me siento algo incómodo, un poco atemorizado de que no encajen, de que no se lleven bien y discutan. Tendré que ir haciéndome a la idea porque es un hecho que vendrá en breve. Termino de arreglarme y cuando estoy a punto de salir por la puerta recibo un mensaje de Robin.

✓✓ Hola, Jesús..., ¿cómo estás? ¿Puedes hablar?

Miro el reloj y veo que son las 17:23. Allí, nueve horas más. Las 2:23 de la madrugada.

¡Robin!, ¿qué haces despierta a estas horas? ✓✓

✓✓ Mira..., no puedo dormir.

¿Y eso? ✓✓

✓✓ ¿Puedes hablar o no?

¿Por Skype? ✓✓

✓✓ Sí, o por Facetime, me da igual. Si quieres.

Sí, claro. ✓✓

En realidad me da una pereza infinita. Pero claro, eso no se lo voy a decir. Les explico a estos que tardaré. Que se marchen si lo prefieren, pero que tengo obligaciones de novio que cumplir. Andy me mira sorprendido.

—¿De verdad? Pero ¿cómo puede ser que tengas que estar atado a una tía con tan solo 18 años?



—Anda, calla. Tú no sabes lo que es el amor —le digo sin estar seguro de saberlo yo.

Por primera vez pienso que soy joven para estar atado y me aterra sentirme así. «Obligado» a hablar con ella en lugar de irme a la playa con mis colegas. Imaginándome que me va a aburrir un poco con sus «te echo de menos», con sus «y tú tan pancho». Pero es mi chica y es lo que toca. Así que la llamo desde mi habitación, tumbado en la cama, dispuesto a tranquilizarla. Conectamos las cámaras y estamos un rato preguntándonos «¿me ves?», «¿me oyes?», hasta que nos centramos en la conversación. Robin está en pijama, tumbada en la cama y con los ojos hinchados.

—¿Es sueño o es que has llorado? —le pregunto a bocajarro.

—Ambas cosas —contesta con una sonrisa triste.

—¿Qué te pasa, Robin?

—No sé.

No damos rodeos. Nos centramos directamente en el problema, en su dolor.

—Pero si dentro de nada estás aquí... —le digo poco emocionado.

—Sí... —responde sin ganas—. ¿Te lo estás pasando bien?

—Mucho —contesto, sin pasarme de ilusión para no hacerle daño—. ¿Y tú? ¿Qué tal el trabajo? ¿Y la fiesta? ¿Estáis saliendo mucho Rebe y tú?

—Sí... Todo genial. Nos lo estamos pasando de muerte, la verdad...

—Entonces... ¿qué te ocurre, bonita? —pregunto desconcertado.

—Pues eso, Jesús. Precisamente eso...

**Daniel**

Estoy nervioso, con el estómago encogido. Ni siquiera tengo hambre y me sudan las manos. Es una tontería porque no es la primera fiesta a la que vamos aquí en Los Ángeles, pero sin duda es la más especial. La ha montado Ariana Grande para nosotros. ¡Es flipante! Hemos podido invitar a un par de amigos, Gabri y Andy, y nos ha avisado de que probablemente vayan algunos de nuestros artistas favoritos. De hecho, es posible que esté Martin River, y Jesús está que ni se lo cree. Martin River es unos años mayor que nosotros y triunfó a nivel mundial siendo un niño. Por eso, por su éxito precoz y porque nos encanta su estilo, su voz y las canciones que hace, nos sentimos especialmente vinculados a él. Es nuestro ídolo. Termino de arreglarme y voy a ver qué tal va Jesús. Nos hemos vestido con un look similar. Pitillos tejanos, botines marrones con un poco de punta, una camisa estampada yo y una camiseta básica blanca Jesús y cazadoras vaqueras personalizadas. Como la que tienen Jesús y Robin pero coordinadas entre él y yo. Nuestro logo está en la espalda y hemos pensado que podríamos venderlas como parte de nuestro *merchandising* para nuestros seguidores. Jesús también está nervioso, pero además lo noto un poco tristón, con la mirada perdida.

—Jesús, ¡ánimate, ¡que nos vamos a un fiestón de Ariana Grande!

—Ya, hermano...

—Pero ¿qué te pasa?

—Nada..., son solo nervios. Seguro que conocemos a mucha gente hoy y estoy un poco superado.

—¿Por Martin?

—Sí, no sé... Nos están pasando tantas cosas... ¿Te das cuenta de cuánto hemos luchado para estar aquí?

—Desde luego...

—¿No te emociona que nuestros sueños se hagan realidad?

—Sí, claro... Incluso diría que la realidad es mucho mejor de lo que habíamos imaginado. Yo no tenía fe en que algún día colaborásemos con Ariana. Y mucho menos que diera una fiesta para nosotros con lo más selecto de la industria en Los Ángeles.

—Es todo muy loco, bro... —dice Jesús emocionado.

—No llores, tío. —Me abrazo a él como cuando éramos pequeños, como siempre que nos necesitamos.

Se nos escapan algunas lágrimas de felicidad. Nos viene grande todo lo que nos está sucediendo. Nos sentimos como en deuda con la vida por ser tan bonita y regalarnos momentos tan increíbles. Finalmente nos separamos, nos frotamos los ojos y sonreímos.

—Te quiero mucho, Dani.

—Y yo a ti, Jesús.

Salimos de casa riéndonos y con los ánimos más relajados. Vamos a recoger a Andy y después nos dirigimos a casa de Gabri. Al llegar a su calle, Jesús se pone alerta. Cuando el coche se para ante su casa, observa con atención cada detalle. Sigue con la mirada las luces que van encendiéndose al paso de Gabri. Baja la ventanilla y pone la oreja para enterarse de lo que grita nuestra amiga a su familia antes de salir por la puerta. Sus padres salen a conocernos, pero ella corre hasta el coche pidiendo que arranquemos rápido para que no nos den la chapa. Ellos se quedan plantados en la puerta y se despiden de nosotros muy cariñosos.

—Pasadlo bien... —grita su madre mientras mueve la mano.

—Y mucho cuidado —dice su padre.

Parecen muy cariñosos. Mi hermano los saluda al tiempo que los analiza muy interesado. Cuando los perdemos de vista, nuestras miradas se concentran en Gabri.

—Bueno, bueno... —digo yo realmente impresionado por lo guapa que está.

—Qué simpáticos tus padres, ¿no? —Jesús disimula que se le salen los ojos de las órbitas mirándola.

—Bueno, son muy brasas... —Gabri se ríe con su comentario. Creo que ella también ha notado el peso de la mirada de Jesús y está un poco nerviosa.

Llegamos a la discoteca que ha reservado Ariana para la fiesta y tenemos que quedarnos un rato en el coche parados porque hay cola para el photocall, según nos explica Jorge, que ha llegado antes para supervisar que todo estuviera bien. Es una fiesta tan molona y con tantos VIP que han decidido montar un set de entrevistas y convocar a la prensa. «Así luego nos dejarán tranquilos», nos dice Ariana en un wasap que nos ha escrito para saber por dónde íbamos. Estamos flipando porque hemos visto que en el coche de delante va Jaden Smith, el hijo de Will Smith, y en el de atrás, la actriz Sophie Turner. Jesús se ha puesto a gritar y hemos tenido que calmarlo, aunque en realidad yo estoy igual de nervioso que él. Por fin llega nuestro turno y bajamos del coche. Gabri está altísima y Jesús la mira de arriba abajo sin poder controlarse.

—Uau, tía, estás guapísima.

—Gracias... Vosotros también —dice sin vergüenza y con la naturalidad que le caracteriza.

Lleva un vestido negro ceñido y taconazos. Nunca la habíamos visto así, marcando tanto su figura. Como siempre suele ir con sudaderas y despeinada... Andy también elogia a Gabri. Ellos son amigos desde hace tiempo, desde mucho antes de que llegáramos nosotros, y siempre tengo la impresión de que entre ellos hay una tensión sexual no resuelta. No sé si él lo ha intentado y ella pasó o si llegó a pasar algo y se la jugó, pero Gabri parece cansada de sus comentarios y sus miradas. Hacemos el photocall y por lo visto avisan a Ariana de que estamos allí. En ese momento los flashes se multiplican y nos fotografían a los tres juntos mientras nos saludamos, nos reímos y posamos. Al acabar, ella nos guía hacia el interior. Gabri y Andy nos acompañan. Sin querer, acabamos dejándolos un poco de lado porque Ariana está emocionada presentándonos a todo el mundo, y por mucho que hemos intentado que también conozcan a Gabri y Andy, al final ellos se han apartado, un poco incómodos porque nadie les hacía ni caso. Mientras continuamos saludando a unos y a otros veo que Jesús no deja de buscarlos con la mirada. En un momento en el que puedo hablar con él, le pregunto si está bien. Él contesta rápidamente que sí, pero yo sé que no es cierto.

Ariana es un auténtico amor. Una chica dulce y con un talento de otro planeta. Me alucina lo amable que es con nosotros. Le damos mil veces las gracias por todas las molestias que se ha tomado y ella contesta que solo hace lo mismo que hicimos nosotros con ella, ser buena anfitriona y cuidarnos. Media hora después, empiezo a notar el cansancio por no parar de hablar en un

idioma que no es el nuestro, y encima con gente diferente todo el tiempo. Estoy pensando en sentarme y descansar un poco cuando percibo un murmullo a nuestro alrededor. La gente cuchichea, levanta la cabeza intentando ver algo y saca sus teléfonos móviles. Estoy convencido de que se trata de Martin River, que acaba de llegar. Alguien se acerca a Ariana y le dice algo al oído. Ella reacciona juntando las manos y tapándose la boca de emoción. Se gira y nos da con su preciosa y larga coleta prácticamente en la cara. Se aproxima al foco del gentío y abraza a alguien. No puedo ver quién es, pero empiezo a estar muy nervioso. Miro a mi hermano y le hago con las manos un gesto, obligándole a que se tranquilice. Está tan emocionado que no deja de sudar. Le guiño el ojo y nos reímos los dos, como dos niños pequeños a punto de encontrarse con los Reyes Magos. Ariana se da la vuelta y lleva de la mano a Martin River. Lo planta delante de nosotros y nos lo presenta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Son muy fans tuyos, Martin.

Él apenas sonríe.

Está acostumbrado a que todo el mundo lo admire o lo subestime. Provoca amor y odio a partes iguales por donde pasa. Parece que está cansado de la vida. Y aunque se ha desplazado hasta aquí y está en esta fiesta porque quiere hacer feliz a su amiga Ariana, sus ojos están apagados. No sé qué decirle. Tengo tantas cosas que preguntarle, tantas curiosidades y halagos, que no sé por dónde empezar. Por suerte, Jesús toma la iniciativa y rompe el hielo.

—Ariana nos ha hablado mucho de ti. Dice que eres un gran amigo y una persona maravillosa. —Qué grande ha estado Jesús. Creo que ha sorprendido a Martin con sus palabras, y no es fácil.

Abre los ojos como platos y siento que de pronto hemos captado su interés. Su timidez me sobrecoge. Habla en voz muy baja, como si le diera vergüenza. Y va cubierto con la gorra y la capucha que lleva puestas.

—Gracias, qué bonito... Ari es adorable... —contesta Martin muy cariñoso.

Nos invitan a desplazarnos al *backstage*. Resulta que la discoteca tiene un escenario y detrás están los camerinos, y uno de ellos, con sofás, bebida y catering. Nos vamos allí y entramos los cuatro solos. No podemos creernos lo que está ocurriendo. Sin que puedan vernos, Jesús me aprieta la mano y yo le contesto con otro apretón. Martin, sorprendentemente, se baja la capucha, se quita la gorra y deja su teléfono sobre una mesa. Ariana deja también su móvil y nosotros, sin que nadie nos lo pida, reaccionamos igual. Cogemos cada uno algo de beber y nos sentamos en el sofá. Ariana es la que más habla, sacando temas de conversación que a todos nos atrapan enseguida. El último disco que no podemos dejar de escuchar, nuestro día a día en Los Ángeles o la vida en España. A Martin su paso por nuestro país le dejó un sabor agridulce. «Estuvimos en tu último concierto», le dice Jesús. «No fue el mejor», contesta apesadumbrado. Nos dice que el peso del trabajo pasa factura. Sus ojos vuelven a apagarse como antes. Me inquieta su actitud, la energía tan depresiva que transmite. Jesús se solidariza con él. La verdad es que si nosotros acabamos agotados con nuestra gira, no puedo ni imaginarme lo que significa una gira mundial como la de Martin. Ariana añade que es muy duro soportar la presión, lo injusta que es la crítica especializada, lo terrible que es sentirse juzgado a cada momento. Observo a River y me aterroriza su mirada perdida. Su flequillo, largo y muy rubio, se mueve de un lado a otro. Me pregunto qué estará pasando por su mente ahora. Es un ser tan especial... Tiene un talento impresionante. Lo imaginaba un tanto sobrado y no es que no sea cierto, pero si tuviera que destacar algo de su personalidad sería la fragilidad. Tan pronto parece cómodo y a gusto como sientes que quiere desaparecer, hacerse invisible. Nunca pensé que conocerlo me impresionaría tanto. Hablamos de lo que le queda de gira y nos confiesa que a veces querría dejarlo todo. «Y tu

familia ¿qué te dice?», pregunta Ari que creo que puede sentirse responsable de la tristeza que le invade a su amigo. Él no contesta. Sonríe. Es la sonrisa más triste que he visto nunca.

—Quiero escucharos —nos dice para cambiar de tema.

—¿Te ponemos alguna de nuestras canciones? —Jesús ya está casi de pie para ir a coger el teléfono.

—O si quieres, te podemos cantar algo aquí —propongo yo.

—¡Sí! ¡Sería genial! —Parece realmente interesado.

Jesús me mira y no tenemos que decirnos nada para saber qué tema vamos a interpretar. Es la canción que tenemos más presente.

*Es tu culpa que esté sufriendo  
tú me obligaste a esto.  
No quisiste darle otro intento.  
Estaba arrepentido.  
Te he extrañado y tú sabes cuánto.  
Te perdoné mil veces.  
No entiendo a qué estamos jugando.*

*Duele tanto verte,  
duele no tenerte,  
duele y se me cae el mundo cuando te veo.  
Cómo superarte,  
No logro olvidarte,  
duele y se me cae el mundo cuando te veo.*

Hacemos una versión distinta a la que hemos grabado con Ventino porque cantamos solo nosotros, pero nos ha quedado muy bien. Tanto que al acabar, Ari y Martin nos aplauden. No puede ser verdad lo que está ocurriendo. Martin River acaba de escucharnos cantar y le ha gustado.

—¿Tenéis una conexión especial por ser gemelos? —pregunta intrigado.

—Sí, por supuesto —contesta Jesús.

—Podríamos acabarnos las frases. Sabemos cuándo el otro sufre, ama, se emociona. Lo notamos. Somos como dos partes de una misma persona —continúo emocionado, y le enseñamos nuestro tatuaje.

Martin ha vuelto a quedarse ausente. Es tan obvio que no es feliz. Algo pasa por su mente, muchas heridas, una vida muy complicada. Todos tenemos nuestros problemas, por muy famosos o por mucho éxito que tengamos. Y quizá, cuantos más triunfos peor suerte... Ariana se da cuenta de su cambio de actitud porque la familia es un tema que le altera, y da un giro a la conversación.

—Bueno, ¿y para cuándo una colaboración?

—¿Todos? —digo yo.

—Sí, por favor —chapurra Martin en español haciéndonos reír.

—¡Cuando vosotros queráis! —Jesús se emociona solo de imaginarlo.

—Pues tenemos un escenario aquí detrás...

—Noooo... —Martin se tapa la cara.

—Venga, ¡sería superdivertido! —insiste Ariana tirando de él, que se resiste y se deja caer

sobre el sofá.

—Un *Despacito*. —Me he venido arriba.

—«Quiero respirar tu cuello despacito» —canta Ariana con mucho acento americano.

Nos reímos todos y nos dejamos llevar por la energía cautivadora de la preciosa Ari, que nos coge de las manos y nos arrastra hasta el escenario.

Cuando subimos, todos aplauden como locos al darse cuenta. Entre el público hay gente famosa y jefazos de la industria musical. Estamos absolutamente locos. Vamos a actuar, sin ensayar nada, con dos de las estrellas más importantes del panorama musical. Calentamos la voz y Martin se sienta al piano. Toca unos acordes. La gente se pone a gritar cuando descubre de qué tema se trata, el más sonado del año, el que ha batido todos los récords. Los técnicos nos traen micrófonos y arrancamos. Vamos improvisando y riéndonos cuando algo sale más gracioso que óptimo, pero sin importarnos porque es parte de la esencia. Jamás olvidaremos esta sensación. En un momento dado, Jesús y yo nos miramos y nos abrazamos. Ariana viene dando saltos y se une a nuestro abrazo mientras Martin se ríe. Por cierto, que lo hace muy bien al piano. Está tocando la melodía sin virtuosismo para ensalzar el toque divertido de la actuación. De pronto, noto que Jesús frunce el ceño. No tarda ni dos segundos en dejar el micrófono y saltar del escenario como si fuera a impedir que se cometiese un crimen o a salvar a alguien de una desgracia. Les pido disculpas a todos y voy detrás de él. Algo muy gordo tiene que ser para que deje una actuación tan especial como esta. Veo que empuja a Andy, que está prácticamente encima de Gabri, quien lo rechaza agobiada. Me quedo impactado con la escena y unos pasos por detrás. Parece que Jesús puede con él. Le grita algo que no puedo escuchar por el bullicio y ella se pone a llorar desconsolada. La abrazo para que se tranquilice y transmitirle calma, sin saber muy bien qué ha ocurrido. Jesús echa de la sala a Andy, que va bastante borracho. Ha debido de beber mucho el rato que hemos estado en el camerino. Cuando está seguro de que se ha marchado, viene a rescatar a Gabri. Ella se separa de mí y se lanza a sus brazos. «Gracias», le dice una y otra vez. Jesús la aprieta contra su cuerpo y, con los ojos cerrados, le besa la cabeza. Han sido solo unos segundos pero sé que ha sufrido muchísimo al pensar que podía pasarle algo. Es repugnante que haya tíos así. Nunca creí que Andy pudiera tener un comportamiento tan indigno. Se me encoge el estómago con todo lo que ha sucedido. De hecho, la sensación empieza a cambiar y siento el típico hormigueo de cuando estoy enamorado. Ellos siguen abrazados. Como si nada más importara, como si el resto hubiéramos desaparecido. Y lo entiendo todo. Alucino con la empatía que tenemos como gemelos y con cómo puedo llegar a notar de un modo tan real lo que siente mi hermano, incluso antes de que él lo haya asimilado.

## Robin

Estoy entusiasmada con mi nuevo proyecto. Todo lo ilusionada que se puede estar cuando se está triste, claro. Voy a presentar un programa musical en una de las cadenas de televisión más importantes del país. Sí, es muy emocionante y especial porque, en general, las teles no apuestan por la música. Así que me siento orgullosa y muy afortunada de que me hayan dado esta oportunidad, de que hayan aceptado la propuesta que les hice. Un coche me recoge en la puerta de casa y me lleva al edificio en el que vamos a grabar. Allí hay muchos platós, redacciones y equipos de programas de hasta cuatro cadenas diferentes, todas de la misma empresa. Es diferente y algo apabullante cómo me tratan en la productora que me ha contratado. Me hacen sentir una estrella. Chófer, catering, camerino, maquillaje, peluquería... Y todo el mundo hablándome con muchísimo cariño y tacto. Los que no son estrictamente compañeros, la gente de la cadena, incluso diría que me tratan con algo de peloteo extraño. Adulándome, para mi gusto, demasiado. Yo soy la misma de siempre. No entiendo por qué tanta pompa y boato. En la radio esto sería impensable, es otro rollo. Claro, así le encuentro explicación a la tontería, a la soberbia y a la prepotencia que me he encontrado en muchos presentadores y artistas a lo largo de mis años de carrera. Supongo que están acostumbrados a que todo el mundo les haga la pelota. O vete tú a saber qué empieza antes: si el que algunos hayan exigido que se les trate como dioses o que, al tratar a los presentadores de un modo especial, acaben pensando que lo son y perdiendo el sentido común. Yo no permitiré que me pase eso nunca. Espero. Vuelvo a tener que frenar mis pensamientos sobre él... Me fuerzo a seguir dándole vueltas al motivo por el que algunas personas famosas se alejan de la realidad y se creen que es normal que todo gire en torno a ellos. Pienso en cómo deben sentirse el día que todo acaba. Porque todo acaba. Cómo afrontarán el inmenso vacío y que nadie les reconozca o les haga demasiado caso. Cómo me sentiré yo el día que dejen de hacerme fotos a escondidas... Feliz, supongo. Habrá muchos como yo. Claro. Pero puedo hacer rápidamente una lista de personas a quienes la fama y el éxito les ha absorbido.

Llego a maquillaje y peluquería. Me presento y tardo dos minutos en darme cuenta de que, de momento, son los únicos que no solo no me hacen la pelota, sino que parecen cansados de ver a gente estúpida y muy egocéntrica. Me encantan y tengo buen rollo rápidamente con algunos al instante. Cuando ya estoy peinada y maquillada, subo a la redacción. En las escaleras vuelvo a pensar en él. Aprovecho para mirar el móvil. Lleva tantos días sin escribirme... ¿Por qué está pasando de mí? ¿Por qué se ha alejado de pronto? Entro en la redacción y una compañera de producción me salva de mis pensamientos guiándome hasta la sala de reuniones. Me han dicho que vamos a ver el guion antes de grabar el primer programa. El equipo es encantador y me alucina cómo respetan y escuchan mis ideas. Todo lo que había hecho de tele hasta ahora era tan distinto y poco motivador que me sorprende lo bien que pinta este proyecto. Me vienen a la mente algunos

de los comentarios que he escuchado en otros equipos, como «tú no estás aquí para pensar, así que deja de proponer cosas» o «queremos verte con tacones y vestidos ajustados, nada de zapatillas». En cambio, en este proyecto buscaban la imagen de una Robin real. Así que entre plataformas y zapatillas, faldas skater y crop tops montaremos todo el estilismo de la temporada. Cerramos los detalles de este primer capítulo y me liberan para que pueda cambiarme. En el camerino el estilista me ha dejado preparado uno de los looks que escogimos juntos. Me siento en el sofá un momento y hundo la cabeza entre las manos. No sé qué me pasa. Estoy realmente obsesionada. Por favor, que venga. Que venga hoy. Me obligo a levantarme y me visto.

Bajo hacia el plató y de camino intento pensar en algo que no sea él. Me cruzo con muchos compañeros que me saludan. Algunos más cariñosos y felices que otros al verme por aquí. Hay mucha gente envidiosa en este medio. Eso es así. Bueno, en este medio y en esta vida, por desgracia. Pero lo cierto es que, en general, me han acogido con mucho amor, no puedo quejarme. Cuando estoy a punto de entrar al plató, me pongo un poco nerviosa. Es algo que sé que controlo, pero de pronto, no sé por qué, verme aquí con tantas fotos de estrellas de la televisión por el pasillo, me ha hecho sentir abrumada. Parece que está cerrado pero con un poco de esfuerzo consigo abrir la enorme puerta del plató. Los primeros que me reciben son los compañeros de sonido. Bromean y me toman el pelo. Son supermajos y auténticos. Agradezco que sean ellos mismos, poder encontrarme con personas que no me doran la píldora y que les da igual quedar bien o mal conmigo. Simplemente me tratan como si fuera uno de ellos. El director es el siguiente que entra en el plató. Llega con una sonrisa de oreja a oreja. Me alucina su buen rollo y el modo en el que me anima. Estoy feliz con este equipo, definitivamente he acertado escogiendo este proyecto de entre todos los que me llegaban. Hacemos un par de ensayos cuando llegan el resto de compañeros y, finalmente, recibimos a los invitados. Les explicamos la estructura del contenido mientras intento ver si ha venido con ellos. No es su representante pero a veces los acompaña. Me sugirió que los trajera el primer día de programa y me prometió que él los acompañaría. Pero no ha sido así. Los componentes de Cactus, un grupo español que empieza a despuntar con un estilo similar al de James Bay, que tanto me gusta, se han sentado cómodamente en el sofá y bromean sobre que no podían creerse que existiera un programa así en televisión. Yo hago que estoy presente pero me duele tanto el corazón que temo que noten que he puesto el automático y que, en realidad, me querría ir a llorar. Me echo una reprimenda mental y consigo motivarme. Al final, me concentro y hago una entrevista bastante decente. Ellos me flipan y me lo ponen muy fácil siendo ingeniosos y entregándose desde el primer minuto. Por eso he querido que fueran ellos los que estrenaran la sección de entrevistas que tenemos. En cada programa habrá una y el resto serán actuaciones, grabaciones con los grupos o artistas de gira, en sus furgonetas, hoteles... Tipo documental. Del estilo de lo que hice con Jesús y Dani cuando todo empezó. Acordarme de ellos hace que me dé un pinchazo en el estómago. No queda nada para emprender mi viaje a California. No queda nada para volver a ver a Jesús. Aparto esa idea de mi cabeza porque he de estar centrada en el trabajo y dejo también de vigilar detrás de las cámaras para confirmar que efectivamente no ha venido. Me muero por preguntar por él. Pero no lo haré. Nunca. En realidad, me da igual. Qué mentira. Quiero verlo. Y cuando me lo confirmo a mí misma me doy asco y rabia. Siento pena por cómo están sucediendo las cosas. Acabamos y se acerca la gente de la compañía. Alguien pronuncia su nombre y se me dispara el corazón. Pero nada más. Solo una mención, como descubridor de la banda. Comentamos nuestras impresiones sobre el resultado de la grabación y nos despedimos. Trabajo terminado.

Subo a mi camerino y me cambio de ropa. Al salir, me espera una compañera de producción



que me confirma que el chófer me está esperando y me avisa de que todos han quedado para tomarse unas cervezas en uno de los bares de enfrente, por si quiero sumarme. Pero estoy tan enfadada conmigo misma por sentirme tan mal al no haberlo visto, que prefiero marcharme a casa. Me subo al coche y saco el teléfono. Entro en Instagram y me voy directa a sus *stories*. Veo que sigue sin subir nada. Lo último es ese vídeo de hace días contando que habían cambiado la reunión que tenían por unas partidas al billar. «La suerte de tener unas oficinas modernas con juegos para impulsar la creatividad». Ni se ha acordado de que me dijo que vendría. Nuestra última conversación fue tan seca que no ha dejado espacio a que continuemos hablando. «¿Estás vivo?», le dije yo; «Ocupado», contestó él. Pues muy bien. Si a mí me tiene que dar igual. Pero estoy furiosa. Me hierve la sangre. ¿Cómo puedo estar a estas alturas así? ¿Cómo puede haberme pasado esto a mí? Es falso, es fruto de la distancia, de sentirme sola, seguro. Me intento convencer. Estoy hecha un lío. Como hoy tenía la grabación del programa, ayer grabé el de la radio, así que en realidad no tengo nada más que hacer. Bueno, descansar, claro. Le pido al chófer que me deje unas calles antes de llegar a casa. Me estoy asfixiando aquí dentro. Me despido de él con la mejor de mis sonrisas falsas y en cuanto no puede verme, me sumo en la tristeza que me invade.

¿Por qué me está pasando esto? Si yo tengo claro lo que quiero. Si yo no tengo espacio para nadie más en mi corazón... ¿por qué? La culpa la tiene Rebeca y esa maldita idea tan absurda como loca. De dónde se habrá sacado ella esa tontería. Por no hablar de los kilómetros que nos separan. Mi piel reclama atención; mi cuello mordiscos de los que me volvían loca; mis labios, sus besos. Y no los tengo. La necesidad, el sentirme sola... Será eso. Mi cerebro evita que sufra y busca lo que tanto echo de menos en las manos de otro. Y al decirlo, me vienen sus manos a la mente. Cuando me despeina. Cuando se ríe de mí y me hace la puñeta haciéndome cosquillas. Momentos a los que me agarro como una desesperada para recordar cómo me hace sentir cuando su piel eriza la mía. Cuando Rebeca me dijo que yo le gustaba, lo negué rotundamente. Imposible, no. Y observé con atención cada uno de sus movimientos. Cómo me miraba, cómo me tocaba, cómo se burlaba o cómo pronunciaba mi nombre, saboreando cada sílaba. Tras el análisis, empecé a creer a Rebeca. Al hacerlo, se me llenaba el cuerpo de ilusión y esperanza envenenada. Hoy sé que ella me creó falsas esperanzas. Pero mucho mejor, ¿no? ¿O es que estoy loca? Si yo le gustara, no tendría ningún tipo de posibilidad conmigo. Yo tengo novio. El ser más maravilloso que he conocido nunca. Yo amo a Jesús. Con lo que hemos luchado para estar juntos, como para cargármelo todo ahora. Jesús es mi vida. Pero esta afirmación se desvanece y se hace débil. Algo se subió con él a ese avión y yo lo sabía. ¿No es así? La ansiedad por tenerlo lejos me está nublando el juicio. He recorrido las calles sin ser consciente de ello. Mi mente está en otro lugar, con ellos. Ellos. ¿Se puede amar a dos personas a la vez? Pero ¡qué digo! ¿Amar? Sí, yo amo a Jesús. A nadie más. No sé cuándo he empezado a llorar pero tengo la cara empapada. Busco desesperada las gafas de sol para taparme y que nadie pueda verme. Estoy ya en mi calle pero no quiero que me vea ningún vecino al subir en el ascensor. Estoy hundida. Vaya novia, vaya amante. Soy la peor compañera de viaje que podría haber encontrado Jesús. Jesús. Mi Jesús. Recuerdo de pronto cuando hablamos por última vez. Estaba tan triste al verme hecha polvo. No supe explicarle qué me pasaba. Claro. Es que no lo sé ni yo. Me sorbo los mocos. ¿Por qué no me habrá dicho que no podía venir? ¿Por qué está tan raro últimamente? ¡Si éramos inseparables! Venía a casa sin avisar, se plantaba en la radio por sorpresa o me organizaba planes sin consultar. Pero es mejor así. Sin escribirnos cada día, sin compartir fotos de tatuajes que nos queremos hacer, de sitios que queremos ver, de conciertos a los que queremos ir... ¿juntos? Mejor no dar

por hecho que vamos a vernos todos los días. Mejor no vernos nunca más. Estoy nerviosa. Muy nerviosa. Porque lo que pasa es que al darme este espacio, al separarse de mí, de repente lo he visto todo tan claro... No es verdad que yo a él le guste. No es cierto que quiera estar conmigo. Y eso me da rabia. Y que me dé rabia, me enfada. Me enfada porque me hace sentir sucia. Si yo quiero a Jesús, ¿por qué tengo todos estos sentimientos hacia él? No quiero ni pronunciar mentalmente su nombre. Agustín. Ahí está. Su nombre. Entero. Sonando en mi mente. Torturándome.

Abro el portal y no subo en ascensor a mi casa. Prefiero subir las escaleras rápido, a toda velocidad, para cansarme, para intentar olvidar con el esfuerzo físico. Llego a mi rellano. Al mirar mi puerta, me sobresalto. Hay alguien sentado sobre el felpudo. Es ÉL.

—¿Agus?

Levanta la cabeza y al mirarme, me falta el aire. Ahí está la verdad. La más dura de las realidades que nos ha tocado vivir. Ahí está diciéndomelo todo sin decirme nada. Llorando. Diciendo que no con la cabeza. Tapándose la boca como si así fuera a ocultar el daño, la vergüenza y lo inevitable.

## Epílogo 1

### Jesús

*14 de octubre de 2017*

A veces todavía me recorre un escalofrío al recordar cómo me sentí la mañana que fuimos a recogerla al aeropuerto. Me puse nuestra cazadora vaquera porque creí que necesitaba sentirme arropado por un «nosotros». No hacía frío pero era temprano y corría una brisa húmeda que me erizaba la piel. Probablemente estaba destemplado. Cuando salimos a la calle, descubrí sorprendido que todo estaba demasiado tranquilo. Solo distrajo mi atención un columpio, al final de la calle, que se movía lento provocando un sonido sordo y débil que rompía el sepulcral silencio del barrio. No nos cruzamos con nadie ni ningún coche circulaba por la zona residencial en la que vivíamos. Por un momento todo parecía sacado de una película. Un *thriller* en el que se muestra el silencio, la soledad y la calma antes de la tormenta. Una escena en la que parece que todo está bien pero que, sin saber por qué, detectas que hay algo artificial, falso. Una escena en la que de pronto se puede apreciar algo denso en el ambiente que no se nota pero que asfixia, anticipando que llega un acontecimiento terrible. Así lo viví. No sabía exactamente qué iba a pasar, solo sospechaba que estaba ante una nueva fase de mi vida. Algo se acababa y me daba vértigo, pero no podía rehuirlo. Mi hermano me preguntó mil veces si me encontraba bien y yo contesté que sí, con la mirada perdida y el corazón en un puño. ¿Va a ser así? ¿Ahora? ¿Ella? ¿O yo? Me acerqué a la puerta de salida. Su vuelo llegó puntual y Daniel decidió darnos espacio. «¿Más?», pensé yo. Me apoyé en esa barandilla helada, clavándome los dedos mientras simulaba estar de brazos cruzados, como el que espera tranquilamente el autobús. Ahí supe que estaba siendo valiente y, algo aún más importante, que estaba haciendo lo correcto. Noté que tenía la boca seca y la cara desencajada. Me coloqué varias veces el pelo, incluso dándome suaves golpes, de los nervios que tenía. Y de pronto apareció. Era ella pero tenía la sonrisa apagada y una mirada de culpabilidad que ralentizaba el tiempo. Fue como un disparo certero que me golpeó sin moverme del sitio, que me arrastró hasta la decepción y la desilusión. Sus labios se movieron pero no conseguí escuchar lo que decían porque su corazón gritaba más fuerte a través de sus ojos. «Jesús, perdóname», «Jesús, libérame» eran las palabras que no pronunciaba mientras me decía algo sobre el viaje tan pesado que había sufrido y el hambre que tenía. Recuerdo perfectamente cómo se quedó en silencio para confesar mejor su agonía a través de su parpadeo inquieto, su mirada intermitente al suelo y a mis ojos y el tembleque de sus manos sobre la maleta. Cada vez que vuelvo a ese espacio-tiempo, me duele un poco menos y me reconcilio conmigo mismo. No podíamos hacer nada. Nos ocurrió. Como podría haberle ocurrido a cualquiera que no se pertenece. «¿Dónde quedará lo nuestro?», pensé varias veces, desolado, al no encontrarle sentido a todo lo que habíamos peleado. Puedo percibir aún su calor apretándome la mano, haciéndome

salir de mi estado de shock. Me acarició la mano y lloró, desnudándose sin decir nada, callándose la rabia, tatuándose la culpa en la mirada. Tragó saliva y giró la cabeza diciendo que no. Se mordió el labio inferior, sin poder decir nada. Entonces la miré fijamente a los ojos y lo entendí todo. Recuperé el oxígeno y la pena me dio una pequeña tregua. Sí, estaba terriblemente tocado, me temblaban las piernas y notaba que podía caer desplomado en cualquier momento pero, de pronto, todo tenía significado. Acerqué mi mano lentamente para buscarla, sin saber si me calmaría o me dolería más sentir su piel. No lo pensé, lo hice sin más. Y me di cuenta de que estaba en casa. Poco a poco fuimos eliminando el espacio que había entre nuestros cuerpos para acabar fundidos en un abrazo que terminó con su llanto en mi cuello y mis lágrimas empapando su camiseta blanca. No podía separarme de ella porque ese abrazo me explicaba lo que llevaba semanas sin comprender. Su piel me daba las respuestas que busqué sin ser consciente. Su llanto se fue apagando al mismo tiempo que me iba apretando cada vez más fuerte. A veces, todavía escucho la frase que acarició mi cuello dejándome helado hasta llegar a mi oído: «Yo... te quiero...». Y sus lágrimas se precipitaron de nuevo explicándome, por si aún no me había dado cuenta, que me quería, pero ya no como antes. ¿Y yo? «Te quiero», pensé. Pero no podía pronunciar palabra, solo me dejaba torturar por su cuerpo, activando tantos recuerdos, como ella entre mis brazos, su piel bajo mis labios, su olor recorriéndome y partiéndome en dos. Yo descubrí tanto en ese momento... Pero no supe contármelo y tardé en ser sincero conmigo mismo. Pasó un buen rato hasta que pudimos recuperarnos, recomponernos superficialmente y andar hasta el parking para subir al coche en el que nos esperaban Daniel y el conductor. Nos cogimos de la mano, nos miramos en silencio y le besé la mejilla. Aún ahora no sé de dónde salió ese reflejo, esa forma tan madura de afrontarlo todo. Quizá fue alivio. Llegamos al apartamento en un frío silencio que Daniel no entendió y que no supe explicarle hasta un tiempo después. Qué bonita estaba mirando cada rincón de mi habitación, emocionándose con cada detalle que descubría de cerca, como despidiéndose. Creo que eso fue lo que más me dolió. «No te despidas», quise gritarle. «Ni se te ocurra memorizar cada detalle por miedo a no volverlo a ver». Pero no conseguí pronunciar ninguna de esas palabras. Solo me apoyé en la cama. Dejé caer todo mi peso de golpe, esperando sentir algo que no fuera la sensación de que se acababa algo tan bonito que nunca podría volver a vivirlo con ninguna otra persona. Seguramente, si se me diera bien dibujar, la pintaría a ella una y otra vez en ese rincón junto a mí. Tan cerca y a miles de kilómetros al mismo tiempo. Como un gatito asustado que no sabe qué hacer. Que no sabe por qué siente ganas de escapar pero que huye, arrepintiéndose a cada paso.

—Ven—le dije tendiéndole la mano cuando entendí que todo estaba bien.

No pronunció ninguna palabra. Se acercó lentamente y se sentó sobre mis piernas, de lado, agarrándose a mi cuello y hundiéndose en mi nuca. «Ven». Puedo escucharme aún diciéndolo, con la voz rota. No era un «ven», era un «lo entiendo», era un «te perdono», era un «no tienes la culpa», un «si tiene que ser así...». La abracé fuerte y estuvimos un tiempo infinito sintiéndonos uno. Lentamente me fui tumbando. Y ella acurrucándose conmigo, acoplándose a mí como dos piezas perfectas que no sorprende que encajen. Me fui escurriendo hasta la almohada sin soltarla, sosteniéndola y colocándola en mi pecho. No sé cuántas horas estuvimos pero ni el hambre ni la conciencia nos vino a molestar. No le pregunté, pero me atrevería a decir que antes de salir de España se había lavado el pelo con el champú de coco que tanto me gustaba. Lo respiré con fuerza porque esta vez sabía que todo se terminaba, que no podría volver a conciliar el sueño mientras me invadía su olor dejando a su paso esa sensación tan placentera del amor correspondido. No sé cuándo fue exactamente, pero Robin acabó dándose la vuelta y, aun en sueños, no dejé que se

escapara. Todavía no. Aproveché para acercarla aún más a mí. Prácticamente no dejé ni un centímetro de su cuerpo sin que estuviera en contacto con el mío. Nunca olvidaré ese día, en el que al despertar, se giró, me miró y pronunció todo lo que ya sabía. Sus labios temblaban sin conseguir hacerse fuertes, entre palabras afiladas que se abrían paso despacio, pero cortando y sellando al mismo tiempo la herida. La tortura fue larga porque poco a poco fue desvelando más y más detalles que iban haciendo que me derrumbara y creciera, en otra dirección, al mismo ritmo.

—Te quiero, Jesús. Mucho. Más que a mi vida —balbuceó—. Más que a mi vida —continuó en bucle.

—Lo sé, pequeña.

Me tomé mi tiempo para darle un último beso. Sabía que era el final pero también un principio. Sentía que estaba preparado aunque quería poner toda mi atención para no olvidar jamás cómo sería nuestro último contacto como novios. Me acerqué despacio, siendo consciente de que ella tampoco se perdía un detalle del momento. Cuando llegué a su boca, primero la acaricié, suave, con los ojos clavados en los suyos. Ella se quedó inmóvil, con cara de cervatillo asustado.

—Siempre te querré, Robin —le dije separándome un poco de sus labios, notando su respiración entrando en mi boca.

—Y yo, Jesús —dijo llorando sin control.

—Lo sé... Lo sé...

Y lo sabía. Porque ahí descubrí que hay mil formas de decir «te quiero».

## Epílogo 2

### Robin

*21 de febrero de 2020*

A menudo viajo de nuevo a la habitación de Jesús en Los Ángeles, a ese abrazo que acabó transformando nuestra historia de amor y que puso un punto y aparte en la relación. No fue nada fácil levantarme de esa cama. Alargué el momento hasta el último segundo posible, atrasando la agonía, la pena y la sensación de vacío. Fue increíble sentir la conexión con Jesús. Él estaba ahí, leyéndome la mente, perdonándome sin pronunciar ni una palabra, explicándome con su piel que también sentía que se había acabado. Y es que hasta en el peor momento reaccionó por encima de las expectativas. Nunca tuve la menor duda de que era un ser puro y especial. Un chico muy maduro para su edad, sensible y con un corazón gigante, que le hacía amar por encima de sus posibilidades. Porque eso es lo que hizo. Yo no era para él, pero su corazón pensó que no habría otra, que me querría siempre. En parte, puede que no estuviera tan desencaminado en lo último... Se nos acabaron los besos húmedos, las ganas de devorarnos, la necesidad de ser uno. Pero no nos despedimos de los abrazos, de las conversaciones a altas horas de la madrugada ni de los consejos precipitados cuando sentíamos que se nos abría el suelo bajo los pies. Ninguno dijo adiós a las risas juntos al anochecer, ni a las aventuras de fin de semana, ni a las barbacoas en Nemiña o a las tardes de no hacer nada, tumbados en el sofá.

Estoy nerviosa porque con la tontería hace ya unos meses que no los veo. La última vez fue cuando vinieron en diciembre. Celebramos en casa la Nochevieja con una fiesta preciosa. Fue increíble que en Galicia, en pleno invierno, tuviéramos tan buen tiempo. Días de sol y olas perfectas, noches de risas y confidencias. Se me pone la piel de gallina cuando recuerdo cómo me escuchó atento, sin perder detalle, y sufriendo por mí, cada palabra que pronunciaba aguantándose las lágrimas. Me cogió de las manos y me pidió que no desesperara, que seguro que podría arreglar las cosas con Agus. Pero no era tan fácil. «Me veo soltera de por vida», le dije entre lágrimas y con una sonrisa frágil. Sé que hablaron luego, que intentó ayudarme. Sé que Agus no quiso saber nada. Que tuvo miedo o simplemente se desamoró. Sé que no es mi pareja ideal. Y Jesús, aunque sufra porque le encantaría verme feliz, lo sabe también. Así que ya no pronuncia nunca un «vosotros» ni pretende que seamos «ellos». Tan perfectos. Aparto de la mente todo esto y me centro en lo que me espera hoy. Voy a volver durante un rato a mi anterior vida. A la vida de las fiestas, el estrés, los millones de amigos y las conversaciones a medias. A la vida que aún no estoy segura de haber dejado para siempre. Y es que hay muchos días duros de invierno en los que, en la soledad de mi nueva casa junto al mar, me pregunto si ya estoy saciada de este modo de vida sencillo y pausado. A veces me meto en Instagram y buceo en la vida que llevaba antes a través de mis viejos amigos, preguntándome si sería más feliz allí de nuevo.

Cuando llego a la fiesta se me encoge el estómago al ver tantas caras conocidas que hacía tanto que no veía. Gente de la radio, de la tele, de la industria musical... Todos quieren saludarme y averiguar cómo me va fuera de Madrid. Me canso de repetir una y otra vez la misma historia. Así que, de tanto repetirla, acabo creando un guion que ya me sale solo cuando alguien me pregunta. «Cogí mis ahorros, compré una casa en Nemiña, mi playa favorita, y la reformé. Monté en ella un plató de televisión: iluminación, decoración, recursos técnicos... Todo preparado para retransmitir desde mi casa de la playa. Grabé un par de pilotos para mostrar cómo quería que fuese el programa y se lo ofrecí a algunas marcas para que me lo patrocinasen. Cuando tuve el “ok” de una de ellas y me concedió el presupuesto que le pedí, fundé mi propia productora y me puse a trabajar». El programa estaba siendo un éxito en Internet y todo el mundo hablaba de él. Eran entrevistas en directo a lo largo de una semana en formato *reality*. Todo en un entorno mágico, solitario y paradisíaco, con el surf como protagonista. He recibido muchas ofertas para comprarme la idea o para llevarla a la televisión, pero de momento me resisto. Ya gano dinero suficiente haciéndolo así y me encanta que mi proyecto siga siendo solo mío. Cuando estoy recitando mi guion a la quinta persona de la noche, veo a la que considero mi familia. Están en uno de los salones, bailando y riendo. Me acerco tímida y en cuanto sus padres me ven, se precipitan sobre mí para darme abrazos intensos con auténtico cariño. «¡Hija, cuánto tiempo sin verte!», me dice su madre alejándose de ella para poder verme bien. ¡Los echaba tanto de menos! Su padre me confiesa lo nervioso que está. Le tranquilizo explicándole que lo hemos repasado varias veces y asegurándole que saldrá todo perfecto. Recreamos uno a uno los pasos que darán y, de pronto, por primera vez desde que rompí con Jesús, me siento un poco triste. Sé que no debería y que es absurdo, pero no puedo evitar fantasear con la idea de que podría ser yo la mujer que espera una sorpresa inolvidable. Imposible no sentir que nunca nadie me querrá como él la quiere a ella. Intento calmarme y asumir que quizá la vida nunca me depare algo tan bonito. Que puede que no haya ningún otro hombre como él. ¿Y si me equivoqué? ¿Y si me rendí muy pronto? Ahora ya no importa, ya es demasiado tarde. Alguien me coge por la cintura y se me encoge el estómago. Ese olor...

—¡Robin! —me dice feliz.

Me giro y veo a Jesús resplandeciente.

—¡Jesús! —Nos abrazamos con fuerza. Noto que está apretándome más de la cuenta diciéndome sin hablar que está supernervioso—. Va a salir todo bien, no te preocupes.

—Ay, ¡ojalá! Llevo un par de días sin dormir. ¿Tienes todo preparado?

—Sí..., tranquilo... No seas pesado.

—¿Y Dani? ¿Lo has visto?

—Aún no, pero relájate que seguro que está listo y lo tiene todo controlado.

—Vaaaale —me dice un poco desganado. Si por él fuera, sé que ensayaríamos todo una vez más. Pero ya no hay tiempo.

Nos ponemos al día sin que él me preste atención. Hace como que me escucha pero, como es lógico, su cabeza está con Gabriel. Esa chica que le complementa como nadie en el mundo y con la que lleva tres años. Esa pareja perfecta, que en su día creyó que era yo. Después de tanto tiempo, ya no me duele. Rompimos porque se nos acabó ese tipo de amor, pero nuestra relación se convirtió en algo mucho más bonito, fuerte y resistente. Es mi mejor amigo y me hace inmensamente feliz que haya encontrado a alguien que le hace experimentar cosas que nunca hubiera sentido conmigo. Gabriel es tan maravillosa que no solo no considera un problema que Jesús y yo nos llevemos bien, sino que se ha convertido en una buenísima amiga mía. Es todo

idílico y perfecto, si no fuera por este pinchazo que he empezado a notar hace solo unos minutos. Supongo que son los nervios... Espero que sean los nervios. ¡Son demasiadas emociones! Puede que mi vida ermitaña no me esté sentando tan bien como yo creía. O quizá, sin tener celos reales de Gabriel, porque tengo claro que a Jesús ya no lo quiero como pareja, sienta celos de la relación que tienen. Esa relación que parece que no estoy destinada a tener. La gente empieza a ocupar sus puestos. La madre de Jesús distrae a Gabriel. Daniel y Jesús se suben al escenario, aparecen rápidamente sus músicos y todo el mundo se coloca de cara al espectáculo. Me empiezan a sudar las manos. No sé qué tal lo voy a llevar cuando me toque salir al escenario y tenga que ponerme junto a ellos... Pero ya he dicho que sí y no puedo echarme atrás. Tras maldecirme por no haber puesto una excusa para escaquearme de este evento que se me está haciendo extremadamente difícil de digerir, voy hacia las escaleras. Me coloco justo al lado para ser rápida en cuanto vea la señal acordada. Jesús pide a los músicos que comience el show. Tocan una de sus nuevas canciones. Una en concreto que ya me explicó que había compuesto pensando en ella. De hecho, le había puesto directamente su nombre: *Gabriel*. La madre de Jesús la ha colocado estratégicamente entre el público. Justo en el centro, tal y como habíamos decidido. El padre de Jesús sonríe inquieto junto a ellas, y yo, que sé lo que va a ocurrir, noto toda la tensión que está acumulando teniendo que disimular sus nervios y su emoción. Me percató de la magia que se ha creado y me sobrecoge tanto como al resto de invitados. Jesús está cantándole la canción solo a ella. No aparta ni un segundo la mirada de Gabri, quien, sobrecogida, sonríe tímida. Hay un momento en que los músicos dejan de tocar, pero Jesús continúa, *a capella*. Su preciosa voz recorre el local y nos acaricia a todos. Él sigue con los ojos clavados en Gabriel. La cuerda cae al escenario y él la caza al vuelo. Esa es mi señal. Salgo muerta de vergüenza y le doy la caja. En ese momento él deja de mirarla para darme un cariñoso abrazo que dura apenas unos segundos pero que aclara a todo el mundo que soy una de las personas más importantes de su vida. Su primer amor, su mejor amiga. Dani y él se cogen bien de la cuerda. «Mira que son peliculeros», pienso mitad avergonzada, mitad emocionada por lo que está a punto de ocurrir. Saltan hasta el centro del escenario a lo Spiderman mientras, en un movimiento perfectamente estudiado y ensayado, todos se apartan dejando un hueco justo en el centro, junto a Gabriel, que tiene la cara desencajada. Los únicos que se han mantenido a su lado son los padres de Dani y Jesús, que se han colocado dos pasos por detrás de ella para no robarle protagonismo. «Jesús, te mato», oigo que dice con su desparpajo habitual Gabri, provocando las risas de todos los presentes. Daniel toma las riendas. Y con el micrófono, empieza su discurso.

—Gabriel, no hay nadie en el mundo que le haga más feliz que tú. Nadie con quien se sienta más a gusto, en armonía, completo. Ni siquiera yo, a pesar de que ya sabes la relación que nos une y que somos prácticamente la misma persona. Te quiero, hermana.

Daniel se aproxima a ella y la abraza fuerte. Como no he podido acercarme, lo veo todo a través de la pantalla del escenario donde están reproduciendo el momento. Ella llora sin control y vuelve a decirle a Jesús que se lo va a cargar. Dani le da el micro a sus padres y estos le dicen algo breve pero precioso.

—Te queremos y nunca podremos recompensarte por lo feliz que haces a nuestro Jesús —dice su madre, temblando y emocionada.

—Te queremos, hija —dice también su padre sin poder añadir nada más, al cortársele la voz.

Y tras los abrazos, todos se apartan y los dejan solos. Jesús apoya la rodilla en el suelo y Gabriel no puede contener los nervios, por eso no deja de reír ni de temblar.

—Eres mi vida, mi sol en mi día, mi luna en mi noche... Lo eres todo y yo te prometo ser todo



para ti. ¿Quieres casarte conmigo? —Me sorprende la decisión y la entrega con las que pronuncia las que imagino que son las palabras más importantes de toda su existencia.

—¡Sí, claro que quiero! —grita ella tirando de él para besarle en la boca.

Ante esa contestación, todos los asistentes gritamos y recibimos un baño de confeti, purpurina y serpentinas que caen del techo haciendo que sea la pedida de mano más bonita que he visto en toda mi vida. Y yo me siento feliz. Porque, sí, con Jesús he aprendido que hay mil formas de decir «te quiero».

## Epílogo 3

### Daniel

25 mayo de 2023

No sé cómo supe que era el momento de hacerle el regalo definitivo, pero lo sentí. Ella no había dado muestras de estar preparada. Tras regalarle al pequeño *Bing Bong*, me di cuenta de que estaba tocada, pero seguía sin hablarme. Sin embargo, estaba seguro de que había llegado a su corazón. Imagino que estaba reflexionando sobre qué hacer con su vida. Así que no perdí demasiado el tiempo. Le mandé un billete con destino a La Coruña y una nota que decía: «Nemiña nos echa de menos». Ni siquiera me escribió para decirme que cogería ese avión, pero yo lo daba por hecho. Ya en Nemiña, me desperté temprano para ir a recogerla al aeropuerto y esa mañana viví uno de los momentos más angustiosos que yo recuerde. Y es que de pronto me entró el pánico. «¿Y si no viene? ¿Por qué no la he llamado por teléfono antes? ¿Por qué esta necesidad de hacerlo todo tan mágico?». Jesús me echó la bronca porque no entendía nada, y además le había cambiado todos sus planes para irnos a Galicia de repente. Llegamos al aeropuerto y Jesús me estaba comentando lo bonito y nuevo que era y el paisaje tan alucinante que lo rodeaba. Dejé de escucharlo cuando empezó a salir gente del que imaginaba era el vuelo de Baby. Aceleré el paso y comprobé que efectivamente era su avión. O al menos en el que debería haberse subido. Empecé a imaginarme el asiento vacío y a Baby rompiendo en pedazos el billete junto a su perfecto novio antes de darse un apasionado beso. Aparté la imagen de mi cabeza y me indigné por pensar que todo iba a salir mal. Me obligué a ser optimista. Esperé dando vueltas en círculo, cada vez más rápido y desesperado. De pronto, escuché un ladrido. Presté más atención y volví a escuchar, cada vez más cerca, un ladrido juguetón de un cachorro. Alguien le chistaba para que se callara. Los vi llegar como a cámara lenta. Mi mente le añadió una canción de película, de triunfo, de éxito... La típica que confirma que al final las cosas salen bien. Venía con una sonrisa espléndida, liberada, y no dejaba de mirarme fijamente contándome lo enamorada que estaba de mí sin decir ni una palabra. Se acercó rápido hasta que estuvo casi a mi lado. Entonces bajó el ritmo, soltó la maleta y las bolsas, cogió en brazos a *Bing Bong* y me ofreció al gordito peludo al que abracé entusiasmado.

—Te presento a nuestro bebé...—dijo, y me acarició el pelo.

—Baby... —contesté cuando levanté la cabeza.

—Dani... —me respondió sonriendo.

—No sabía si vendrías, estaba... nervioso...

—Sí lo sabías. Y yo también.

Nuestra atracción mutua se materializó, era como un imán enorme que nos obligaba a juntar nuestras bocas. Nos fuimos acercando poco a poco, ahora con *Bing Bong* dando saltitos a nuestros

pies. Me gusta mucho recordar cómo la comisura de nuestros labios iba cambiando conforme nos aproximábamos. De dibujar una sonrisa a reflejar nuestros labios una pasión intensa. Y al tocarnos, nos fundimos en el beso más reconfortante que he dado nunca. «Por fin en casa», pensé. Se nos escaparon algunas lágrimas, de las que nos reímos al descubrir que los dos estábamos igual de emocionados.

—Por fin, Baby, por fin...

—Para siempre, Dani... —dijo ella feliz.

—Sin nadie que lo estropee, sin nada que nos frene. A partir de ahora seremos tú y yo, siempre, princesa.

Y esa parte de la primera conversación que tuvimos en nuestra nueva y definitiva relación es la que pedí que escribieran en su anillo. «Tú y yo, siempre, princesa». Repaso todos los detalles y me aseguro de que está todo preparado para el momento en el que daré el pistoletazo de salida de esta sorpresa que llevo meses organizando. Mientras espero, imagino a Robin pidiéndole a Baby que se ponga el vestido que le he comprado. Puedo ver su cara de emoción y cómo irá atando cabos sin que Robin pueda explicarle lo que ocurre. Estoy deseando ver las imágenes que he pedido que graben desde la casa hasta donde estoy yo. Hemos montado en la playa un altar de flores y cañas que ha quedado precioso. Hay sillas dispuestas de cara al altar y solo las personas más importantes de nuestras vidas están aquí. Mis padres, Gabriel y Jesús, nuestros amigos, incluida Nadia, que ha venido con su novio desde París. Estoy deseando ver la cara que pone Bae cuando los vea. La gran espinita que tengo clavada es que no han venido sus padres, pero bueno, tampoco es de extrañar. Yo lo intenté.

Tras una espera que se me hace eterna, la veo aparecer. Anda despacio levantándose levemente el vestido, con cuidado para no caerse y con una sonrisa nerviosa que demuestra que está totalmente sorprendida. El vestido le queda precioso, el blanco le favorece y esa espalda al aire le da un toque maravilloso. Yo no tengo mucha idea y me agobí un poco al ir a comprarlo, pero gracias a la ayuda de mi madre y de las amigas de Bae, hice una buena elección. La corona de flores sobre su precioso pelo ondulado le da un toque aún más idílico, de princesa de película. *Bing Bong*, que ha llegado con ella, salta superfeliz y muy emocionado corriendo de un lado a otro y saludando a todo el mundo. Es como si supiera lo que está pasando. Baby se ha derrumbado al ver la escena y llora emocionada. Le mando un beso de lejos y noto que empieza a calmarse. Jesús, que la traerá al altar (no podía ser de otra manera), va en su rescate. Le ofrece su brazo y juntos caminan despacio hasta aquí. La música empieza a sonar. Es una versión instrumental de la canción que he considerado que es perfecta para este momento, *Tan solo una caricia*, que interpretan nuestros músicos con instrumentos de cuerda, guitarras y violines. Se me pone la piel de gallina. Es, sin duda alguna, el momento más bonito de mi vida. En nuestra playa, la que vio nacer nuestro amor y la que fue testigo de cómo nos lo quisieron arrebatarnos. Con todos nuestros seres queridos, los indispensables, los que importan. Con nuestro perro paseando por la arena moviendo la cola feliz. La música, precisamente esta canción tan especial de hace tantos años y que supone tanto para nosotros, tan bien tocada, acariciando nuestras almas. Y sobre todo, ELLA. Acercándose con mi hermano hasta el altar, resplandeciente, enamorada de mí como yo de ella. Para siempre. Jesús suelta dulcemente a Bae cuando ya están junto a mí, y le da un cariñoso beso en la mejilla. Después, me da un abrazo y se aparta colocándose a un lado, en primera fila y junto al altar. Ella me mira, la cojo de las manos y, una vez más, le declaro mi amor.

—Bae, te quiero. Eres mi vida. Y sé que quiero pasar el resto de mis días acariciando tu pelo,

besando tus labios y riéndome de tus ocurrencias. Te amo desde el primer día. Te amo a pesar de los inconvenientes y los muros que se han levantado para ponérselo difícil. Te amo porque eres la mujer más increíble que he conocido nunca. Y quiero tener la suerte de amanecer cada día sabiendo que somos uno y que haremos algo grande y extraordinario estando juntos porque es lo correcto, porque hay que hacerle caso al corazón.

Por un momento me he olvidado de que todos me escuchan atentos y no solo Bae. Ella se muerde el labio inferior, coge aire y habla nerviosa y emocionada:

—Dani, gracias. Por darme la historia de amor más bonita del mundo. Por quererme siempre, por encima de todo. Por sorprenderme y llenar mi vida de magia. Por enseñarme a ver que no hay nada escrito y que en esta vida todo es posible. Yo no creía en un «nosotros» porque daba por hecho que alguien tan increíble como tú no querría estar siempre con alguien como yo. Mis malditas inseguridades nos lo hicieron pasar mal. Muy mal. Pero tú no te rendiste y seguiste luchando por mí. Gracias por hacerlo. Te amo por encima de todo y lo seguiré haciendo. Siempre. Lo nuestro es infinito.

## Epílogo 4

### Baby

*16 de septiembre de 2027*

Muevo un poco a la izquierda el marco con la foto de nuestra boda al pasar por la habitación para coger una sudadera. Estaba torcido y soy algo maniática con este tipo de cosas. Me pongo la sudadera y me alejo para ver si ya está lo bastante recto como para quedarme satisfecha. Inevitablemente, me fijo en la fotografía. Qué día tan bonito. Aún me sorprende cómo pudo mantener la sorpresa hasta el último momento y lo mucho que me impactó. Y eso que me tiene acostumbrada a las sorpresas, a su romanticismo, a que lo dé todo por mí. Pero aun así, cada vez se supera más. Daniel, el amor de mi vida. Me abrazo a mí misma sintiendo de nuevo el contacto de esta prenda que me pongo siempre para estar por casa porque es la que me envió para darme «un abrazo a distancia» cuando aún salía con Ángel. El otro día, por cierto, volví a comunicarme con ese otro maravilloso hombre que ha pasado por mi vida. Es tan estupendo que incluso me ha perdonado todo lo que le hice. De hecho, cuando le dije que rompíamos pues ya no podía más con mi sentimiento de culpa, se lo tomó bastante bien. «Ya lo sabía, Bae...», me dijo entre lágrimas, «pero necesitaba que me lo dijeras tú». Después me abrazó, me deseó suerte y se marchó. Para siempre. No lo he vuelto a ver. Pero de vez en cuando nos hemos escrito. Solo para desearle buena suerte con alguna nueva función, para felicitarle por su cumpleaños o para darle la enhorabuena por su boda, como ha sido el caso de esta última vez. Me enteré por la prensa. Estaba viendo una revista en la que me habían dicho que nos habían sacado a Daniel y a mí. Iba pasando las páginas rápido buscando nuestras fotografías y, de pronto, vi su pelo dorado, su cara angelical y una mirada muy especial, una que nunca había visto. Era una foto de la ceremonia en la que él miraba a su esposa con devoción, entrega y como alucinado de que fuera real que hubiera una persona tan perfecta en este universo. Ella era rubia también, con los ojos azules, y según ponía en el artículo, una presentadora de radio y televisión muy famosa en Italia. Le escribí enseguida.

Cuánto me alegro de que llegase tu verdadera historia de amor. La única que te ha hecho tener esa mirada tan especial. Enhorabuena. ✓✓

Tardó unos días en contestar.

✓✓ ¡Bae! ¡Gracias! He estado de luna de miel y tenía el móvil abandonado. ¡Estoy tan

feliz! Espero que tú sigas tan feliz como siempre.

Se lo conté a Daniel y se alegró mucho por él. Creo que se quitó un peso de encima porque siempre le supo mal tener que competir contra él y haberme arrebatado de sus brazos. Así que de pronto fue como si respirara más ligero, sin mala conciencia. Dejo de mirar la foto de nuestra boda y me doy cuenta de que me he quedado atrapada pensando en un montón de cosas solo con el estímulo de esta imagen. Y voy bajando las escaleras despacio y con cuidado, sintiendo que, en realidad, tenemos la misma energía, la misma luz y nos amamos igual o más que aquel maravilloso día. En la cocina está Daniel preparando el desayuno. Canturrea en voz baja hasta que me ve y levanta el tono, ofreciéndome una gran actuación para empezar el día. De hecho, deja todo lo que está haciendo para cantarme con entrega una de sus últimas composiciones. Me mira a los ojos y se mete de lleno en la melodía, los giros, el sentimiento... Como hace siempre. Y porque no está Jesús, que si fuera así, estarían los dos dándolo todo y haciendo una toma digna de grabar en un disco. No descarto que lo oiga y venga rápidamente a darle la réplica. Cosa que no sería difícil porque Gabri y él viven justo enfrente. En el mismo terreno, en dos chalets, vivimos desde hace unos años los cuatro. Fue una idea loca que tuvieron ellos y que acabó siendo realidad, algo precioso y muy práctico. Querían seguir viviendo juntos o al menos muy cerca. Así que compraron un terreno grande en el que hicimos dos casas, una frente a la otra. A una distancia suficiente como para tener cada uno su intimidad y con un montón de espacios comunes para compartir. Una piscina está justo en el centro de la propiedad. Junto a ella, un cenador con mesas y sillas, una barbacoa y una zona *chill out* en la que acabamos siempre que organizamos una cena al aire libre. La parte favorita de los chicos es el estudio, que pidieron al arquitecto que lo construyera en un lateral del terreno. Con una pared entera de cristal que funciona como un enorme mirador que da a la montaña y que, según me cuentan siempre, tanto les inspira cuando componen, gracias a los preciosos atardeceres de mil colores que se pueden disfrutar. Mientras bato los huevos para hacer mis tortitas favoritas con plátano, me giro al escuchar el ruido de la puerta de entrada, que dejamos siempre abierta para que Jesús y Gabri puedan entrar y salir cuando quieran.

—¿Dónde está Eva? —dice nuestro sobrino de 5 años con esa perfecta pronunciación nueva que ha adquirido y que tanta gracia nos hace.

—Está viendo la tele, tomándose el biberón —le explico sonriente.

—Pero ¿de dónde ha salido este ratoncito? —Daniel lo coge en brazos mientras Alex se parte de risa derrochando amor por su tío predilecto.

Me acerco a ver cómo se toma mi hija la visita tan temprana de su primo; últimamente son inseparables. Ella, de tan solo 2 años, deja el biberón y se lanza a darle un abrazo emocionada. Me vuelvo a la cocina sonriendo y encantada de que sean como hermanos. Terminamos de preparar el festín (porque más que un desayuno parece un banquete de boda) y salimos al jardín a disfrutarlo. Al sentarnos, Daniel me acaricia la mejilla y me besa en los labios. Después, empieza a comer. Me quedo un rato mirándolo. Está tan guapo. Cada día más atractivo. Tiene 28 años y se ha convertido en un hombre espectacular. Me alucina ver que es la misma persona de la que me enamoré cuando tenía solo 17 años. Entonces ya era guapo a rabiar. Pero es que ahora está incluso mejor. Me quedo completamente embobada viendo lo bien que le tratan los años. Se cuida, hace deporte y se preocupa por su estilismo, dejándome que le aconseje cada vez que viene a verme al trabajo. En mi *showroom* llevo algunas de las firmas que mejor le sientan. Sigue liderando los rankings que elaboran cada año las revistas, «El mejor vestido», «El más sexi del año» o «El

padre más buenorro de la industria musical». La verdad es que después de once años, solo puedo decir que ha superado con creces todas las expectativas que tanto yo, como su familia, como los fans y la industria teníamos puestas en él. A nivel laboral ha conseguido todo lo que ha querido. De hecho Jesús y él viven su mejor momento ahora, con éxitos en todo el mundo. Y a nivel personal, me ha demostrado una y otra vez lo volcado que está con nuestro proyecto de vida. Somos muy afortunados porque nos hemos convertido en un equipo y seguimos queriéndonos como el primer día. Desde que tomamos la decisión de estar juntos aquel día en La Coruña, no hemos vuelto a tener ninguna duda.

—¿No comes, cariño? —interrumpe mis pensamientos...

—Es que tengo un poco de náuseas... —De pronto con tantos olores no me entra nada.

—¿Y eso? —Daniel deja lo que está haciendo, suelta los cubiertos y se me queda mirando alucinado—. ¿No tendrás algo que contarme...? —Me río de lo rápido que lo ha descubierto—. ¿En serio? —dice visiblemente emocionado.

—Sí. Vamos a volver a ser papás, cariño.

Daniel se levanta y me come a besos. Me hace cosquillas de tantos que me da y le pido por favor que se relaje. Las risas llaman la atención de los pequeños.

—¿Qué pasa, tito Daniel? —dice Alejandro, que ha venido cogido de la mano de nuestra pequeña Eva y seguido de *Bing Bong*, el guardián y protector de nuestra hija. Es supergracioso porque la sigue allá donde ella vaya.

Álex y Eva nos miran con los ojos abiertos como platos y me entra la risa al verlos tan «mayorcitos». También me llama la atención que cada día se parecen más.

—¡Que vas a tener otro primo! —dice Daniel mientras se va hacia ellos dando saltos y los coge en brazos.

—Bueno, a ver, no quiero interrumpir vuestra celebración... Pero... no exactamente... —digo yo mientras Daniel frunce el ceño sin entender nada.

—¿Cómo que «no exactamente»?

—Sí, que «no exactamente»... Porque exactamente... Álex lo que va a tener son... ¡dos primos más! ¡Y Eva, dos hermanitos más! ¡Estoy embarazada de gemelos!

Con los dos niños en brazos, Daniel se acerca a mí. Me pongo de pie y nos abrazamos con los peques en medio. Se me escapan las lágrimas de la emoción (y por las hormonas, que me tienen loca) y Daniel me hace una confesión.

—Cuando te conocí, creí que nunca podría amar a nadie tanto como a ti. Luego llegó nuestro perro y, aunque lo quiero de otro modo, me hizo entender que el amor es infinito. Más tarde llegó Álex, mi sobrino, a quien quiero como a un hijo —dice mientras le da un beso en la cabeza—. Y luego vino mi pequeña Eva, que lo es todo para mí. —Le da unos cuantos besos sobre el pelo—. Bae, te quiero. Os quiero a todos y ya amo con todo mi corazón a los pequeños que llegan. Y encima, ilusionado con que vivan algo tan especial como lo que tengo yo con Jesús. Sin duda, en esta vida hay mil formas de amar y todas son más bonitas a tu lado, princesa.

## Agradecimientos

Quiero empezar dando las gracias a todos los que en algún momento me habéis preguntado por la fecha de lanzamiento del libro. A todos los lectores que me pedíais más, que deseabais conocer el final. No os imagináis lo bonito que ha sido saber que necesitabais seguir leyendo. GRACIAS.

Con esta novela cierro una historia que siempre formará parte de mí. Una saga que siempre será vuestra. Pero este final también es un principio. Y es que por fin voy a poder empezar a construir una nueva historia que me pide paso con fuerza desde hace tiempo. Una nueva historia que espero que os emocione y os atrape como lo ha hecho *Forever*.

Aprovecho para dar las gracias a todos los compañeros de Penguin Random House.

Sobre todo gracias a ti, Ana. Por ser paciente, por tu cariño, por enseñarme tanto. Eres maravillosa y me siento muy afortunada de poder trabajar contigo. Gracias por querer que esto sea solo un principio y visualizar un futuro tan bonito juntas. Gracias por ser la luz que ilumina mi camino.

Gracias a ti, Gonzalo, por creer tanto en mí. Por valorar mi trabajo y animarme a seguir. Por entenderme tan bien y ayudarme. Por tener tan claro que podemos llevar a cabo nuevos proyectos apasionantes. Gracias por querer que esta aventura no acabe aquí. Si es a tu lado, yo voy donde haya que ir.

Gracias a ti, David, por apostar por mí. Por valorarme tanto, por tener paciencia y por creer que podemos emprender muchas más experiencias apasionantes juntos. Es un lujo poder trabajar contigo y estoy deseando materializar todos los sueños que tenemos.

Gracias a mi familia y a mis amigos. Sin vosotros, nada de esto tendría ningún sentido. Gracias por cada vez que se os ilumina la cara al hablar de mí. Me siento la persona más querida y afortunada de este mundo.

Y una vez más, Jesús y Daniel, gracias por dejarme ficcionar vuestras vidas, por ser tan maravillosos e inspiradores. Gracias por vuestra amistad y confianza. Y gracias a toda vuestra preciosa familia por todo el cariño que me da siempre.



**Después de *Se buscan princesas* y *Siempre junto a ti* llega *Mil formas de decir te quiero*, novela que da cierre a «Forever», la trilogía *fan fiction* de los Gemeliers que te dejará sin palabras**



Nadie creía en ellos, nadie pensó que podría ser real algún día... O quizá eran **Robin** y **Jesús** precisamente, los que nunca imaginaron que la vida juntos podría ser tan perfecta. Cinco meses después aún se les encoge el estómago cada vez que sus labios se tocan. Aunque sea con ese beso sencillo que se dan al saludarse. Quizá sea la emoción de saber que por fin, pueden darse tantos cómo quieran.

Pero no todo será perfecto en la vida de Robin y Jesús... Será un reto para ellos sacar tiempo para verse con tanto trabajo y tantos compromisos. No siempre es fácil sacrificarse por la persona que amas y un viaje a Los Ángeles pondrá en peligro todo lo que han conseguido con tanto esfuerzo.

Por su parte, **Dani** ha superado la definitiva ruptura con Baby. Se quedó tan decepcionado con su actitud y sus mentiras que no le fue difícil dejar de pensar en ella. Ahora está feliz, disfrutando de su mayoría de edad, saliendo con sus amigos, más concentrado que nunca en el trabajo y enamorándose cada cinco minutos de una chica diferente.

La vida en París también ha cambiado. **Baby** lleva meses saliendo en serio con Ángel. Son la pareja perfecta. Incluso los padres de ambos aprueban la relación que poco a poco se consolida a pesar de ese pequeño pinchazo en el estómago que Baby intenta ignorar que siente cada vez que se acuerda de Daniel.

## Sobre la autora

**Cristina Bosca** (Valencia, 1982) es presentadora de *Anda Ya*, el morning show de LOS40. Es DJ y tiene su propio grupo, 2blondS, con el que debuta en el panorama musical. Estudió Comunicación Audiovisual en el Campus de Gandia de la Universitat Politècnica de València. Compaginó los estudios con la radio y la televisión en su tierra hasta que recibió una oferta en 2008 de LOS40. Desde entonces, trabaja en Madrid. Apasionada de la música, el surf, el *crossfit* y sobre todo, de la comunicación en todas sus formas posibles (escritura, audio o imagen) comparte sus inquietudes en su blog [www.cristinabosca.es](http://www.cristinabosca.es) y redes sociales.

© 2017, Cristina Boscá Castellón  
© 2017, Pep's Records  
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-121-3  
Diseño de cubierta: María Pérez-Aguilera  
Fotografía de cubierta © Paco Navarro  
Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.  
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

[Mil formas de decir te quiero \(Forever 3\)](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1. Daniel](#)

[Capítulo 2. Robin](#)

[Capítulo 3. Baby](#)

[Capítulo 4. Jesús](#)

[Capítulo 5. Daniel](#)

[Capítulo 6. Robin](#)

[Capítulo 7. Jesús](#)

[Capítulo 8. Baby](#)

[Capítulo 9. Daniel](#)

[Capítulo 10. Robin](#)

[Capítulo 11. Baby](#)

[Capítulo 12. Baby](#)

[Capítulo 13. Jesús](#)

[Capítulo 14. Robin](#)

[Capítulo 15. Baby](#)

[Capítulo 16. Jesús](#)

[Capítulo 17. Robin](#)

[Capítulo 18. Baby](#)

[Capítulo 19. Jesús](#)

[Capítulo 20. Daniel](#)

[Capítulo 21. Robin](#)

[Capítulo 22. Baby](#)

[Capítulo 23. Jesús](#)

[Capítulo 24. Robin](#)

[Capítulo 25. Daniel](#)

[Capítulo 26. Baby](#)

[Capítulo 27. Jesús](#)

[Capítulo 28. Daniel](#)

[Capítulo 29. Robin](#)

[Epílogo 1. Jesús](#)

[Epílogo 2. Robin](#)

[Epílogo 3. Daniel](#)

[Epílogo 4. Baby](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

## Créditos